EL CLUB DE LAS MUJERES COMPLICADAS

R. FREIRE

El club de las Mujeres Complicadas (con mayúsculas)

R. FREIRE

Andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos
Rayuela. *Julio Cortázar*

Con mayúsculas
Napoleón está muerto
El chaleco
Treinta segundos de felicidad
Conversaciones
Solo cuatro
La tregua
El acuerdo

Con mayúsculas

Estoy decidida a tomar como una buena señal el hecho de encontrar aparcamiento justo frente a la puerta de la casa de Irene. Esta noche todo va a salir bien, mi suerte ha cambiado, lo noto en el aire con tal intensidad que casi puedo olerlo.

—Llegas tarde, ya temí que no vinieras.

Mi amiga me abraza efusivamente y, después, se retira un poco para examinarme con atención.

—Estás fantástica —comenta apreciativa.

Agradezco sus palabras, que adivino sinceras. Por primera vez en mucho tiempo, me he arreglado con esmero: minifalda, zapatos de tacón, blusa escotada… Llevo el pelo suelto sobre los hombros desnudos y un maquillaje sutil pero perfectamente estudiado. Atrás queda un buen número de meses de tristeza, ahora necesito pasar definitivamente la página que significó Pablo en mi vida. Esta noche, estoy dispuesta a que suceda cualquier cosa.

—Tú también estás muy guapa —digo devolviendo el cumplido.

Irene sonríe y me coge de la mano para acompañarme. La fiesta parece haber empezado hace tiempo, y por lo visto está en plena efervescencia. En el salón, un nutrido grupo de chicos y chicas se contonea al son de la música mientras, sentados de cualquier forma en los sofás, los más tranquilos charlan animadamente.

—La tercera edad está de viaje —me informa mi amiga con mirada cómplice.

Es frecuente que Irene prepare estas fiestas cuando sus padres están fuera, y en más de una ocasión los vecinos, una pareja de ancianos a los cuales entiendo perfectamente, han terminado por llamar a la policía a causa del ruido. Pero, por lo visto, hoy no sucederá eso, ¡ya he dicho que siento que esta velada todo va a salir perfecto!

—Ahí está Claudia, ¿vienes a saludarla?

Antes de que yo haga nada al respecto, es la propia Claudia la que me ve y, dejando plantado al chico con el que hablaba, viene sonriente hacia nosotras.

—¡Sara, qué sorpresa! Te cotizas muy caro últimamente.

Un amago de besos en las mejillas, sin tocarnos. Las dos nos espiamos con ojo crítico y componemos una sonrisa de circunstancias. A mi pesar, diré que tengo ante mí a la mujer más guapa que he visto en mi vida, y por eso me fastidia habérmela encontrado precisamente esta noche. Estando ella presente, mi idea de elegir, coquetear y probablemente acostarme con el chico más atractivo que haya en la fiesta corre un serio riesgo de fracasar.

No me juzguéis mal, por favor. Normalmente no soy así, pero ya he dicho que llevo meses aislada y lamiéndome las heridas, y ha llegado el momento de volver a la vida. Pablo es historia y tengo casi superada su traición, ahora solo necesito darme una alegría, ¿tan horrible soy por querer disfrutar de un buen orgasmo?

—Me enteré de lo tuyo con Pablo —comenta Claudia con una falsa sonrisa de compañerismo—. Los hombres son todos unos cerdos. ¿Estás ya mejor?

—Estoy perfectamente, gracias.

Nunca nos hemos llevado bien, y no puedo entender que Irene la invite a sus fiestas. Afortunadamente, Claudia es tan molesta como inconstante, y enseguida da la media vuelta, saluda a alguien al otro lado de la sala y nos deja solas.

—¿Te pongo algo de beber?

Asintiendo, sigo a mi amiga hacia la cocina, donde cuatro o cinco personas se arraciman alrededor de la nevera buscando hielo y combustible para rellenar sus copas. Irene se abre paso entre ellos, sirve un ron con limón para cada una y, luego, me lleva de nuevo al salón y me señala con un gesto de los ojos a dos invitados que hablan en una esquina.

—¿Ves a aquel chico de allí?

Los dos amigos son del mismo estilo: no muy agraciados y con toda la pinta de no saber qué hacer para no parecer los más aburridos de la fiesta.

—¿Cuál de ellos?

—El de la camisa azul.

—¿Es Rubén?

Mi amiga asiente con una risa nerviosa. Me ha hablado del muchacho en dos o tres ocasiones. Se trata de un compañero de la universidad por el que tiene un vivo interés, aunque él no parece darse cuenta de nada.

—Vamos a hablar con ellos. Tú te encargas del amigo.

—¿Qué? De eso nada.

Aunque Irene es mi mejor amiga, esta noche tengo muy buenas razones para no querer seguirle el juego. En primer lugar, y aunque esté mal que yo lo diga, porque no es buena estrategia por su parte aparecer conmigo delante de un chico que le gusta y que no parece dar demasiadas muestras de entusiasmo hacia ella. No sería la primera vez que la he eclipsado, aunque juro que jamás he flirteado con ningún hombre que le interesara. Por otra parte, lo siento, pero esta noche necesito encontrar un chico *para mí,* y desde luego el amigo de Rubén no es mi estilo en absoluto.

—Por favor —suplica cogiéndome la mano—. Es muy tímido y necesito que me quites a su amigo de encima.

—¿Pero tú has visto la pinta que tiene?

La verdad es que el gusto de Irene por los hombres me resulta totalmente incomprensible, y los dos ejemplares que tenemos enfrente no son una excepción. Bajitos, con gafas, vestidos de cualquier forma…

—No sabes lo brillante que es, resuelve cualquier problema matemático apenas lo ha planteado el profesor.

—Calla, no sigas, me estás excitando.

Las dos nos reímos de buena gana. Nos conocemos desde niñas, y siempre nos hemos llevado muy bien a pesar de lo distintas que somos, tanto física como mentalmente.

—Por favor, por favor, por favor…

No puedo negarle nada a Irene. Es la persona que más me ha apoyado con lo de Pablo, y sé que para ella no es sencillo establecer relaciones sentimentales.

—Está bien —cedo resignada—. Pero te doy diez minutos. Luego, desaparezco. Esta noche quiero acción, y desde luego no va a ser con…

Ni me ha escuchado, nunca había visto a mi amiga tan entusiasmada. Arrastrándome sin miramientos, me ha llevado hasta el sitio donde están los chicos y ha hecho las pertinentes presentaciones:

—Hola… Esta es Sara, mi mejor amiga. Sara, esos son Rubén y…

—Luis.

—Eso, Luis.

Odio estos momentos. Los cuatro nos quedamos un momento en silencio y sin saber qué decir y, por el aspecto que tienen los dos, o me decido a tomar la iniciativa o podríamos quedarnos así toda la noche.

—Me ha dicho Irene que eres un genio de las Matemáticas.

—Sí… bueno, no sé.

—¿Y tú —pregunto girándome hacia el tal Luis—, también eres matemático?

El chico se pone muy colorado y baja la cabeza antes de contestar:

—No… Yo soy archivador.

—¿Archivador?

—Sí, trabajo en los archivos de la Biblioteca Nacional…

—Vaya, qué apasionante.

Más animado, Luis empieza a explicarme pormenorizadamente los detalles de su trabajo mientras yo aguanto estoicamente el chaparrón. Desde luego, no era esta la forma en la que pensaba pasar la noche, ¡necesito tener una aventura! Llevo meses sin que nadie me toque, y me siento preparada.

Distraída, me fijo en un joven que baila despacio al otro lado del salón. Metro ochenta, anchos hombros, barbita muy cuidada… Hermoso ejemplar, sí señor. El pobre Luis, al que le saco un buen trozo con mis tacones, en vano se esfuerza por parecer interesante, ¿cómo me va a importar su trabajo si procuro olvidar el mío tanto como me es posible?

Afortunadamente, al menos mi intervención ha servido para que Irene y su amor platónico se retiren un poco en animada conversación. Mi amiga no hace más que sonreír y ha puesto dos o tres veces su mano sobre la muñeca del joven, ojalá tenga por fin un poco de suerte en el amor.

Y, hablando de suerte, el chico en el que me he fijado ha pasado muy cerca de mí en dirección a la cocina. ¿Cómo podría sustituir a Luis por el desconocido? Estoy pensando en ello cuando, de repente, una voz que me resulta familiar me saca de mis elucubraciones:

—Quiero presentarte a mi compañera de piso, Fugaz. Fugaz, esta es Sara.

Claudia está a mi lado, radiante en su belleza y acompañada de una chica de aspecto tan extraño como su nombre. Lleva una gorra con la visera echada hacia atrás y viste unos enormes vaqueros tan rotos que parecen a punto de desintegrarse, chaleco y una camiseta que deja a la vista unos brazos delgados y muy blancos.

—Hola —me limito a decir mientras trato de procesar cómo es posible que Claudia y esta extravagante joven puedan compartir piso.

—Hola Sara —contesta ella con aire desenvuelto—. Te prevengo, todo lo mío es tuyo, menos mi talento. Si intentas robármelo, caerá sobre ti una maldición terrible.

—Fugaz es artista —me explica Claudia sin poder contener la risa—. Nunca sé muy bien de qué está hablando.

—Es una mente sencilla, no la culpo —aclara Fugaz haciendo un gesto divertido hacia su amiga—. Ni siquiera acierta al definirme simplemente como artista. Yo soy mucho más que eso: soy el Universo, soy la Vida, soy el Amor.

Al hablar, mueve mucho los brazos y arquea las cejas. Tiene unos ojos bonitos, grises y muy expresivos, pero no sabría decir si es guapa o no.

—Siempre habla con mayúsculas —me explica Claudia socarrona—. Por eso hace esos gestos con las manos, pero no te preocupes, es inofensiva.

Fugaz compone un gesto dramático llevándose a la frente el dorso de la mano y me mira exclusivamente a mí.

—Cómo puede haber en el mundo tanta ingratitud. Yo le regalo el don de mi presencia y ella me lo recompensa mofándose.

Asisto atónita a su conversación, ¿qué pretende Claudia al presentarme a esta mujer? Nunca se ha interesado por mí, y no entiendo…

—Veo en tu mirada que me comprendes mucho mejor que esta desalmada —continúa la artista—. Tú y yo somos almas gemelas.

—Os dejo para que intiméis un poco.

No puedo creerlo, ¡Claudia se ha largado dejándome a solas con esta especie de hippie salida de un concierto de los sesenta! La que se suponía iba a ser mi gran noche está resultando ser todo un fracaso, primero Luis y ahora… Por cierto, ¿dónde está Luis? Mirando alrededor, descubro que ha desaparecido sin dejar rastro. Bueno, no voy a llorar por eso, y menos cuando descubro, en un rincón, a Irene muy acaramelada con su amado matemático.

—¿No vas a agradecérmelo?

—¿Qué?

Fugaz me mira con complicidad antes de contestar.

—Te he librado del archivador.

No puedo evitar suspirar aliviada.

—¿A ti también te ha hablado de su trabajo?

—Se lo cuenta a toda persona que encuentra. Los libros se ordenan por autor, tema y fecha de publicación, fascinante.

La artista tiene una sonrisa bonita, que muestra unos dientes perfectamente alineados y muy blancos. Imagino que puede resultar atractiva, a pesar de su delgadez y de que no parece demasiado equipada en eso que a los hombres tanto les gusta.

—Y tú, Sara, ¿a qué te dedicas?

—Trabajo en un banco, me temo que tampoco soy demasiado interesante.

—¿Bromeas? La Belleza siempre es interesante.

—Vaya, gracias…

—Es la pura verdad. Me encantaría pintarte.

No entiendo muy bien qué está pasando, ¿trata de flirtear conmigo? Por las cosas que dice, podría creer que sí, pero sus ojos parecen muy inocentes y francos al hablarme. Por otra parte, y como quiera que nunca ha tratado de seducirme una mujer, no estoy segura de estar interpretando bien sus palabras.

—Claudia sí que es guapa y vivís juntas. ¿La has pintado a ella?

—Por supuesto. El problema es que es demasiado consciente de ello, y eso lo estropea todo.

No salgo de mi asombro. La idea de Claudia posando para esta joven indescriptible no me encaja de ninguna de las maneras. ¿De verdad comparten piso?

—¿Interrumpo?

No puedo creerlo, ¡por fin algo de suerte! El chico en el que me había fijado antes, el de la barbita cuidada, ha aparecido como por arte de magia entre nosotras.

—Soy Alberto —se presenta antes de darnos dos besos en las mejillas a cada una.

Es el típico conquistador de pura cepa. Seguro de sí e incapaz de pensar que realmente pueda estar interrumpiendo. Por supuesto, apenas ha mirado a Fugaz lo imprescindible como para no parecer maleducado, y enseguida se ha girado hábilmente hacia mí, consiguiendo que la artista quede en un segundo plano.

Por el rabillo del ojo, veo a Fugaz sonreír comprensiva y retirarse discretamente. Igual que antes desapareció Luis, ahora le toca el turno a ella.

—¿Eres muy amiga de Irene?

—Desde que éramos niñas, ¿y tú?

Alberto ríe con aplomo y niega con la cabeza. Tiene un aspecto formidable: alto, fuerte y varonil. Mientras Pablo estaba en mi vida, un chico como él no habría tenido ninguna posibilidad de éxito conmigo, pero esta noche solo busco un hombre de usar y tirar, capaz de darme una alegría que me reconcilie al menos por unas horas con el mundo.

Durante diez o quince minutos, los dos practicamos el mismo juego. Sabemos las reglas y el desenlace, pero es importante no cometer errores, sobre todo por su parte. En realidad, él no sabe que yo estoy decidida de antemano, y por eso se comporta con prudencia, avanzando paso a paso y sin precipitarse.

Una mirada, una mano apoyada casualmente sobre el antebrazo… huele estupendamente, ¿será bueno en la cama? Necesito un orgasmo salvaje esta noche, ¡me lo merezco!

—¿Te apetece otra copa? —me pregunta solícito al ver mi vaso vacío.

Por un segundo, dudo qué contestar. ¿Será demasiado agresivo por mi parte pedirle que nos saltemos los prolegómenos? Él tiene tantas ganas como yo de que pase lo que tiene que pasar, ¿para qué postergarlo?

El problema es que nunca antes he hecho nada así, no es mi estilo y, a pesar de lo mucho que me apetece, me da un poco de miedo dar el salto definitivo. ¿Y si no me trata como deseo que lo haga? Quiero que me folle, sí, pero con delicadeza, preocupándose por mi placer antes que por el suyo; quiero convertirlo en una especie de consolador humano, y que compense así en parte el daño que me hizo Pablo.

—Yo preocupada por ti y veo que estás muy bien acompañado.

Otra vez Claudia, ¡es insufrible! Desde luego, no me extraña nada que conozca a Alberto, y tampoco el modo en que se ha colgado de su cuello para abrazarle.

—Acabo de conocer a… Sandra, una amiga de Irene.

Ha sido como recibir por encima un cubo de agua fría. ¡Ni siquiera recuerda mi nombre! Lo sé, es absurdo, acabo de conocerle y no puedo engañarme

pero, al menos, podría fingir que le gusto como persona y no como un simple pedazo de carne disponible. ¡Malditos hombres! Quizá estoy siendo injusta, porque yo solo me he fijado en él por su físico pero… es posible que esta noche, aparte de sexo, también necesite un poco de cariño y que alguien me haga sentir especial, ¿es mucho pedir?

Lo que más me duele es ser derrotada precisamente por Claudia, pero me temo que la situación está clara: igual que antes lo sufrieron Luis o Fugaz, ahora soy yo la que es eclipsada en este cruel juego de prioridades que establece el arte de la seducción. En un instante, quedo al margen y, con rabia, veo la mano de Alberto en la cintura de Claudia, y su boca diciendo algo junto al oído de la odiosa mujer.

Con un suspiro, me dirijo a la cocina y me sirvo una segunda copa bien cargada.

***

Media hora después, estoy en una esquina del salón, con la segunda copa vacía en la mano y sumida en un estado de ánimo cada vez más sombrío. Hace rato que vi salir a Claudia cogida de la cintura del semental. En cuanto a Irene y Rubén, no paran de hablar, sentados en un sofá muy juntos y en actitud más que cariñosa.

Me alegro mucho por mi amiga, pero desde luego para mí las cosas no podían ir peor. Encima, tengo que intentar eludir a Luis, que deambula por la casa como un alma en pena y visiblemente borracho, ¡no podría aguantar otra charla sobre el noble arte de archivar libros!

Recorro con ansiedad la zona más animada del salón en busca de una posible conquista. Hacía mucho que no iba a una fiesta y noto mi cuerpo alterado. La charla con Alberto y ver las parejas que poco a poco se van formando pone mis nervios a flor de piel, y la idea de dormir sola otra noche más se me hace tan cuesta arriba que me resisto a aceptarla. Lo malo es que ya no queda ningún chico que me resulte mínimamente atractivo. ¿Tal vez Javier? Al menos, es alto y fuerte… pero tan bruto como un hombre de las cavernas. Si Pablo se enterara de que me acuesto con él por despecho sentiría una lástima infinita de mí.

Quizá debería ponerme otra copa. Con un poco de suerte, espero que si me emborracho podré dormir de un tirón por primera vez en mucho tiempo.

—Claudia es terrible, ¿verdad?

Fugaz ha aparecido a mi lado sin hacer ruido, me había olvidado completamente de ella. Ante mi silencio, la extraña joven sonríe y aclara sus palabras.

—Se ha llevado a Alberto, y nos ha dejado a nosotras el archivador.

Hay algo en su forma de moverse que me resulta divertido. Al menos, hablando con ella no pareceré tan patética como bebiendo sola, espero.

—Estaba bueno, ¿verdad?

Fugaz ríe con ganas al oír mi lamento. La suya es una risa discreta, agradable y burlona al mismo tiempo.

—Mucho. También era Belleza.

—¿Con mayúsculas?

—Con mayúsculas.

Durante unos minutos, las dos permanecemos en silencio. Supongo que componemos una pareja extraña, yo con mis tacones y mi minifalda y ella con su gorra puesta al revés y los vaqueros viejos llenos de rotos.

—¿Te apetece que nos fumemos un porro?

Su propuesta me ha pillado por sorpresa. Hace siglos que no fumo nada, desde que dejé la universidad y empecé a trabajar, y ahora ya estoy un poco mareada por lo que he bebido. Sin embargo, me encojo de hombros y, resignada a que esta noche no disfrutaré de ningún orgasmo, la sigo escaleras arriba.

***

No he dicho que el padre de Irene es arquitecto y su madre catedrática en la universidad, gracias a lo cual viven en una espectacular casa de dos plantas. En el piso de arriba, hay un cuarto de invitados grande y espacioso donde Fugaz y yo nos refugiamos discretamente. Cuando entramos, ella echa el cerrojo y me muestra a modo de explicación un canuto no demasiado bien liado:

—Es de buena calidad, pero solo tengo uno.

—Pensaba que eras de esas personas a las que les gusta compartir.

—Y por eso lo voy a compartir contigo, pero imagina que sube Luis. Un libro más archivado y ni siquiera un porro para cada una podría salvarnos.

Ha conseguido arrancarme una risa sincera. Entre las dos, abrimos la pesada ventana de doble hoja y nos asomamos a la deliciosa noche de principios de

verano. Entonces, alternativamente nos pasamos la hierba la una a la otra, fumando sin decir nada. Es extraño estar aquí, con una desconocida tan extravagante como la que tengo al lado pero sintiéndome al mismo tiempo más a gusto de lo que podría esperarse.

—La vida es una mierda —digo de pronto.

Fugaz tarda unos segundos en contestar.

—No sabría qué decirte. A veces es una mierda, pero muchas otras me parece algo maravilloso.

—Mi novio se acostó con una amiga mía. Los pillé un día al volver del trabajo.

No sé por qué se lo he contado. Imagino que estoy más colocada de lo que creía, y es posible que la herida no esté tan cicatrizada como quiero pensar. Además, ella vive con Claudia, y que esta llegue a saber que sigo dolida es lo último que desearía en el mundo. ¿Por qué he tenido que soltarlo?

—¿No vas a decir nada? —pregunto impaciente—. Se supone que tú deberías tratar de consolarme.

—No sé si soy la persona indicada.

—Pensé que los artistas teníais empatía y sabíais comprender a la gente.

Fugaz coge el porro de mis manos y da una calada larga y profunda. Luego, habla con una cadencia acompasada que se me antoja hipnótica.

—Suelo comprender a la gente, créeme. El problema es que a la gente no suele gustarle lo que digo.

—Prueba —la animo mientras trato de acomodarme mejor sobre el alféizar de la ventana.

Fuera, la noche es fresca pero agradable, y desde mi sitio puedo ver que los primeros invitados empiezan a marcharse.

—Está bien. Tú lo has querido: creo que todos formamos parte del Universo y que, por tanto, es absurdo irritarse con cualquier persona, porque esa persona forma también parte de lo mismo que tú. En ese sentido, enfadarte con tu novio es como enfadarte contigo misma.

Tardo unos segundos en procesar lo que acaba de decirme, y ella ríe al ver mi cara de desconcierto.

—No era lo que esperabas oír, ¿verdad?

—Más bien no. Creí que dirías que Pablo es un cabrón, y que luego te solidarizarías conmigo.

—Para eso ya tienes a Irene.

Cierto, para eso ya tengo a Irene. ¿Por qué se lo he contado a esta chica que acabo de conocer y con la que no tengo nada en común?

—Escucha Sara, nada más verte me he dado cuenta de que eres una persona muy Especial.

—¿Especial?

—Confía en mí —dice tras dar otra calada y ofreciéndome de nuevo el canuto—. Yo estas cosas las percibo, y sé que todo va a irte bien. Tu vida va a cambiar muy pronto.

Debo estar muy mal cuando escucho a una chiflada semejante, pero en este instante estar a su lado me resulta relajante y placentero. Tras dar una pequeña calada, le devuelvo el porro, que ya casi está terminado.

—Pues espero que tengas razón, porque llevo una racha pésima. Y encima, Claudia me levanta al único chico guapo que había en la fiesta.

—Claudia es así —ríe suavemente—. Creo que, si no hubieras demostrado interés en él, ella nunca habría intervenido.

—¿Cómo es posible que compartáis piso? No me parece que tengáis nada en común.

—Todo se equilibra cariño, el Bien y el Mal, la Luz y la Oscuridad… Lo que no tengo muy claro todavía es qué representamos cada una de nosotras, no creas que Claudia es tan mala como parece. Solo es… humana.

No entiendo gran cosa de lo que dice. Mañana le preguntaré a Irene sobre ellas, porque me muero de curiosidad por saber cómo terminaron viviendo juntas dos personas tan diferentes.

—En fin —suspiro con desconsuelo—, como dice la canción: “perdí ya tantas noches, una más qué más da…”

—¿Insinúas que estar aquí conmigo es perder una noche?

Me he dado cuenta de mi torpeza de inmediato, y trato de excusarme lo mejor que puedo:

—Perdona, no quería decir eso. Me refería a que…

Lo cierto es que Fugaz no parece en absoluto molesta, de igual modo que no lo pareció cuando claramente la dejé de lado al aparecer Alberto

mientras hablábamos en el salón. Estoy segura de que es la clase de persona que acepta lo que venga con naturalidad y no le da vueltas a las cosas que no puede controlar.

—¿A qué te referías entonces, Sara?

—Ya sabes, quería… quería tener sexo esta noche. Solo eso.

Su risa coincide con una brisa de aire fresco que entra de forma repentina por la ventana. Es una risa cantarina, alegre, sincera.

—¿Te gustaba mucho ese chico?

Durante un instante, medito sobre ello. Esta noche siento que puedo ser completamente sincera, quizá el canuto sea el culpable. Después de todo, soy una mujer adulta y no tengo que avergonzarme de nada:

—En realidad no. Solo pretendía utilizarle para tener un orgasmo.

Fugaz vuelve a reír, feliz, y cuando lo hace consigue contagiarme parte de su optimismo. A su lado, es como si todo fuera más sencillo, como si tuviera razón en eso de que no merece la pena odiar a nadie.

—Entonces estás de suerte —dice en voz muy baja—. Puedo ayudarte en eso.

—¿En qué puedes ayudarme? —pregunto dejando la ventana y dando un paseo en círculo por la habitación.

En el espejo que hay frente a la cama, compruebo que se me ha estropeado un poco el maquillaje, pero a pesar de eso me parece que estoy francamente guapa. ¿Cómo es posible que Alberto se me haya escapado así? Deberían estudiar de dónde procede el poder de seducción de la maldita Claudia y escribir un libro sobre…

—En tu problema sexual. Puedo proporcionarte un orgasmo sublime, si quieres.

Se me ha caído sobre la cómoda el peine que acababa de coger y ha hecho un ruido tremendo. Afortunadamente, no parece haberse roto nada. Volviéndome hacia Fugaz, la miro sin acertar a responder nada.

—No era mi intención asustarte —dice mientras termina el porro—. Si te apetece, te hago una paja, soy muy buena en eso.

¿Está tomándome el pelo? Sí, eso debe ser, se trata de una broma. Lo que más me desarma es su forma de proponerlo, igual que si me ofreciera ayuda para ponerme un pendiente o abrocharme la cremallera.

—¿No dices nada?

—Te burlas de mí.

Su cara refleja un vivo asombro antes de contestar a mi pregunta:

—¿Por qué iba a hacerlo? Querías sexo y ya pensabas salirte con la tuya, entonces ha aparecido Claudia y lo ha estropeado todo. Sé lo que es eso y lo mal que sienta, solo me ofrezco a ayudarte.

No puede ser, aquí debe haber una cámara oculta. En cualquier momento, esta pirada va a estallar en carcajadas riéndose de la cara de espanto que debo tener en este momento.

—No te pediré nada a cambio, si es lo que te preocupa —aclara la extraña joven—. Por alguna razón, soy incapaz de correrme cuando fumo maría. Simplemente, te llevo al cielo y salimos de aquí, tú decides.

Me considero una chica liberal, desde luego no soy ninguna santa. Tuve varias parejas antes de Pablo y ya habéis visto que esta noche estaba dispuesta a todo pero, por supuesto, no entraba en mis planes terminar encerrada en el dormitorio para tener sexo con… ¡con una chica!

Fugaz espera mi respuesta sonriendo. Por primera vez, me doy cuenta de que tiene unas pecas muy graciosas alrededor de la nariz. Con la gorra echada hacia atrás y siendo tan delgada, tiene cierto aire andrógino, pero a pesar de eso tal vez resulte atractiva en cierto modo.

—Yo… no soy lesbiana —se me ocurre decir de modo absurdo.

—Yo tampoco.

—¿Tú tampoco? —pregunto entre incrédula y escandalizada.

—Soy pansexual.

Tengo veinticinco años pero, esta noche, de pronto me siento mucho mayor. Es como si, al lado de Fugaz, me hubiera convertido en una persona aburrida, timorata y asustadiza. Aun a riesgo de parecer boba, le pregunto qué significa eso de ser pansexual:

—Yo no siento atracción por alguien por el mero hecho de que sea hombre o mujer —me explica—. A mí me atrae el ser humano independientemente de su sexo; las personas me gustan por sí mismas, no me fijo en el género al que pertenecen. ¿Lo entiendes?

—No estoy segura.

Fugaz sonríe, y cuando lo hace parece mucho más joven y un poquito más guapa.

—Créeme cariño. Tus probabilidades de tener un orgasmo como dios manda conmigo son mucho mayores que las que hubieras tenido con Alberto.

—¿Estás… estás hablando en serio?

Siempre apoyada en la ventana, Fugaz frunce el ceño y levanta una mano como para hacer un juramento.

—Yo siempre hablo en serio, aunque no lo parezca. Te ofrezco esta mano, o mejor dicho estos dos dedos —dice moviendo juguetones el índice y el corazón—, para conseguir que te relajes esta noche como sin duda necesitas.

A mi pesar, me he quedado mirando su mano durante mucho más tiempo del que me gustaría: es pequeña, bonita, de dedos finos y sorprendentemente largos. Lleva las uñas primorosamente cuidadas… es una mano que parece deliciosamente suave.

¿En qué demonios estoy pensando? Reaccionando por fin, niego con la cabeza y doy un paso hacia la puerta del cuarto de invitados.

—¿No quieres saber al menos lo que te haría?

Fugaz me mira con expresión divertida. Nunca había conocido a nadie como ella, y admito que me resulta imposible no sentir curiosidad. Deteniendo mi movimiento de huida, trato de imitar su tono guasón:

—¿Tienes alguna técnica secreta?

—Claro que no —ríe en voz baja—. Imagino que en esto del sexo ya está todo inventado… pero te aseguro que soy muy habilidosa.

—Habilidosa —repito en voz baja.

No puedo creer que siga aquí, escuchando las locuras de esta mujer que tal vez sea incluso peligrosa, ¿no se habrá escapado de algún manicomio?

Desde abajo, amortiguado por la puerta cerrada del dormitorio, llega el bullicio de la fiesta, que continúa sin nosotras. Menuda seductora he resultado ser, vine decidida a conquistar al hombre más atractivo que encontrara y, en lugar de eso, estoy aquí, con una chica.

—*Muy* habilidosa —enfatiza Fugaz, aparentemente ajena a mi lucha interna.

—¿No eres un poco presuntuosa? No me gustan las mujeres, ¿cómo puedes estar tan segura de que conseguirías excitarme?

—Solo hay una forma de saberlo.

Es increíble que continúe escuchándola, ¿por qué no abro la puerta y me largo? Quizá la opción de Javier no sea tan mala, después de todo. Es un chico realmente fuerte que podría sin duda cogerme en sus brazos como si fuera una pluma pero… ¿sería capaz también de llevarme al éxtasis? Algo me dice que, en realidad, para eso me sería mucho más útil Fugaz.

La artista ha dejado su sitio junto a la ventana y ha dado un par de pasos hacia mí. Si cree que voy a ceder ya puede ir olvidándose de ello. Entre inquieta e irritada, pongo la mano sobre el pestillo del cerrojo pero, cuando estoy a punto de accionarlo, oigo de nuevo su voz a mi espalda.

—Creo mi deber informarte de que soy una auténtica experta en encontrar el punto G.

Esto es demasiado, ¿no es cargante? Voy a dejarle claro un par de cosas antes de salir de aquí:

—¿El punto G? Pensé que era un mito.

¿Por qué he dicho eso? ¡¿Por qué?! No debería haberme fumado ese porro a medias después de las dos copas de ron con limón, sin duda no percibo las cosas con claridad. En cuanto a ella, Fugaz ladea la cabeza con aire condescendiente antes de contestar:

—Hay mucha controversia al respecto, pero te aseguro que yo sé encontrarlo. Se trata de un punto rugoso, situado en la pared anterior de la vagina, aproximadamente a unos tres centímetros, detrás del pubis y alrededor de la uretra.

—Vaya… ¿de veras?

—Utilizaría estos dos dedos —sigue con aire doctoral mientras vuelve a enseñarme sus larguísimos índice y corazón de la mano derecha—. Colocándolos en forma de C, entraría despacio dentro de ti y, una vez hecho esto, no trataría de follarte con ellos como haría cualquier chico inexperto.

—¿No…?

—No. Los movería de abajo hacia arriba, como llamándote.

—¿Llamándome?

Creo que he tragado saliva al hacer esta pregunta, pero afortunadamente me parece que ella no se ha dado cuenta.

—Eso es. Primero, los movería despacio en círculo durante mucho tiempo. Esa presión constante sobre la parte frontal de tu vagina provocaría que esta se hinchase y, solo entonces, sería el momento de iniciar un movimiento más específico, como el que hacemos cuando queremos decir a alguien "ven aquí".

Me he quedado en silencio demasiado tiempo, ¡espero que ella no se confunda! Ni en un millón de años accedería a dejar que hiciera conmigo lo que propone.

Para mi sorpresa, Fugaz, después de decir todo esto, me rodea caminando con calma y pone la mano sobre el cerrojo de la puerta.

—Pero si no estás interesada, no hay más que hablar.

Esta mujer está completamente loca, no me cabe la menor duda. Y me fastidia que me trate con ese aire de superioridad, como dando a entender que soy una chica aburrida que se asusta de probar cosas nuevas.

—Si de verdad pudieras hacer eso, te dejaría.

Ha retirado la mano del pestillo. Ahora me mira sin pestañear, esperando que yo diga algo más.

—Pero es imposible —me apresuro a añadir—, por dos razones.

Cada vez llega menos ruido desde el piso inferior. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí las dos solas? Espero que Irene esté tan entusiasmada con su enamorado que no tenga tiempo de echarme en falta y hacer después incómodas preguntas.

—¿Por dos razones?

—Sí —contesto con aire triunfal—. En primer lugar, porque ya te he dicho que no me interesan las mujeres. Yo nunca te tocaría a ti y no me parecería justo aprovecharme de tu oferta.

—Pero ya te he explicado que eso no es problema —se encoge de hombros —. Esta noche experimento una Paz y una Armonía perfectas, no quiero sexo. Solo ayudarte.

¿Lo dice de verdad? ¿Pertenece a una especie de ONG? "Pajas sin fronteras para mujeres solitarias" Ya no sé si me relaja o me pone de los nervios estar a su lado. En realidad, ¿qué tendría de malo dejar que ella probase sus habilidades conmigo? Cerrando los ojos, lo importante no es a quién pertenezca una mano, sino su pericia, y si insiste en que no espera nada a cambio… Un momento, ¿de verdad me estoy haciendo esta pregunta?

Recuperando la cordura, recuerdo el segundo motivo que hace imposible aceptar su descabellada propuesta:

—No podrías hacer todo eso que dices de… poner tus dedos en forma de C y llamarme, porque… sería imposible que… que lubricara con ninguna caricia tuya.

Ahora la he derrotado definitivamente. Lo curioso es que no consigo determinar si he salido ganando o perdiendo. La propia Fugaz parece que desiste y retrocede pero, cuando menos me lo espero, hace un pregunta que me molesta sobremanera:

—¿De qué tienes miedo exactamente?

¿Miedo yo? Es insultante, ¿qué se ha creído? Voy a dejarle muy clarito a esta engreída cómo están las cosas.

—No tengo miedo de nada. Simplemente, no me apetece que me toques.

Fugaz esboza una sonrisa socarrona que me resulta indignante.

—Si tú lo dices...

Al decir esto, ha abierto el cerrojo y después la puerta. Desde abajo, llega más nítido el sonido de una música suave. La fiesta está acabando, ¡debe ser tardísimo!

—Un momento —la detengo cogiéndola del brazo cuando ella ya tenía medio cuerpo fuera del cuarto de invitados—. ¿Tanto te cuesta admitir que rechace tu oferta?

—No te pongas a la defensiva, mi ofrecimiento era sincero y desinteresado.

No sé qué tiene esta mujer para resultarme tan intrigante. Ni siquiera es guapa, y empiezo a pensar que me cae tan mal como Claudia, ¡ya no me parece tan extraño que vivan juntas!

—Está bien —digo con más suavidad—. Agradezco tu oferta pero… no creo que…

—Estás un poco nerviosa, lo entiendo. ¿Qué te parece si probamos?

Ha vuelto a entrar en el dormitorio y ha cerrado de nuevo la puerta echando el cerrojo. ¿Qué estoy haciendo? Casi me había librado, ¿por qué he tenido que cogerla del brazo? Cuando vuelve a hablar, su voz me parece apenas un susurro especialmente diseñado para derribar mis defensas.

—Déjame solo intentarlo. Si no estás cómoda, no tienes más que decirlo.

¿Ha sido ella la que ha apagado la luz? De pronto, el cuarto solo está iluminado por el brillo de la hermosa Luna que se alza en el cielo, y durante unos segundos mis ojos apenas distinguen sombras confusas.

Como en un sueño, me doy cuenta de que Fugaz se ha acercado mucho a mí y, aprovechando que con los tacones soy mucho más alta que ella, cuela con habilidad sus manos por debajo de mi minifalda.

—Voy a quitarte las braguitas.

No sé qué hacer. ¿Debo permitirla "probar"? Siempre he pensado que estas cosas se saben sin necesidad de probar, ¿por qué estoy siguiendo su juego? La bebida, la hierba, Pablo y Alberto… Lo cierto es que estoy alterada, que mi cuerpo necesita que…

El roce de sus dedos en mis caderas al tirar del elástico de las bragas me produce un escalofrío que no puedo describir con palabras. Me sorprendo al comprobar que yo misma colaboro y alzo alternativamente las dos piernas para permitir que me quite la breve prenda cuando esta llega a mis tobillos.

Bueno, pues aquí estoy, en penumbra en una habitación, encerrada con una chica y sin ropa interior ¡qué cosa tan absurda!

Cuando Fugaz vuelve a hablar, lo hace con voz tan queda que apenas la oigo a pesar de su proximidad:

—Trata de relajarte. Piensa en algo bonito, en algún sitio donde te gustaría estar.

No he podido evitar dar un respingo y retroceder al notar sus manos sobre la cara interna de uno de mis muslos. Estoy casi aprisionada entre la pared y su cuerpo pero, por extraño que parezca, descubro que no me resulta en absoluto desagradable sentir la suavidad de su mano sobre mi piel.

Durante unos minutos, Fugaz me acaricia despacio por debajo de la falda, muy cerca de mi sexo pero sin llegar nunca a rozarlo. Se limita a recorrer la parte superior de mis piernas, y el calor que desprende es tal que, sorprendida, miro hacia la ventana. Sigue abierta, pero juraría que la temperatura de la habitación ha subido varios grados en segundos.

—¿Va todo bien?

—No… no lo sé. Nunca había…

—Te propongo un trato —la oigo decir entonces como desde muy lejos.

—¿Un trato?

—Voy a introducir solo la puntita de mi dedo en tu sexo. Si no estás húmeda, te dejaré irte. Si sucede lo contrario, te tumbarás en la cama y te dejarás llevar.

¿De verdad está pasando esto? ¿Qué sentido tiene? Fugaz trata de convencerme para que la deje seguir adelante cuando, según sus propias palabras, no espera ningún tipo de reciprocidad. En cuanto a mí, no consigo explicarme lo que me ocurre, porque jamás había fantaseado con tener una aventura lésbica y, sin embargo…

Un gemido que me llena de vergüenza ha escapado de mi cuerpo al sentir su falange en la entrada de mi vagina. Para colmo, no puedo acusarla de haber incumplido su palabra, pues apenas me ha tocado un instante. A pesar de su brevedad, ha sido un segundo eléctrico. He notado el dedito posarse suave, hacer un tímido movimiento apenas insinuado desde abajo hacia arriba y retirarse después… dejándome sin aliento.

Desde la calle, y a través de la ventana abierta, llegan de nuevo las voces de alguien que se despide.

—La fiesta está acabando —digo a modo de defensa.

—Túmbate en la cama.

—Nos van a pillar.

—Seré rápida, lo prometo. Túmbate.

Con piernas de trapo hago lo que me dice. Ni siquiera me he quitado los tacones, simplemente me he tumbado boca arriba y he abierto las piernas mientras ella, haciéndose un ovillo, se coloca de rodillas entre mis muslos.

Soy consciente de que quiero que me toque, pero al mismo tiempo me parece increíble estar permitiendo que esto ocurra. ¡Qué vergüenza si se enterara Irene! Ella jamás lo entendería, y yo misma tendría dificultades para explicar algo que no termino de comprender.

—Es inútil —trato de protestar de nuevo—, no estoy relajada, no podrás…

¡La tengo dentro! Oh, dios, ¿de verdad me está follando una chica? No consigo asumirlo, pero es real, real… y fantástico.

Casi tengo que hacer un esfuerzo para no contonearme demasiado, porque de repente me siento llena de un modo delicioso, y entonces me obligo a cerrar los ojos y aferrarme a las sábanas como si temiera estar a punto de caer al vacío.

Entre mis piernas, Fugaz procede de forma concienzuda y metódica. Se ha colado con suavidad pero sin titubeos, ¡y yo que decía que no podría excitarme con sus caricias! Mi sexo se ha abierto sin oponer resistencia alguna, ¿cómo podré volver a mirarle a la cara sin ponerme colorada?

¿Ha puesto los dedos en forma de C? No sabría decirlo. Lo que sí sé es que me parece increíble que pueda llegar tan adentro, y que me está tocando de una forma sorprendente y distinta. Es como si, acariciada por ella, estuviera descubriendo partes de mi anatomía más íntima de las que hasta ahora no había tenido noticia.

—¿Cuándo será la siguiente fiesta Irene?

La pregunta, hecha desde la calle, me obliga a abrir los ojos. Incorporándome sobre los codos, jadeo con desmayo en dirección a Fugaz.

—Déjalo, nos van a pillar, nos…

Todo se nubla y no puedo terminar la frase. Sus dedos, como había avisado, comienzan a moverse hacia arriba, presionando mi pubis desde abajo. Suben y bajan como si pretendiera hacerme señas para que me acercara, sin retirarse un segundo de mi sexo y aumentando progresivamente el ritmo de su movimiento.

Es como tener algo vivo en mi interior, y de nuevo me derrumbo en la cama, incapaz de ofrecer resistencia. Si mi amiga de la infancia entra y me sorprende, tendré que admitir lo evidente: que es una mujer la persona que me está proporcionando mi primer orgasmo compartido después de ser abandonada por Pablo. No era esto lo que había planeado, pero debo reconocer que el resultado es majestuoso.

Agasajada por Fugaz, mi vientre estalla con furia y mis ojos se cierran sin que yo se lo ordene. Vibro como una guitarra recién afinada y la siento tan dentro como jamás había sentido a nadie; los músculos de todo mi cuerpo se ponen en tensión y mis dientes muerden con crueldad mi labio inferior en una mueca de satisfacción que queda protegida por las sombras del cuarto.

Debajo, la artista insiste, aumenta el ritmo, me exprime sin piedad. Creo que su mano izquierda presiona mi pubis desde fuera mientras la otra persiste en su tarea incansable, pero no puedo estar segura de nada.

Solo sé que me diluyo sin remedio, completa y absolutamente rendida ante su endiablaba habilidad.

***

Afortunadamente, recupero la cordura antes que la respiración y, poniéndome en pie, localizo mis bragas en la oscuridad y recompongo mi vestuario a toda velocidad. Tengo el tiempo justo de encender la luz, abrir el pestillo de la puerta y avisar a Fugaz:

—Prométeme que no le contarás esto ni a Irene ni a Claudia.

La artista sonríe ladeando la cabeza con ese gesto irónico que tanto me irrita y contesta con aire inocente:

—No sé a qué te refieres, ¿qué podría contarles?

—Hablo en serio Fugaz, o como quiera que te llames realmente: si les cuentas lo que ha pasado, lo negaré rotundamente, y será tu palabra contra la mía.

Antes de que ella pueda responder nada, Irene entra en el cuarto con cara de sorpresa:

—¿Dónde te habías metido? Llevo un buen rato buscándote… veo que ya conoces a Fugaz.

Noto cómo me suben los colores sin poderlo evitar, ¡me va a descubrir! Tengo que buscar una excusa convincente antes de que adivine lo que ha sucedido realmente.

—Hemos subido a fumarnos un canuto —por fortuna para mí, Fugaz se anticipa con una calma absoluta—. Ya no podíamos soportar más historias del amigo de tu novio.

Irene ríe comprensiva y parece dar por buena la explicación. Luego, nos invita a quedarnos a dormir, pero la artista se excusa con un pretexto que me resulta absurdo:

—Esta noche siento las Musas de mi lado. Debo llegar a casa para escribir un poema que me ayude a comprender el discurrir del Tiempo.

Cuando pasa por mi lado, sus ojos buscan traviesos los míos, pero yo soy incapaz de sostener su mirada.

Experimento un alivio inmenso cuando por fin Irene y yo nos quedamos solas.

***

El alivio se convierte enseguida en una ansiedad gigantesca. ¿Me preguntará qué hacía tanto tiempo con Fugaz aquí sola? ¿Sospechará algo? No voy a ser capaz de ocultar lo ocurrido, me va a descubrir, me va a…

—¡Rubén me ha besado! ¿Te lo puedes creer?

—Vaya, eso es estupendo.

—Ha sido precioso. Hemos estado hablando toda la noche y, cuando la fiesta acababa…

Irene suspira de felicidad, y solo entonces comprendo que no hay peligro de que mi locura con Fugaz salga a la luz. Al menos, no esta noche. Mi amiga nunca ha sido afortunada en el amor y además es de esas personas románticas capaces de emocionarse hasta las lágrimas por un simple beso, por lo que ahora está absolutamente concentrada en su propia experiencia.

—Hemos quedado para ir a dar un paseo mañana, ¿no te parece increíble?

Me alegro de verdad por ella, se merece todo lo bueno que le ocurra. Como siempre que me quedo a dormir en su casa, en lugar de ocupar el cuarto de invitados me instalo en la cama nido que hay en su propia habitación. Normalmente, hablamos durante horas hasta caer dormidas, pero esta noche ella habla y yo… no escucho.

No es que no me preocupe su vida, y ya he dicho que, a pesar de mi fracaso con Pablo, me gusta que a mi más querida amiga le sonría la fortuna. El problema es que no consigo dejar de pensar en lo que ha sucedido entre Fugaz y yo.

¿Por qué la he dejado tocarme? Una vez, en la universidad, una compañera de clase trató de seducirme, y yo simplemente le dejé claro que solo podía ofrecerle mi amistad. ¿Por qué ha sido distinto esta noche? En vano trato de decirme que estaba muy borracha y ella ha insistido tanto que casi me ha sido imposible rechazarla, porque hay una cosa que me preocupa y que me mantiene despierta mucho después de que Irene se duerma y la habitación quede en silencio.

Por mucho que me asuste pensarlo, soy consciente de que esta noche he disfrutado del mejor Orgasmo de mi vida.

Con mayúsculas.

Napoleón está muerto

Han pasado dos meses desde que tuve mi primera y última relación lésbica. Siendo estricta, ¿de verdad puedo llamarla así? No hubo besos y yo ni siquiera la toqué. Simplemente, dejé que me masturbara, tan solo quería un orgasmo y aquella noche poco me importaba la forma de lograrlo.

He tratado de pensar lo menos posible en la maldita fiesta, y he tenido varias citas durante todo este tiempo. ¿Resultado? Empiezo a asumir que no va a ser tan sencillo como esperaba sustituir a Pablo. Últimamente, los hombres me parecen demasiado tímidos o demasiado agresivos, excesivamente habladores o callados de modo exasperante, increíblemente infantiles o tan serios que aburrirían a un muerto.

Supongo que Irene tiene razón cuando, al escuchar mis quejas, me dice que no intente forzar las cosas y que tan solo espere a que aparezca el chico apropiado. El problema es que nunca he estado sola y que, además, soy una persona que necesita tener contacto físico para sentirse bien. Es algo en lo que mi amiga y yo somos completamente distintas: mientras ella es capaz de pasar un año entero sin tener relaciones sexuales y sin que aparentemente eso le preocupe, yo me siento languidecer cuando me veo obligada a sufrir periodos de abstinencia como el que ahora estoy atravesando.

Así las cosas, cuando el sábado por la mañana Irene me llama y me invita a cenar en su casa aprovechando que sus padres están de viaje y que Rubén tiene un compromiso con colegas de la universidad, al principio no sé si me apetece el plan o no. Siempre es agradable charlar con mi querida amiga, pero últimamente se pasa el tiempo hablándome de lo maravilloso que es su novio, y no tengo muy claro que eso sea lo más conveniente para mi frágil estado anímico.

A pesar de mis dudas, termino aceptando su invitación. ¿Cómo es posible que no tenga ningún plan más sugerente para pasar el fin de semana?

***

Mi amiga me recibe en chándal y el pelo recogido en una coleta. La veo guapa: ha adelgazado un poco y la expresión de su rostro, siempre alegre, esta noche resulta incluso más radiante de lo habitual. Haciendo un esfuerzo, disfrazo de burla la pequeña punzada de envidia que me produce el constatar los efectos positivos que sobre ella tiene su relación con Rubén.

—Te sienta bien el matrimonio.

—Rubén es un encanto, ¡y tan inteligente!

Por lo poco que he hablado con él, a mí me parece una especie de robot cargado de datos y estadísticas pero, como suele decirse, el amor es ciego, y es evidente que Irene no ve a su enamorado con los mismos ojos que yo.

No puedo evitar una extraña sensación de incomodidad al entrar en la casa. La última vez que estuve aquí, permití que pasaran cosas que me siguen provocando un nerviosismo tal vez exagerado. Tengo que serenarme, lo que ocurrió quedará para siempre entre Fugaz y yo y, además, ¿qué importancia tuvo? Tengo clarísimo que nunca se repetirá.

Mientras me invita a un refresco, Irene me sigue contando las hazañas y virtudes de su flamante novio:

—Le han ofrecido un puesto de profesor adjunto en la universidad, pero no sabe si aceptarlo. Quiere dedicarse a la investigación, ¿sabes?

—Suena bien.

Mi amiga se queda contemplándome con atención antes de continuar. Es la persona que mejor me conoce en el mundo y, de un tiempo a esta parte, siento que me pongo en tensión cuando me observa así. Tal vez, en el fondo temo que pueda descubrir mi secreto solo con mirarme a los ojos.

—Perdona, no hago más que hablarte de Rubén y tú todavía no has superado lo de Pablo.

—Tranquila, han pasado ya muchos meses.

—No me puedo creer que todavía no hayas tenido una aventura. Eres Sara, la gran Sara, la que chasquea los dedos y tiene a cualquier chico a sus pies.

—Pues ya ves, por lo visto no estoy en forma.

—¿Ni siquiera algo pasajero? Me dijiste que pensabas usar a los hombres como si…

—Tengo hambre, ¿qué vamos a cenar?

Irene no da muestra alguna de haber notado mi forzado cambio de conversación. ¿Cómo podría explicarle que sí, que he tenido un rollo de una noche, pero con la persona que ella menos podría imaginar?

—He encargado una pizza por teléfono. Por cierto, va a venir Claudia. Me ha llamado diciendo que no tenía plan y la he invitado, espero que no te importe.

Un escalofrío de inquietud me recorre por dentro al oír el nombre de la odiosa mujer. ¿Cómo es posible que Irene sea amiga suya? Son como la noche y el día pero, ¿qué puedo objetar? Con todos mis sentidos alerta, me resigno a pasar una noche horrible, ¡espero que no salga ni siquiera el nombre de su chiflada compañera de piso!

Pero, como suele decirse, todo lo que va mal es susceptible de empeorar. Media hora después, suena el timbre y, horrorizada, veo entrar juntas a Claudia y a Fugaz.

***

—Cuánto tiempo chicas, qué alegría.

Tras los habituales besos de saludo, las cuatro nos sentamos alrededor de la mesa, repleta de los aperitivos puestos por Irene para esperar a la pizza. Claudia, no hace falta decirlo, está bellísima con un bonito vestido estampado. De haber sabido que venía, me habría arreglado un poco más, porque juraría que ha mirado con desdén mis ajustados y viejos vaqueros. En cuanto a Fugaz, lleva la misma gorra con la visera echada hacia atrás de la primera vez y unos pantalones igual de desgastados, ¿irá siempre de uniforme?

—¿Te encuentras bien Sara? Estás blanca como el papel.

—Sí… estoy bien.

No, no estoy nada bien. Si me hubieran preguntado a qué tres personas no desearía tener nunca juntas al mismo tiempo a mi lado, habría mencionado precisamente a las tres que ahora me rodean. Imaginad: vuestra mejor amiga, la odiosa conocida con la que finges llevarte bien pero con la que mantienes una rivalidad más o menos encubierta… y la loca de atar que una noche te empujó a cometer un desliz inconfesable. Nada bueno puede salir de esta noche pero, ¿cómo escapar sin levantar sospechas? Si pongo cualquier excusa para largarme incluso podría ser peor, porque sin duda se extrañarían y, las tres juntas y hablando de mí… ¡no quiero ni imaginar lo que podría suceder!

Tengo que aguantar, tratar de desviar la conversación cuando me parezca peligrosa y negarlo todo en caso de que Fugaz me traicione.

Por cierto que, siendo honesta, debo decir que la joven no ha dado señal alguna de recordar lo que sucedió entre nosotras la única que vez que nos vimos. Me ha saludado con naturalidad y no me ha mirado de manera que pueda molestarme.

Afortunadamente, cuando llega la pizza nadie parece darse cuenta de que apenas puedo probar bocado. La conversación la llevan sobre todo Claudia e Irene, porque yo bastante tengo con mantener la compostura y Fugaz, por su parte, devora a dos carrillos, ¿cómo es posible que esté tan delgada comiendo así?

—¿Qué tal la vida en común chicas?

La pregunta de mi amiga podría ser conflictiva para mis intereses. Aunque me muero de curiosidad, me asusta entrar en cualquier tema que pueda llevar a contar detalles íntimos o escabrosos. Llevo espiando de reojo a Claudia desde que llegaron y no he podido descubrir en su forma de tratarme nada que me haga pensar que sabe lo que ocurrió en la famosa fiesta pero, aun así, creo que es mejor ser prudente.

—No sé qué decirte. Estaba deseando salir de casa de mis padres, pero vivir con una artista tan "maravillosa" como Fugaz no es sencillo.

Al decir esto, Claudia ha dado un codazo a su compañera, que sigue comiendo con buen apetito. Es evidente que hay complicidad entre ellas, y desde luego Fugaz no parece en absoluto molesta cuando contesta:

—Yo también podría quejarme. Claudia no limpia nunca la casa, ve programas horribles en televisión y es la persona menos espiritual que conozco.

Las dos rompen a reír al unísono y, después, se abrazan como buenas amigas.

—A pesar de todo —apostilla la artista—, quiero a esta mujer.

Irene y yo nos miramos un instante. Mi preocupación acaba de aumentar, porque si están tan compenetradas cada vez me parece más difícil creerme que Fugaz no le haya contado…

—Yo también estoy empezando a plantearme salir de casa de mis padres —comenta Irene—. Quizá Sara y yo podríamos hacer como vosotras.

—Piénsatelo bien —sigue con su aire irónico Claudia—. No imaginas lo que tengo que sufrir yo con esta mujer. Esta tarde, sin ir más lejos, no podéis ni imaginar lo que me ha obligado a hacer.

Inquieta, me remuevo en mi silla y consulto mi reloj, ¡son solo las nueve! La velada acaba de empezar y casi no he conseguido decir palabra. Apenas puedo mirar a Fugaz y temo que en cualquier momento estalle la bomba, pero me da incluso más miedo marcharme que quedarme. Si desaparezco,

nunca sabré de qué hablarán entre ellas, y pensar que Irene pueda descubrirme me asusta tanto que me cuesta incluso respirar.

—¿Y qué has tenido que hacer? —pregunta mi buena amiga que, totalmente ajena a mi sufrimiento, parece estar pasándolo realmente bien.

—Resulta que Fugaz está en fase de pintura.

—¿Fase de pintura?

—Si —asiente la artista—. Tengo épocas en las que necesito escribir y otras en las que me llama la pintura. Desde hace unos días, lo veo todo turquesa y el aire huele a lavanda.

Claudia vuelve a reír. Tengo la sensación de que está disfrutando con esto y de que desea contarnos algo, aunque no imagino qué.

—¿Empezáis a entender a qué me refiero cuando digo que no es sencillo vivir con ella? Esta tarde me ha tenido dos horas posando. Completamente desnuda.

El trago de cerveza que estaba a punto de dar se ha atascado en mi garganta y, solo con gran esfuerzo, he conseguido dominarlo para evitar dar un desagradable espectáculo. Por suerte para mí, Irene se ha sorprendido tanto como yo y ha atraído todas las miradas al preguntar:

—¿Has posado en… pelotas para Fugaz? ¿De verdad?

Ahora ya no me cabe ninguna duda: Claudia quería contarlo, y está disfrutando con ello de forma innegable.

—De verdad.

—Pero, ¿desnuda del todo? —insiste Irene escandalizada.

—Tal y como vine al mundo.

Irene ríe y se tapa la cara. Ella es tímida por naturaleza y jamás se atrevería a hacer una cosa así, incluso entre amigas de toda la vida. Lo que no sabe es lo que sé yo, que Fugaz es pansexual según sus propias palabras, y que me proporcionó un orgasmo por propia iniciativa sin yo pedírselo. Un sudor frío me invade al tiempo que multitud de preguntas vienen a mi mente: ¿hay algo entre las dos compañeras de piso? Claudia es una mujer espectacular y posa en cueros para Fugaz, ¿son solo amigas?

Lo que más me confunde es darme cuenta de que daría cualquier cosa por responder a esas preguntas porque, en realidad, ¿qué me importa a mí lo que pueda haber o no entre ellas?

—Sara cariño, ahora estás muy colorada, ¿seguro que estás bien?

—Y llevas muy callada toda la noche.

Necesito un respiro. Poniéndome en pie, tranquilizo a mis acompañantes:

—Solo necesito ir al baño un instante.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofrece enseguida Irene.

—No, estoy bien. Enseguida vuelvo.

Me refugio en el cuarto de baño y echo el cerrojo como si se tratara de un búnker en tiempos de guerra. ¿Por qué estoy tan alterada? Nada hasta ahora me hace pensar que Fugaz haya sido indiscreta y, en último término, tengo claro que lo negaré todo como si mi propia vida dependiera de ello. Además, si alguien me contara que Irene, mi querida y fiel amiga, había tenido una aventura lésbica, yo jamás lo creería. ¿Por qué iba ella a creer algo así de mí?

Durante unos minutos, respiro profundamente hasta recuperar la calma. Luego, me refresco con un poco de agua, repaso mi maquillaje y, tras comprobar en el espejo que todo parece en orden, me armo de valor para regresar junto a mis compañeras de velada.

Mi indignación es total cuando, al abrir la puerta del cuarto de baño, me encuentro frente a frente con Fugaz.

—¿Qué demonios pretendes siguiéndome hasta aquí? —pregunto de forma airada.

Antes de que ella pueda contestar nada, estallo en justa ira, aunque hablando tan bajo como puedo para que nuestra conversación no llegue a ser oída desde el salón, donde Irene y Claudia siguen charlando animadamente.

—No sé qué te propones, pero quiero que te quede muy clara una cosa: NUNCA volverá a pasar nada entre tú y yo, ¿entendido? Y he dicho “nunca” con mayúsculas. Si pensabas que ibas a provocarme con toda esa historia de que Claudia posa en pelotas para ti, estás muy confundida.

Fugaz me mira con expresión sorprendida y, solo cuando yo termino con mis exabruptos, contesta en un tono calmado que no hace sino aumentar mi irritación.

—Solo quería ir al baño. He bebido mucha cerveza.

Por un segundo me he quedado descolocada, pero a mí no me engaña con su aire despistado e inocente. Entrando de nuevo tras ella en el lavabo,

vuelvo al ataque con redoblada energía:

—La otra noche estaba muy colocada, ¿entiendes? Había bebido mucho, y luego tú, con tu porro y tus descabelladas explicaciones sobre el punto G y los dedos en forma de C… me confundiste y me dejé llevar, pero ni en un millón de años volverá a suceder, ¿entendido?

La artista sonríe un instante, carraspea y, sin perder la compostura, pregunta de forma inesperada:

—¿Has oído hablar de Napoleón?

Definitivamente, esta mujer está loca. Lo mejor que puedo hacer es alejarme y no volver ni siquiera a cruzar palabra alguna con ella.

—Napoleón conquistó una vez medio mundo —continúa, sin prestar atención a mi cara de asombro—. ¿Sabes dónde está hoy?

—¿Qué? ¿A qué viene eso ahora?

—Viene a que está muerto Sara. Igual que el más humilde de sus súbditos. La Vida es una broma maravillosa, y nada de lo hagamos tiene trascendencia alguna.

No entiendo ni una palabra de lo que dice pero, afortunadamente, ella parece darse cuenta de que es necesario que se explique mejor:

—Te hice una paja y te gustó. No le des más vueltas, no tiene mayor importancia. La Tierra no cambió su trayectoria y el Equilibrio del Universo sigue siendo el mismo. Debes aprender a disfrutar simplemente de lo que la Vida te ofrece sin tratar de analizarlo todo.

Ahora sí que me ha dejado descuadrada. ¿Y si resulta que me comprende mejor de lo que yo misma me entiendo? En un tono mucho menos agresivo, insisto todavía, pensando en que probablemente Irene y Claudia empiecen a extrañarse por nuestra tardanza.

—Recuerda que me prometiste no contárselo nunca a nadie.

No me gusta nada cómo me mira ahora, jamás la había visto un gesto tan serio.

—Es curioso, creo que me equivoqué contigo, y no suele pasarme.

—¿Que te equivocaste?

—Sí —contesta con aire pensativo—. Te dije que tú y yo éramos almas gemelas y estaba segura de que nos llevaríamos bien, pero por lo visto mi

Instinto falló. Resulta que eres una cobarde. Y ahora, si me lo permites, me hago pis de verdad.

Un momento, ¿acaba de llamarme cobarde? ¿Qué derecho tiene? ¡Si se cree que esto va a quedar así está muy equivocada!

—Que no quiera volver a tener nada contigo no significa que sea cobarde —respondo con justa ira—. Simplemente, no me interesan las mujeres de ese modo, y punto.

Fugaz se queda mirándome de nuevo muy seria, casi se diría que con cierto reproche. Luego, sin decir nada viene hacia mí… ¡y pone sus manos sobre el botón de mis ceñidos vaqueros!

—¡¿Qué haces?! —pregunto mientras trato de zafarme espantada.

—Calla de una vez.

Atónita, observo cómo echa de nuevo el cerrojo del cuarto de baño y desabrocha el dichoso botón. Increíble. Su mano, pequeña y habilidosa, se ha abierto paso no sin dificultad por dentro del ajustado pantalón. Me había convencido a mí misma de que esto jamás volvería a suceder pero, ahora, al notar de nuevo su calor sobre mi pubis, siento que las fuerzas me abandonan.

La situación es inesperada e incluso ridícula. Estamos las dos de pie en medio del cuarto de baño, yo ligeramente apoyada en la pared mientras nos miramos a los ojos y su mano empieza a culebrear entre mis piernas.

—He conocido casos como el tuyo, tranquila.

—Pero… pero… ¡estate quieta o voy a…!

—No vas a hacer nada, y lo sabes.

Me estremezco cuando uno de sus dedos se insinúa con suavidad en mi vagina, la recorre dulcemente y, después, sube unos centímetros hasta posarse directamente sobre mi clítoris.

Asustada, mi mirada se dirige con angustia hacia el cerrojo de la puerta. Irene puede venir en cualquier momento, seguro que le extraña que tarde tanto y se preocupa, seguro que…

—No temas, Irene no sospecharía ni en un millón de años lo mucho que te excita que yo te meta mano.

Las palabras de Fugaz me dejan de piedra. ¿Tiene razón al decir que soy una cobarde? Esto me gusta, joder, ¡me gusta mucho! Pero pensar que mi amiga pudiera llegar a saberlo…

Su dedito presiona con sabiduría sobre mi clítoris, que se inflama y redobla su tamaño con asombrosa rapidez. Mientras lo masajea sin desmayo, su mano atrapada por dentro de mi ropa sin apenas espacio para moverse, Fugaz fija en mí sus ojos profundos, de un gris misterioso que me parece distinto a cualquier color que haya visto antes.

—Me disgusta que la gente no sepa disfrutar de lo que el Universo le ofrece.

Mi respiración empieza a ser agitada y noto cómo sube el color de mis mejillas. Tratando de no ceder, sostengo su mirada y contesto lo mejor que puedo:

—No te confundas, esto es solo…

—Hoy no estás colocada amiga mía. Piensa bien qué excusa vas a ponerme.

Tiene razón. Y lo peor es que, al tiempo que ha dicho esto, su dedo se ha movido con endiablada habilidad: primero, ha dejado mi botoncito, ha vuelto a recorrer despacio la entrada de mi vagina dos veces de abajo hacia arriba y, llevando sobre su piel mi propia humedad, ha regresado a mi clítoris para redoblar sus caricias.

—¿No dices nada?

La punta de su índice sobre mí es lo más maravilloso que he sentido nunca. A duras penas puedo mantenerme en pie. Recostándome contra la pared, cierro los ojos, pero con un esfuerzo me obligo a abrirlos para mirarla frente a frente.

—No me gustas nada.

Lejos de parecer ofendida, Fugaz sonríe antes de preguntar:

—¿Alguna vez te habías corrido como la otra noche? Sé sincera.

Nueva excursión hasta mi vagina, que recibe empapada la ligera y rápida caricia. De nuevo la tengo arriba, sobre el clítoris, protagonista absoluto de este improvisado encuentro.

—Lo admito —resoplo—, eres… buena en esto.

Oh dios, ahora los toquecitos son rápidos e intermitentes. Tengo que apoyarme sobre ella para no caer, me tiemblan todos los músculos del cuerpo.

—Esta vez no va a salirte gratis, te prevengo.

No estoy en condiciones de entender muy bien sus palabras, pero cuando su movimiento se detiene, me siento desfallecer y la miro con una súplica.

—No te asustes, no soy ninguna chantajista. A cambio, solo quiero que vengas a hablar conmigo, nada más.

Mi pecho sube y baja a toda velocidad, mis rodillas flaquean y mi clítoris, a punto de estallar, anhela ser agasajado hasta el final. Creo que, en este momento, firmaría cualquier papel que Fugaz me pusiera delante sin leerlo siquiera.

—¿Nada más? —pregunto con un gemido de impaciencia.

—Nada más. El viernes estaré sola. Ven a verme y charlamos, es todo lo que te pido. ¿Trato hecho?

Todo lo que puedo hacer es asentir con un gesto.

El índice más travieso del mundo vuelve a posarse sobre mí, y su efecto es devastador: se mueve en círculos, presiona, amaga con retirarse para, enseguida, frotarse contra mí con una suavidad y ternura que me desarman por completo.

Me abrazo a su cuerpo para conseguir mantener el equilibrio, las nalgas apoyadas contra la pared y el rostro recostado sobre su hombro mientras ella, infatigable, persevera y me arranca un orgasmo que me deja sorprendida. Estoy en el lugar menos seductor del mundo, un cuarto de baño, no ha habido prolegómenos y mi acompañante es de mi mismo sexo. A pesar de eso, mi cuerpo vibra desde la cabeza a los dedos de los pies, mi piel se estremece y el calor me quema por dentro con una dulzura indescriptible que dura tanto tiempo que, incluso, llego a dudar de si seré capaz de resistirlo.

Cuando todo termina, mientras abrazada a ella me recupero lentamente, empiezo a intuir que hay cosas que ya nunca volverán a ser lo mismo. Como la propia Fugaz ha dicho hace un momento, hoy no he bebido y no estoy colocada.

Hoy no tengo nada a lo que agarrarme para explicar lo que acaba de suceder.

***

De regreso al salón, me siento como sumergida en una espesa niebla que no me deja percibir con claridad cuanto me rodea. Me cuesta seguir el hilo de la conversación y me da miedo mirar a los ojos a Fugaz. Cuando,

preocupada, Irene me pregunta si me encuentro bien, contesto que tengo una jaqueca horrible.

Es la única excusa convincente que se me ha ocurrido para justificar mi alicaído estado de ánimo.

El chaleco

Por fin, el viernes llega, y admito que me asusta tanto como me intriga mi prometida entrevista con Fugaz. Aunque sigo considerándome heterosexual, no soy tan pusilánime como ella cree y tengo la suficiente honestidad como para admitir que algo ha cambiado en mí. Por algún motivo, una mujer que no es especialmente guapa, que viste como un muchacho y que dice cosas absurdas continuamente es capaz de excitarme de una forma inconcebible. ¿Que si me apetecería dar un paso más con ella? Ni yo misma lo sé.

Cuando pienso en besarla o en ser yo quien la toque, siento al mismo tiempo curiosidad y rechazo. Sin embargo, si lo que me planteo es la posibilidad de dejar que ella vuelva a disponer de mi cuerpo a su antojo, un nerviosismo muy agradable me recorre por dentro y me pone en ebullición.

Llevo toda la semana tratando de adivinar qué espera exactamente Fugaz de este encuentro. Teniendo en cuenta cómo terminamos las dos únicas veces en las que nos hemos visto, parece razonable que ella pretenda algo más, y no voy a escandalizarme si trata de seducirme. Quizá estoy deseando que lo intente, quizá me da miedo que lo haga. Lo que sí tengo claro es que, pase lo que pase, seré yo la que decida dónde están los límites, y es saber que tengo la última palabra lo que me tranquiliza y me da el valor que necesito para acudir a la cita. ¡¿Una cita?! Yo misma me sorprendo de haber utilizado esa palabra.

Tras mucho pensarlo, he vuelto a vestirme con unos simples vaqueros y una blusa, me he recogido el pelo en una coleta y ni siquiera me he maquillado.

Quiero que sepa que no soy una cobarde, pero no que piense que soy terreno conquistado.

***

—Pasa, me pillas pintando.

Fugaz está distinta hoy. En lugar de sus vaqueros rotos por mil sitios y su gorra, lleva un mono blanco lleno de pintura y la cabeza descubierta. Es la primera vez que la veo así, y debo admitir que, a pesar de su pelo rapado al uno y su delgadez, hay algo en ella que resulta agradable. Tiene unos ojos muy bonitos y una nariz elegante adornada por multitud de pecas que le dan un aire travieso, y su sonrisa resulta acogedora y franca.

Sin embargo, esa primera impresión favorable desaparece por completo cuando la sigo y me enseña el cuadro en el que está ocupada. Frente a mí,

perfectamente reconocible, veo la figura de una Claudia plasmada en colores suaves. Como nos advirtieron durante nuestro último encuentro, Fugaz la ha retratado sentada, con las piernas cruzadas… y completamente desnuda.

Sin ninguna lógica, pensar en las dos juntas trabajando de ese modo me resulta inquietante, y tengo que hacer un verdadero esfuerzo para no indagar sobre la verdadera relación que las une. ¿Se habrá ocupado Fugaz en alguna ocasión de mi odiada rival como de mí? La artista dice que todos formamos "parte del Universo" y, desde ese punto de vista, no veo qué diferencia puede haber para ella entre Claudia y yo.

Un momento, ¿de verdad estoy celosa? ¡Es ridículo! Además, tengo que ser yo la que lleve la iniciativa y demuestre esta tarde que, de cobarde, nada. Tras elogiar el dibujo, la miro fijamente y pregunto a bocajarro:

—Dijiste que querías hablar conmigo. Aquí estoy.

Fugaz sonríe enigmática y, antes de decir nada, protege el lienzo con una sábana vieja.

—Te noto un poco a la defensiva.

—¿A la defensiva yo? Nada de eso.

—¿Te apetece un té?

Sin esperar respuesta por mi parte, me lleva a la cocina y pone a calentar la tetera. Por lo que he podido comprobar, la casa que comparte con Claudia está limpia pero es un verdadero caos de libros, cajas y ropa puestos por cualquier parte sin orden aparente. Mientras esperamos a que el té esté listo, la artista me mira con gesto fingidamente serio y me advierte:

—Tranquila. Hoy no voy a tocarte salvo que seas tú quien me lo pida.

—Eso no va a pasar. Y estoy muy tranquila.

Fugaz se encoge de hombros y ríe desenvuelta:

—No sé si seré capaz de resistir la decepción.

El pitido de la tetera viene en mi ayuda y permite desviar la conversación. Mientras sirve dos tazas, mi anfitriona me explica que está trabajando en un proyecto artístico que una las sensaciones. Según ella, tiene sinestesia, esa capacidad que permite asociar por ejemplo un número con un color o una canción con un olor.

—Para mí, el marrón huele a libro antiguo y las canciones de los Beatles son todas de un rojo intenso, ¿a ti no te pasa?

Está loca, completamente loca, ya no me queda ninguna duda. ¿Por qué sigo escuchándola?

—¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto. Vaya manía tiene todo el mundo con pensar que siempre bromeo. Por ejemplo, a ti te veo de color rosa y me parece que hueles a cama recién hecha.

¿Se trata de un piropo? Con ella no estoy nunca muy segura de nada, pero de pronto siento temor por lo que pueda esperar de mí y me veo obligada a insistir en lo de siempre:

—Escucha Fugaz, no puedo negar lo evidente. Disfruté contigo pero… eso no me convierte en lesbiana. Sigo prefiriendo los hombres.

No creo que sepa cuánto me irrita cuando me mira como a un caso perdido incapaz de comprender nada.

—¿Lo ves? Ese es tu problema.

—¿Mi problema?

—Sí, tratas de etiquetarlo todo. Poner palabras no simplifica las cosas. No se trata de si eres lesbiana o no, se trata de que hagas en todo momento aquello que te haga feliz.

No he sido capaz de oponer nada a esto. Después de dar un sorbo a su taza, Fugaz se estira como una gata al sol y añade:

—¿Por qué no eres capaz de disfrutar de las cosas tal y como vienen?

—¿Eres tú capaz de hacer eso siempre? —contraataco—. Creo que todos necesitamos saber quiénes somos realmente.

Ahora me mira apreciativa, y de alguna manera me hace sentir bien pensar que he dicho algo que le resulta interesante.

—Cuando una persona me parece auténtica, yo me entrego sin reservas y sin pensar en el Futuro —aclara con su habitual movimiento de manos—. Solo vale el Aquí y el Ahora, recuérdalo. Un sentimiento, un orgasmo… son tan fugaces que hay que saber valorarlos.

Me muero de ganas de preguntarle si ha experimentado algún orgasmo junto a Claudia pero, en lugar de eso, me conformo con otra pregunta más inocente pero no menos personal:

—¿Por eso te haces llamar “Fugaz”?

Mi anfitriona sonríe y cabecea antes de contestar:

—Por eso y porque me llamo Remedios, como mi madre. Pero nunca volverás a oírmelo decir en voz alta.

Para mi sorpresa, me he reído de buena gana. Las tazas de té están vacías, y una ligera inquietud me recorre por dentro al comprobarlo. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Intentará besarme? Me ha dicho que esta noche no me tocará si no se lo pido y ni por asomo me planteo hacerlo pero, ¿me gustaría que volviera a ser ella la que tomase la iniciativa?

—¿Te apetece venir conmigo a una fiesta?

Esto no me lo esperaba. ¿Me decepciona que no pretenda pasar la velada a solas conmigo aprovechando que Claudia está fuera?

—¿Una fiesta?

—Pero debo advertirte. Es una fiesta solo para chicas.

Noto un nerviosismo extraño recorrer mi cuerpo y, ante mi mirada interrogativa, Fugaz añade:

—Sí, una fiesta llena de lesbianas. Por alguna razón, a casi todo el mundo le pasa lo que a ti y necesita poner nombres y clasificar las cosas. En más de una ocasión he tenido problemas por no decantarme claramente en mis preferencias.

No negaré que me siento un poco sobrepasada. ¿Yo en una fiesta de lesbianas? ¿Qué sentido tiene?

—¿Por qué quieres llevarme allí? —pregunto mientras trato de mostrarme serena.

—Te prometo que no ha sido algo premeditado, me han invitado esta misma mañana. Si no te apetece ir lo entenderé, pero si me dices que te gustaría y lo rechazas solo por miedo… creo que entonces ya no podré ayudarte más.

No sé cómo lo consigue, pero a veces siento que la odio y otros que esta mujer es algo así como una tabla de salvación a la que debo agarrarme o me arrepentiré eternamente.

—¿Crees que tienes que ayudarme?

—Solo creo que esta tarde de viernes nunca se repetirá. ¿Te apetece venir conmigo a una fiesta o no?

Mientras pienso cómo contestar a su pregunta, Fugaz me mira burlona:

—Podría presentarte como mi novia, pero todas saben que yo estoy enamorada del Todo y nunca de una persona en concreto. Así que les diré

que eres solo la hetero a la que hago pajas de vez en cuando para animarla.

Ahora es ella sola la que estalla en una risotada alegre y traviesa ante mi mirada incrédula, pero enseguida mi loca compañera se apresura a tranquilizarme.

—Está bien, te presentaré solo como una buena amiga, ¿mejor así? Te aseguro que nadie va a hacerte sentir incómoda.

Debo admitir que aburrirse a su lado es imposible. Aunque no estoy muy segura, creo que me apetece ir a esa fiesta.

***

Una hora después, aguardamos las dos frente a la cancela de un jardín rodeado de altos setos que impiden ver lo que sucede en el interior de la finca. Hemos venido en mi coche y, durante el trayecto, Fugaz me ha explicado que conoce a Susana, la anfitriona, desde que coincidieron en un curso de yoga para principiantes. Por lo visto, las dos vivieron un romance intenso y maravilloso que terminó cuando mi nueva amiga conoció a Francisco, un chico dotado de un talento increíble para la música.

—Susana lo pasó mal, pero finalmente entendió que yo me moriría si tuviera que vivir atada a alguien para siempre. ¡Hay tantas personas interesantes en el mundo! Me parece un crimen renunciar a conocer a cuantas más mejor.

No consigo entender su manera de ver la vida, y al recordar cómo terminaron las cosas entre Pablo y yo no puedo evitar preguntar:

—Y ahora, ¿sois amigas?

Fugaz asiente con un gesto y gesticula mucho con las manos al responder.

—Al final, comprendió que nuestro Vínculo es firme y eterno. Ahora está con María, y yo me alegro por ella. Cada uno debe buscar su…

—Por fin ha llegado mi artista favorita —nos interrumpe una voz cálida.

La puerta se ha abierto y una mujer de unos treinta años, bajita pero de aspecto agradable, abraza a Fugaz y se queda mirándome interrogativamente:

—Esta es Sara, una buena amiga —informa la artista—. Sara, te presento a Susana, un ser encantador que sin duda agradecerás haber conocido.

—No hagas caso a esta loca —dice nuestra anfitriona con gesto amable—. Venga, pasad, habéis llegado en el mejor momento.

Siempre había tenido las reuniones en casa de Irene como especiales, pero nada más entrar aquí me doy cuenta de que esta noche tendré que revisar mi idea sobre lo que es una verdadera fiesta.

En primer lugar, diré que el sitio es francamente espectacular. Un precioso y señorial edificio de dos plantas nos da la bienvenida a través de un cuidado y serpenteante camino rodeado de césped. Desde el interior, llega el sonido de una música alegre que no consigo identificar. A mi izquierda, al otro lado del enorme jardín, se ven cuatro o cinco cabezas de chicas que chapotean en una enorme piscina mientras, alrededor, algunas más charlan animadamente recostadas en cómodas tumbonas.

Cuando entramos en la casa, y como me advirtió Fugaz, enseguida compruebo que solo hay mujeres, y no negaré que eso me intriga e intimida un poco. Es la primera vez que estoy en una fiesta así, y noto todos mis sentidos alerta y en tensión.

—Vamos a por algo de beber.

Cogiéndome de la mano, mi extraña compañera me arrastra tras ella y me conduce hasta el lugar donde se encuentran las bebidas.

—¡Fugaz! ¿Eres tú?

Una chica muy guapa nos ha detenido en nuestro camino.

—Me alegro de verte de nuevo por aquí. ¿Puedes creer que tiene la mala costumbre de acostarse con hombres de cuando en cuando?

Ha preguntado esto dirigiéndose a mí pero, sin esperar mi respuesta, se ha fundido en un abrazo eterno e intenso con Fugaz que me ha hecho sentir un poco incómoda.

—¿Nos vemos luego?

—Por supuesto.

La chica guapa se aleja, y Fugaz aprovecha para servir una copa para cada una mientras me informa:

—Esa era Patricia. Toda una belleza.

—¿También tuviste una aventura con ella?

—Pasamos un par de noches muy agradables, pero era terriblemente aburrida. Eso sí, tiene el cuerpo más hermoso que he visto en mi vida… creo que solo Claudia podría rivalizar con ella.

No logro entender cómo es posible que una punzada muy parecida a los celos me sacuda por dentro cada vez que oigo en los labios de Fugaz el nombre de su compañera de piso. Tratando de sonar desinteresada, deslizo con cuidado mi pregunta:

—¿Y con Claudia también…?

—¡Qué caro te cotizas Fugaz! ¿Cuánto hacía que no te veíamos por aquí? Por cierto, vienes muy bien acompañada, ¿quién es tu amiga?

En realidad, la única diferencia entre esta fiesta y otras a las que he asistido a lo largo de mi vida es que aquí solo hay mujeres. Aparte de eso, veo las mismas risas y las mismas miradas buscando complicidad. Ahora, la joven que tenemos delante me estudia de forma inequívoca, y me sorprende comprobar que no me hace sentir más incómoda que cuando lo hace un hombre que no me interesa lo más mínimo.

—Soy Sara —me presento yo misma—. La última conquista de Fugaz.

—Yo soy Sonia, encantada de conocerte. A ver si tú consigues que esta loca siente la cabeza.

Durante unos minutos, las tres charlamos a través del ruido de la música, pero alguien le hace gestos desde el otro lado de la fiesta y Sonia vuelve a dejarnos solas. Entonces, Fugaz se vuelve hacia mí y me pregunta con gesto travieso:

—¿Eres mi última conquista?

—Era lo más rápido para hacerle saber que no estaba interesada en ella. Lo primero que se me ha ocurrido.

Nuestros ojos se cruzan durante un tiempo eterno. Mentalmente, cuento los segundos: uno, dos, tres… si llegamos a cinco es que algo va a pasar, no me cabe duda, ¿deseo que pase?

—Te estaba buscando, Susana me ha dicho que habías llegado.

Una mujer de aspecto muy masculino aparece y rompe sin saberlo la posibilidad de que se produjera el primer beso entre Fugaz y yo. ¿Cómo es posible que me haya masturbado dos veces y ni siquiera nos hayamos dado un beso? Hay tantas cosas incomprensibles en mi relación con ella que tal vez esta no sea la más llamativa.

Fugaz nos presenta y entonces me entero de que se trata de María, la nueva pareja de nuestra anfitriona, la chica con la que parece haber encontrado la

estabilidad. ¿Cómo es posible que Susana haya cambiado a Fugaz por esta mujer tan poco agraciada?

Por cierto que, esta noche, mi alocada compañera me parece más bonita que nunca. Ha dejado en casa la horrible gorra pero sigue con sus vaqueros viejos, su chaleco y su camiseta. A pesar de eso, debo reconocer que, cuanto más tiempo paso junto a ella, más capaz me siento de apreciar su belleza.

Mientras hablamos, me doy cuenta de lo intensos y brillantes que son sus ojos, de un gris acerado, y de lo perfecta y respingona que resulta su nariz. Tiene unos labios carnosos, perfectamente dibujados a pesar de no usar nunca maquillaje, y sus pómulos, muy marcados, le confieren un aire distinguido y muy elegante. A pesar de su delgadez, me doy cuenta de pronto de que me parece una de las chicas más atractivas de la fiesta.

Un momento, ¿qué está pasando? ¿Debería preocuparme? Siento celos de Claudia, encuentro más sensual a Fugaz a cada minuto que pasa… ¿Quiero tener una aventura con ella esta noche? En cierto modo, ya he tenido dos "aventuras" con ella, pero ahora me refiero a que no sé si deseo… llegar al final.

—¿Damos un paseo por el jardín? —me pregunta la artista cuando María nos deja para atender a otras invitadas—. Hace mucho calor aquí.

La sigo sin decir nada y enseguida salimos las dos al fresco de la noche. Aunque estamos a finales de verano, la temperatura es deliciosa, impropia de esta época del año.

—¿Arrepentida de haber venido?

—No, claro que no.

Fugaz sonríe y se apoya en la balaustrada que separa la casa de la zona de la piscina. De fondo, nos llegan el chapoteo y las risas de las chicas que se bañan a la luz de la Luna.

—A veces, lo veo tan claro que no entiendo que los demás no estéis de acuerdo conmigo: Todos somos lo Mismo, y tratar de establecer diferencias es tan cruel…

Aunque no sé muy bien a qué se refiere, me apoyo a su lado en la barandilla y asiento. En este momento, estoy a gusto con ella, terminando nuestras copas y divagando sobre cosas que probablemente no tengan demasiado sentido.

—Raza, religión, nacionalidad…, ¿acaso definen por sí mismas a alguien? ¿Qué más te da el color o el sexo de un Ser Humano?

—En eso no puedo estar de acuerdo contigo —la interrumpo—. No es lo mismo un hombre que una mujer.

Fugaz vuelve a mirarme traviesa.

—Sin embargo, tú que te declaras una y otra vez hetero, estás intrigadísima porque no entiendes cómo es posible que yo te guste.

Nuevo latigazo de nervios. Respirando profundamente, trato de que mi voz no suene alterada:

—Pareces muy segura de tus posibilidades conmigo.

—No quisiera resultar presuntuosa —responde riendo—, pero estoy bastante segura de mis posibilidades con cualquiera. Es un efecto que provoco.

Por extraño que pueda parecer, sus palabras no resultan en absoluto arrogantes. Lo ha dicho con desenfado, sin darle importancia. Si eso mismo lo hubiera dicho Claudia, habría sonado totalmente diferente… ¿habrá pasado algo entre ellas? Daría cualquier cosa por saberlo.

—Mis dos comidas favoritas son la paella y la lasaña de verdura —digo entonces, quizá porque prefiero evitar un nuevo y peligroso silencio—. Pero, si solo pudiera elegir una, me quedaría sin duda con la paella.

Supongo que cualquier otra persona se hubiera perdido, pero Fugaz parece saber exactamente a qué me refiero:

—Yo nunca podría elegir. He conocido hombres y mujeres maravillosos, y no podría renunciar ni a los unos ni a las otras. No siempre es necesario elegir. ¿Sabes lo que eso significa?

Un dulce cosquilleo me recorre por dentro. Nuestras copas están vacías, y solo hay tres o cuatro chicas alrededor. Seguimos apoyadas en la barandilla, muy cerca la una de la otra pero sin tocarnos. Si ahora tratara de besarme, no la rechazaría. Sin embargo, en lugar de hacer eso, y ante mi silencio, es ella misma la que contesta a su pregunta:

—Significa que puedes estar conmigo sin renunciar a los hombres. En cada Momento de nuestra vida sucede lo que tiene que suceder, solo es cuestión de saber disfrutarlo y dejarse llevar.

De nuevo, un silencio tenso y electrizante. Uno, dos, tres… ¡me va a besar, me va a besar!

—¿Te apetece darte un baño?

—¿Qué?

Sin contestar, Fugaz vuelve a cogerme de la mano y me hace bajar los escasos escalones que conducen al jardín. Una vez allí, las dos nos encaminamos hacia la piscina. Todo me resulta confuso. Sentir mi mano atrapada por la suya es agradable y, en cierto modo, más íntimo que permitir que se deslice dentro de mi vagina. Sus dedos presionan los míos con suavidad infinita, su calor me quema de forma sorprendente.

Solo cuando llegamos al bordillo me doy cuenta de lo que pretende realmente y, entonces, le señalo un enorme inconveniente:

—Espera, no tengo bañador.

Su risa suena como una cascada de agua que cayese desde muchos metros de altura.

—Eso no es problema, mira.

Con un gesto de la mano, me hace observar a mi alrededor. En este momento, veo cinco o seis mujeres en el agua y otras tantas en las tumbonas. Aparte de la Luna que brilla en el cielo, la única iluminación proviene de dos farolas, situadas una a cada lado de la piscina, que desprenden una luz suave y mortecina. Suficiente, no obstante, para comprobar lo que Fugaz quería señalarme.

Algunas de las chicas llevan bañador, otras, tan solo la parte inferior de su bikini y, dos o tres, van completamente desnudas.

—Aquí cada una se baña como le apetece, es una norma de Susana.

Al tiempo que dice esto, Fugaz se quita las deportivas y el chaleco y los deja de cualquier modo sobre el bordillo. Enseguida, sus vaqueros siguen el mismo camino.

—Pero… ¿no estará fría?

—Pues claro que estará fría —vuelve a reír—, pero precisamente por eso será fantástico. ¡No tengas miedo!

La camiseta ha caído. Como suponía, mi compañera no lleva sostén, y sus pechos, pequeños pero juguetones, aparecen desenvueltos a mi vista. Estoy petrificada, no sé qué hacer. Me parece sugerente la idea de bañarme como propone, pero desnudarme en una casa extraña y rodeada de desconocidas me intimida. Afortunadamente, nadie parece prestarnos atención. Las dos invitadas más próximas cuchichean en voz baja acurrucadas en la misma

hamaca, y el resto charla y ríe en el extremo opuesto a donde nos encontramos.

Mientras trato de reunir el valor suficiente, una de las chicas que estaba nadando se acerca a la escalerilla de la piscina y sale despacio del agua. Va en cueros, y son sus senos, amplios y bamboleantes, y su pubis, expuestos sin pudor, los que acaban de darme el último empujón. ¡Qué demonios!

Fugaz se ha quitado ya los pantalones, desde luego ella no tiene duda alguna sobre lo que va a hacer. De reojo, la observo mientras me descalzo con la mayor lentitud posible. De algún modo, creo que tenía la esperanza de que su cuerpo no me gustara. De ser ese el caso, podría dar por concluida esta aventura: habría sido lo suficientemente valiente como para aceptar el reto pero lo habría dejado por un motivo más que justificado.

Lo malo es que, contra toda lógica, Fugaz me resulta atractiva. Como he dicho, sus pechos son diminutos, pero se me antojan bellísimos. Me cabrían de sobra en la mano, ¡y sus pezones parecen a punto de reventar! Por otra parte, a pesar de lo delgada que está tiene unos muslos bonitos y perfectamente torneados, y su trasero resulta inesperadamente respingón y provocativo. No sin cierto desconsuelo, compruebo que no tengo ninguna excusa que me permita salir del juego.

Empiezo a desnudarme con manos temblonas y sin mirarla. Tras las zapatillas van la blusa y los vaqueros. Fugaz se comporta de forma delicada, sin parar de hablar y sin dar importancia alguna a lo que estamos haciendo. Dudo un instante antes de quitarme el sostén pero, temiendo parecer ridícula, al fin lo hago con un movimiento nervioso. Mis senos son mucho más grandes que los suyos. Espero que le resulten bonitos, a todos los chicos les gustan pero, ¿estarán a la altura de los de la maldita Claudia?

Ahora estamos las dos en bragas, y de nuevo la chica de antes, la de los pechos bamboleantes, es la que me sirve de apoyo. Ha vuelto a meterse en el agua pasando cerca de nosotras tal y como vino al mundo, y a nadie parece escandalizarle. En realidad, nunca he sido demasiado pudorosa, pero esta noche todo me parece distinto, entre otras cosas porque hasta ahora nunca había pensado que pudiera haber tensión sexual entre otra mujer y yo.

Teniendo cuidado de situarme lo más lejos posible del círculo de luz de la farola más próxima y poniéndome de espaldas a Fugaz, me quito las bragas con precipitación.

—Siempre que vengo a esta casa me baño, es una tradición que…

He dejado a Fugaz con la palabra en la boca y me he tirado de golpe en la piscina. Espero que no haya sido demasiado evidente que pretendía esconderme bajo el agua lo antes posible. Ahora, mucho más cómoda una vez que mi cuerpo ha quedado más o menos oculto, me acerco al borde de la piscina, donde ella sigue de pie.

—Vaya, qué decidida eres, pensé que temías que estuviera fría.

—O lo hago de golpe o no sería capaz —digo llegando a su altura y apoyando los antebrazos en el bordillo.

Todo lo que en mí es inseguridad, en ella es calma y sosiego. No parece tener prisa alguna por entrar en el agua y, con la mayor naturalidad, se lleva las manos a la cintura y se quita las braguitas. Durante unos segundos, sus glúteos, bañados por la luz de la Luna, se ofrecen a mi mirada, y cuando luego se vuelve el negro triángulo que hay entre sus piernas me provoca un estremecimiento de ansiedad.

Pero entonces, sucede algo inesperado, porque justo cuando Fugaz se disponía a entrar en el agua, Susana aparece a su lado sonriendo.

—Veo que no eres friolera —dice mirándome a mí—. Yo soy incapaz de bañarme de noche a partir de septiembre.

Si soy sincera, estoy helada, pero parapetada tras el bordillo me siento mucho más segura, y tratando de no tiritar contemplo desde allí la extraña escena que componen las dos mujeres. Susana, con su vestido hasta la rodilla, habla con Fugaz, que en absoluto parece incómoda por su desnudez. Han sido amantes, y por lo que sé nuestra anfitriona probablemente estuvo enamorada. “Es un efecto que provoco”, recuerdo las palabras de la artista. ¿Será verdad que es irresistible?

Tratando de luchar contra esa idea, la observo con detenimiento aprovechando la oportunidad. Tiene un cuerpo enjuto pero muy femenino, es de esas escasas personas que resultan más atractivas desnudas que vestidas, quizá por el tipo de ropa que utiliza. Su espalda es elegante y sus pantorrillas firmes y bien torneadas. Cuando se pone de perfil, sus nalgas me resultan cada vez más encantadoras, ¿y qué decir de sus pezones? Parecen proyectarse hacia delante, tal vez destaquen más por el hecho de ser sus senos tan pequeños pero, en este instante, me parecen los más incitantes que he visto nunca.

—Bueno, os dejo que os bañéis. Luego os veo a las dos.

Susana ha puesto un instante su mano sobre el antebrazo de su ex al decir esto. Luego, ha comentado algo con las chicas que están en la tumbona y ha vuelto a desaparecer en dirección a la casa. Cuando Fugaz se gira hacia mí, temo que sea consciente de la atención con la que la he observado mientras hablaba con su amiga.

—¿Qué tal está el agua?

—Estupenda.

—Mentirosa —dice mientras esboza una sonrisa—, tienes cara de frío.

Fugaz se acerca a mí, se inclina, y se sienta tranquilamente en el bordillo con las piernas sumergidas en el agua hasta las rodillas.

—Puff, está muy fresca —dice moviendo alternativamente las piernas.

Dos chicas pasan nadando a nuestro lado, primero en un sentido y luego en el otro. Un poco más allá, en la tumbona, la pareja sigue de charla, las dos en bañador. Estar en cueros junto a Fugaz me resulta excitante, pero también me da miedo llamar la atención y que nos miren. Preferiría que ella se metiera también en el agua cuanto antes.

—¿No te bañas? Has sido tú la que me ha convencido de entrar.

—Tienes razón, allá voy.

Apoyándose en los brazos, la artista gira su cuerpo con habilidad y se mete dentro del agua. Sé que no tiene sentido pero, por increíble que parezca, nada más zambullirse ella he dejado de tener frío.

Se diría que el calor que desprende su cuerpo es suficiente para calentar la piscina entera.

***

Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, nadamos a braza de un lado a otro de la piscina dos o tres veces. Luego, al llegar a uno de los extremos, nos apoyamos en el bordillo.

—¿Quieres salir ya?

—Todavía no.

Ahora, mi respuesta es sincera. Por un lado, como he dicho de repente no tengo frío, y entonces he podido darme cuenta de que estar aquí es mucho más agradable de lo que pensaba. Por otro, me da miedo salir, porque de noche tardaremos un mundo en secarnos y sé que volveré a sentirme incómoda.

Tumbándose boca arriba, Fugaz se sujeta al bordillo con las manos y se queda mirando fijamente el cielo. No puedo evitar fijarme en sus pezones, que sobresalen de forma inconcebible del agua. Por un instante, tengo que reprimir el impulso de comprobar su dureza con mis propias manos.

—¿No te parece maravilloso?

Siguiendo su mirada, observo el firmamento plagado de estrellas, apenas ocultas por la tenue luz de la Luna y las farolas.

—Es tan Inmenso —comenta soñadora—. Me hace sentirme muy pequeña, pero a la vez terriblemente importante, ¿me entiendes?

—¿Puedo ser sincera? Me parece que no te entiendo nunca.

Las dos reímos. Sus caderas y sus rodillas sobresalen también del agua y, a veces, vislumbro su oscuro vello púbico. En este instante, me parece tan deseable como haya podido parecérmelo cualquier hombre antes. Supongo que todo se debe al embrujo de la situación y que pasará tan rápido como ha llegado, pero sería absurdo tratar de negarme a mí misma lo evidente.

—Me refiero a que siempre he pensado que da igual estar aquí que en esa estrella pequeñita que titila en aquella esquina. Todo en expansión pero todo lo Mismo, ¿no te parece una idea reconfortante? En mi próxima vida, tal vez me toque ser una mariposa, o quizá un simple y feo escarabajo, pero en cualquier caso intentaré ser tan feliz como en esta.

—¿Crees en la reencarnación?

Fugaz vuelve a ponerse en posición vertical en el agua y se gira hasta quedar situada frente a mí. Su rostro refleja una viva sorpresa:

—Por supuesto, no irás a decirme que tú no. Es imposible que podamos desaparecer sin dejar rastro.

Aunque tengo enormes dudas con respecto a lo que dice, no me parece que sea el momento para discutir sobre ello. Con todas sus locuras y su aire místico, Fugaz ha conseguido crear un ambiente mágico esta noche entre las dos, y de pronto esta me parece una de las experiencias más sensuales que he tenido en mi vida.

Un poco abrumada al darme cuenta de esto, vuelvo a nadar hasta el otro lado de la piscina, y ella me sigue en silencio. Es agradable sentir el frescor del agua entre las piernas, me siento viva de un modo nuevo y diferente, es como disfrutar de una libertad que nunca antes hubiera tenido. Al llegar al extremo opuesto, vuelvo a acodarme sobre el bordillo.

—Deberíamos salir —comenta Fugaz cuando aparece a mi lado—. Vamos a quedarnos heladas.

—Tienes razón.

El momento que tanto temía ha llegado, debemos salir del agua y no tenemos toalla. ¿Cuánto vamos a tardar en secarnos de noche? Afortunadamente, he tenido la precaución de dejar mi ropa en el lado más alejado de las tumbonas donde algunas invitadas charlan entre sí, pero la idea de secarme en cueros junto a Fugaz me sigue produciendo un desasosiego que a duras penas puedo ocultar.

Con la misma desenvoltura de antes, la artista se dirige a la escalerilla que tenemos más próxima y sale despacio de la piscina. Desde mi sitio, puedo ver las gotas de agua que se deslizan juguetonas por su cuerpo. Por un instante, envidio su forma de encarar la vida, su manera de disfrutar cuanto esta te ofrece sin temor a los estúpidos convencionalismos que la sociedad trata de imponernos.

Ahora, me tiende una mano para ayudarme a salir. Cuando por fin me decido, mis pechos se mueven de un modo que me resulta descarado, especialmente en comparación con los suyos, que permanecen pétreos e inalterables haga lo que haga. Tratando de resistir la tentación de vestirme enseguida, voy hasta el montón de mi ropa y abrazo mi propio cuerpo con los brazos. ¿Podrán vernos desde la casa? Creo que no, ni siquiera estamos cerca de las farolas y, desde esta distancia, apenas podrán distinguir dos figuras inidentificables. En cuanto a las chicas de la tumbona, están a lo suyo y no parecen interesadas en nosotras.

Aun así, estar en cueros y al aire libre al lado de una mujer tan imprevisible como Fugaz me provoca un temblor que no le pasa desapercibido a mi compañera.

—Estás helada —ríe llegando a mi lado.

Apenas puedo distinguir su rostro, pero sentir la brisa nocturna sobre mi piel y saber que la tengo tan cerca hace que mis piernas flaqueen y mi corazón lata agitado.

—Toma, sécate con mi camiseta.

—¿Qué?

—No seas tonta, estás tiritando.

Sin pensar demasiado en lo que hago, acepto su oferta y me seco precipitadamente. ¿Por qué no ha intentado secarme ella misma? ¿Por qué tampoco trata de besarme ahora?

Mucho antes de estar seca por completo, me pongo la ropa interior y los vaqueros. Solo entonces, mucho más cómoda, me atrevo a buscar su mirada a través de la penumbra.

—¿Tú no tienes frío?

Ahora es ella la que coge la camiseta y se seca mientras yo recupero mi blusa y termino de vestirme. No sé si es alivio o decepción lo que siento cuando por fin Fugaz vuelve a ponerse las bragas y los pantalones. Me duele darme cuenta de que ella no ha vivido esta aventura con la misma intensidad que yo. Es como si, en su mundo, todo, Todo, estuviera permitido, y eso hace que pueda disfrutar saltándose todas las reglas… pero también quizá le impide darse cuenta de lo especiales que son algunas cosas.

Porque a mí, esta noche, bañarme tal y como vine al mundo junto a una chica que me gusta más y más a cada instante que pasa, me ha parecido terriblemente estimulante.

***

Pronto voy a comprobar que la velada está lejos de agotarse. Deben ser al menos las dos o las tres de la mañana, pero desde la casa la música sigue llegando con la misma intensidad y otro grupo de invitadas se ha acercado a la piscina en animada conversación.

—¿Tomamos otra copa antes de marcharnos?

No estoy muy segura de que me apetezca la propuesta de la artista. Aparte de que estamos a más de cuarenta kilómetros de Madrid y tengo que conducir, pensé que a Fugaz le apetecería quedarse a solas conmigo en algún momento de la noche. Empiezo a darme cuenta de que su advertencia de hace unas horas era cierta: esta vez, no va a tomar la iniciativa y tendré que ser yo la que dé el primer paso.

Estoy tratando de decidir si me atreveré a hacerlo cuando, ante mis ojos, ocurre algo que vuelve a acelerar el pulso en mis venas: como su camiseta está empapada por completo, Fugaz se ha puesto el chaleco directamente sobre la piel y, como si tal cosa, empieza a caminar en dirección hacia la casa.

Atónita, doy un par de pasos hacia ella antes de protestar:

—Espera. No… no puedes entrar así en la casa.

Ella se vuelve y me mira como si no me entendiera, y por un instante me siento ridícula. Sin embargo, tengo toda la razón, una cosa es bañarse en cueros y otra entrar en el centro de una fiesta como ella va a ahora. Como no usa sostén, el chaleco apenas cubre su busto. Desde luego, si yo me pusiera eso mis senos se escaparían continuamente por todas partes, pero incluso los suyos, por muy pequeños que sean, van a ser visibles en cuanto se mueva un poco o cambie de postura.

—¿Pasa algo?

Lo que más me desarma de ella es que siempre parece sincera. A veces tengo la sensación de que es muy sabia y muy vieja, pero otras creo que es una niña a la que hay que explicarle todo.

—Tu chaleco… es un poco… escandaloso.

Otra vez su risa. Fresca, salvaje, contagiosa.

—¿Prefieres que me lo quite?

Ni corta ni perezosa, se lo ha quitado sin dudar. Nerviosa, miro alrededor. Estamos a menos de cinco metros de los escalones que dan acceso a la parte más animada de la fiesta y aquí hay ya luz suficiente como para que cualquiera pueda vernos.

Es curioso. Cuando la conocí, en aquella lejana reunión en casa de Irene, si me hubieran preguntado hubiera afirmado sin temor a parecer vanidosa que yo era mucho más guapa que Fugaz. Esta noche, sin embargo, a su lado me siento algo así como el patito feo del cuento, y no por el hecho de que ahora vaya semidesnuda. Hay algo en ella que es diferente. Todas las chicas la conocen y saludan con alegría, a todas les parece un privilegio poder contarse entre sus amigas. Es como si desprendiera un magnetismo especial, como si su encanto la convirtiera en la mujer más hermosa de cuantas estamos aquí.

Por otra parte, y como estoy segura de que mi compañera no tendría problema alguno en tomarse la última copa tal y como está ahora, no me queda otro remedio que pedirle que al menos vuelva a ponerse el chaleco.

—Como quieras —responde burlona mientras me obedece.

Creo que no he dicho que ha dejado sus deportivas junto a la camiseta sobre el césped que rodea la piscina. Ahora, descalza, con unos vaqueros enormes

y un chaleco que a duras penas cubre su busto, Fugaz da media vuelta y empieza a subir los escalones. Va vestida de un modo entre provocativo y estrafalario, es lo opuesto a lo que siempre he considerado sexy y elegante. Sin embargo, poniéndome en marcha me apresuro a seguirla.

No quiero que ninguna otra chica se interponga entre ella y yo esta noche.

***

Afortunadamente, la fiesta está mucho más animada ahora que hace un par de horas, y eso nos permite pasar más desapercibidas. Hay más de una invitada con evidentes signos de embriaguez, algunas bailan como si sus cuerpos fueran a descoyuntarse en cualquier momento y otras ríen de esa forma desinhibida que solo se alcanza a ciertas horas de la noche. En algunos rincones, veo parejas que se besan con ansia, como si temieran que esta fuera la última ocasión para estar juntas.

¿Es esta mi última oportunidad con Fugaz? Ella ha podido besarme en dos o tres ocasiones al menos y no lo ha hecho, ¿volveremos a vernos si no sucede nada entre nosotras esta noche? Todo es muy complicado, yo no estoy segura de lo que deseo y además está el problema de Claudia y de Irene. Me doy cuenta de que me apetece tener una experiencia lésbica, pero también soy consciente de que sigo aterrada ante la idea de ser descubierta por la gente que conozco.

—Me encanta tu chaleco.

La chica guapa otra vez, ¿cómo se llamaba? Patricia, creo. Y creo recordar también que Fugaz dijo que era muy aburrida, espero que ahora no le preste demasiada atención.

—Me parece que podría llamar a la policía por escándalo.

Lo que faltaba. Ahora es María, la pareja de Susana, la que se acerca, por lo visto con ganas de bromear.

—Lo siento —se defiende Fugaz—. Hemos usado mi camiseta para secarnos al salir del agua, no querréis que me resfríe.

—Puedo traerte algo seco —interviene Susana, que se ha unido al grupo.

Empiezo a desesperarme, porque me estoy dando cuenta de que deseo con todas mis fuerzas quedarme a solas con Fugaz de nuevo. Al principio de la noche, ni en sueños me planteaba ser yo la que diese el primer paso pero, ahora, cada segundo que pasa lo siento como un segundo perdido e irrecuperable.

—¿Tan horrible estoy?

—Claro que no, estás preciosa —afirma Patricia, a la que odio por momentos casi tanto como a Claudia.

La coquetería de Fugaz es difícil de explicar con palabras. Tiene una mezcla de inocencia y provocación que me resulta irresistible. Escoltada por sus tres amigas y por mí, la artista se mueve como una gata hacia la zona de las bebidas. Cuando se inclina para sacar los hielos, el dichoso chaleco se abre y sus pezones son claramente visibles durante unos segundos que me resultan eternos. Son como cerezas maduras, pero de un todo rosado que me fascina. De reojo, me doy cuenta de que Patricia no ha perdido detalle, e incluso Susana parece ahora tener una mirada cargada de nostalgia que espero que María no haya descubierto.

Una vez que las cinco tenemos nuestras respectivas copas, formamos un grupo aparte en el que me siento cada vez más incómoda. Aunque todas parecen haber olvidado los senos de Fugaz, me siento extraña, casi… ¿ultrajada? Sí, es como si sintiera que es algo mío lo que está expuesto, como si la artista fuera, como si fuera… *mi chica*, y por eso me molestase que las demás pudiesen verla.

Es increíble, ni yo misma lo entiendo, pero eso no impide que esté sucediendo. Sin apenas mojarme los labios con mi copa, observo el movimiento de su chaleco y me estremezco cada vez que uno de sus delicados pezones hace acto de aparición, lo cual sucede con mucha mayor frecuencia de lo que me gustaría.

Por fortuna para mí, dos de las invitadas se acercan para despedirse, y entonces las anfitrionas nos dejan y las acompañan hasta la puerta del jardín. Solo me queda Patricia, ¿cómo podría hacerla desaparecer sin dejar rastro?

—¿Hace mucho que os conocéis?

—Un par de meses.

—¿Y estáis… juntas?

—Todo lo juntas que se puede estar tratándose de mí —responde Fugaz guasona ante mi obstinado silencio.

—Olvidaba que tú nunca te atas a nadie porque eres “parte del Todo” —comenta Patricia imitando el habitual movimiento de manos de la artista.

Tengo la certeza de que tiene tantas ganas de librarse de mí como yo de ella, y no deja de ser curioso. Es una chica alta, rubia y con unos ojos verdes impresionantes. Además, tiene un cuerpo lleno de curvas que se adivina espectacular. Sin embargo, parece prendada de Fugaz tanto como debió estarlo Susana. Pensar en el poder de seducción que ejerce mi extraña nueva amiga me produce un temor que no puedo analizar en este momento. Para colmo, necesito imperiosamente ir al cuarto de baño. Llevo tiempo retrasándolo, pero ya no aguanto más y, por mucho que me duela, me veo obligada a dejarlas solas.

Jamás había corrido tanto. Pensar en Fugaz, apenas cubierta por su chaleco, sometida al nada disimulado flirteo de Patricia me pone mala. ¡Es como si el universo entero, con o sin mayúsculas, confabulara contra mí! Hay dos chicas esperando para entrar en el baño, ¿cómo se puede tener tanta mala suerte? Seguro que la aburrida rubia me quita a Fugaz igual que Claudia me quitó a Alberto en una noche que hoy me parece que está tan lejana como si perteneciera a una vida anterior.

Por fin, ha llegado mi turno. Antes de salir, me miro en el espejo un segundo. Me veo guapa, aunque mis ojos reflejan una preocupación e inseguridad poco habituales en mí. De cualquier modo, no hay tiempo que perder, el desastre puede estar sucediendo en este mismo momento.

Al abrir la puerta, me encuentro de bruces con Fugaz. Está sola, no hay ni rastro de Patricia.

—Yo también me hago pis. ¿Me esperas aquí?

La sonrisa que me ha dedicado me reconforta como un vaso de leche caliente antes de dormir.

***

La espero impaciente en el pasillo, cruzando los dedos para que no aparezca nadie más que pueda interrumpirnos. Cuando sale, me ofrece la mano, y yo la recibo en la mía notando un hormigueo delicioso que se expande por todo mi cuerpo.

—Sígueme, quiero enseñarte algo.

Atravesamos la zona donde baila todavía un nutrido grupo de chicas y, después, nos dirigimos a las escaleras que conducen al piso superior. ¿Vamos a volver a encerrarnos en un cuarto? Una o dos chicas sonríen significativamente al ver el chaleco de Fugaz, pero sin más sobresaltos

llegamos a una sala que está a oscuras hasta que la artista encuentra el interruptor.

—¿Dónde estamos? —pregunto intrigada.

—Ya sabes que Susana y yo vivimos una bonita historia juntas, y a la vista está que mi querida amiga tiene una posición económica muy desahogada. Por eso ha podido reservarme esta habitación para ir guardando aquí mi pequeña contribución a la historia del Arte.

Hace un segundo me estremecí pensando que tal vez Fugaz pretendía hacer conmigo lo mismo que en otras ocasiones. Ahora, no sé si es decepción o no lo que experimento. Esta noche, tal vez no tenga un orgasmo maravilloso gracias a ella pero, a cambio, siento que estoy teniendo el privilegio de entrar un poquito más en su enigmático mundo.

Ante mí, en un cuarto de medianas proporciones, aparece una multitud de objetos de arte de todo tipo. Hay cuadros en las paredes, estatuas hechas de distintos materiales, fotografías e, incluso, poemas manuscritos en cuadernos viejos o en hojas sueltas.

Sin soltar mi mano, Fugaz me va explicando todo con un brillo contagioso en sus ojos. No ha vuelto a mencionar a Patricia, y desde luego no seré yo la que pregunte qué ha sido de ella.

—Estas esculturas las hacía cuando era muy jovencita. Al principio, pretendía plasmar la Unidad del Todo, por eso las que ves aquí son tan compactas. Luego, me dio por pensar que lo importante era reflejar la alegría de Vivir, y entonces decidí hacer figuras más… efervescentes.

Si soy sincera, no estoy cualificada como para valorar su calidad como artista. Algunas de las esculturas que me enseña me parecen simples e incluso infantiles, pero ella pone tanta pasión y su chaleco colabora de un modo tan activo en la tarea de adornarlo todo, que escucho en silencio y embobada sus palabras.

—Más tarde, empecé a interesarme por la poesía y la pintura. Mis cuadros tratan de retratar la Inmensidad, el vértigo que supone saber que nuestra vida es un segundo que nos asoma a lo desconocido.

Su mano en la mía, sus hombros desnudos, sus pies descalzos… ¿Por qué no me besa de una vez? Estamos solas, es obvio que yo lo estoy deseando, y sé que le gusto físicamente. ¡¿A qué está esperando?! Cualquier chico lo habría hecho ya, y no estoy acostumbrada a tener que ser yo la que fuerce los acontecimientos.

—¿Traerás aquí el cuadro de Claudia?

No he podido contenerme. En el mundo de Fugaz todo es tan extraño que ya ni siquiera me parecería raro que en casa de una de sus ex hubiese un cuadro de una de sus actuales amantes desnuda. ¿Se acuestan Claudia y la artista? Desearía con toda mi alma creer que no pero…

—Supongo, aún no lo he decidido. Te apetece que tomemos otra…

La he besado, ¡la he besado! Ni siquiera era el mejor momento, estábamos muy separadas y ha sido un beso torpe y precipitado que ella probablemente no estaba esperando. Nuestros labios han estado unidos apenas unos segundos y, luego, me he separado asustada.

Fugaz me mira muy seria y siento de pronto un miedo terrible.

—¿Qué se supone que ha sido eso?

No entiendo nada, ¿cómo he podido ser tan torpe? Desde luego, ya he dicho que no estoy acostumbrada a ser la que dé el primer paso, y mucho menos lo estoy a ser rechazada.

—Lo siento, yo…

—Si se besa, se hace bien —dice mientras su gesto serio se vuelve burlón —. Creo que tengo que enseñarte muchas cosas todavía.

Ahora es ella la que se acerca a mí y me besa. De pronto, siento su cuerpo muy pegado al mío y sus labios acariciando dulcemente las comisuras de mi boca y, cuando la rodeo con los brazos de forma instintiva, un calor delicioso me invade por completo.

Fugaz me besa despacio, con una calma que me vuelve loca y me deja rendida. Su lengua se insinúa apenas entre mis labios, roza un instante la mía, se retira, pero enseguida vuelve a entrar, ahora con más brío pero haciendo gala de una delicadeza desconocida para mí. Nadie me había besado nunca así. Es como si, en lugar de conquistarme, su objetivo fuera calmar mi ansiedad; como si solo deseara acariciarme y no poseerme. No sé explicarlo con palabras, solo sé que es el mejor beso que he recibido en mi vida.

Cuando se retira, las dos nos miramos a los ojos fijamente durante mucho tiempo. Mis manos ciñen la piel de su cintura, sus pechos casi desnudos se oprimen contra los míos, ¡necesito tocar todo su cuerpo esta misma noche o…!

—Estáis aquí.

Susana ha aparecido en la puerta y duda un instante. De haber entrado cinco segundos antes, nos habría sorprendido en actitud poco decorosa.

—Siento interrumpir, pero íbamos a jugar todas juntas a reconocer títulos de películas, ¿bajáis?

Sin dejar de fijar en mí sus hermosos ojos grises, Fugaz responde a su amiga:

—Por supuesto, contad con nosotras.

Cada vez la entiendo menos. Lo mismo se lanza a por mí sin que yo se lo pida que se muestra tan paciente que me saca de mis casillas. ¿Es que no siente la misma ansiedad que yo? Llevo toda la noche en un estado de excitación creciente a su lado, lo único que deseo es salir de esta estúpida fiesta y quedarme a solas con ella pero, ¿cómo conseguirlo?

Fugaz no da muestra alguna de tener prisa y, resignada, las sigo a ambas hacia el piso de abajo. Al menos, la artista ha aceptado la camiseta vieja que Susana ha vuelto a ofrecerle solícita.

El alivio que siento cuando sus senos vuelven a estar pudorosamente cubiertos no deja de sorprenderme.

***

Dos horas después, por fin la fiesta ha terminado y estamos las dos en el coche de vuelta a Madrid. Conduzco con la vista fija en la carretera y en un estado de ánimo entre exaltado y taciturno. A mi lado, Fugaz parlotea sin dar muestra alguna de cansancio a pesar de que son casi las cinco de la madrugada y sin que parezca esperar más de esta extraña velada.

En cuanto a mí, repaso una y otra vez mentalmente mis opciones. A mis veinticinco años, y por mucho me avergüence decirlo, sigo viviendo con mis padres, de modo que es imposible proponerle a Fugaz que venga a mi casa. Por su parte, ella convive con Claudia, y solo de pensar en que esta pudiera sorprendernos me estremezco presa del pánico. Tampoco es ya el momento de buscar un hotel solo para unas horas, ¡qué poco romántico sería!

Sin embargo, no me resigno a que la noche termine así. Tener tan cerca a Fugaz durante tantas horas, bañarme con ella en cueros, su chaleco, el beso maravilloso mientras observábamos sus discutibles obras de arte… me siento a punto de estallar.

—¿Qué te ha parecido Susana? ¿Verdad que es una persona encantadora? Sigue siendo tan importante para mí… menos mal que he podido conservarla en mi vida porque… ¿qué haces?

Conozco bien la zona por la que pasamos ahora porque tuve un novio que me traía aquí cuando, apenas unos críos los dos, queríamos pasar un rato juntos y no teníamos dónde hacerlo. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Quizá ya no tenga edad para esto pero, a veces, el cuerpo manda más que la cabeza.

—Ahora soy yo la que quiere enseñarte algo.

Saliendo de la carretera principal, he metido el coche por un camino de tierra que serpentea a través de un frondoso bosque de pinos. No lo recordaba tan lleno de baches, solo faltaba que nos quedásemos tiradas en medio de la nada y probablemente sin cobertura.

Afortunadamente, y después de quince interminables minutos durante los cuales incluso Fugaz parece no saber qué decir, llegamos a nuestro destino. Estamos en un pequeño claro en medio del bosque, rodeadas de pinos por todas partes y lejos de cualquier sitio habitado. Cuando apago las luces del coche, la oscuridad es casi total. A través de las sombras, Fugaz me pregunta con su habitual tono desenfadado:

—¿Debería estar preocupada? Espero que me respetes.

Pocas veces me he sentido tan extraña como ahora. Estoy con una chica, una chica no especialmente guapa, loca de atar y a la que no entiendo prácticamente nada de lo que dice. Sin embargo, nunca he dicho nada con tanta sinceridad como lo que digo cuando por fin me armo del coraje suficiente:

—Esta noche, quiero hacerte una paja yo a ti.

Ya está, ya lo he soltado. Mi voz ha sonado tal vez un poco ronca, pero mucho más firme de lo que me temía. Ahora, solo falta conocer la reacción de Fugaz.

—Vaya… esto no me lo esperaba, ¡qué impulsiva! Déjame que lo piense.

Por dios, esta mujer me va a matar. A veces me dan ganas de cogerla por el cuello y…

—Vale, acepto.

Con un suspiro de impaciencia, desabrocho el cinturón de mi asiento y compruebo que todas las puertas estén cerradas, pero apenas he hecho esto

Fugaz abre su lado y sale de un salto del coche.

—¿Adónde vas?

—Hace una noche preciosa, ¿llevas una manta o algo parecido en el maletero?

—Me parece que sí —digo mientras salgo por mi lado y abro el portón trasero de mi viejo Seat—. ¿Para qué la quieres?

—Vaya preguntas más raras haces —contesta la artista al tiempo que coge la manta que le ofrezco.

Ante mis incrédulos ojos, la extiende a un par de metros de distancia del coche y, sin más, comienza a desnudarse sin titubeos. Es la segunda vez que la veo hacer esto en la misma cita, no cabe duda de que a su lado las cosas son siempre impredecibles.

—Espera —la interrumpo mirando inquieta en todas direcciones.

Fugaz detiene a medio camino su improvisado striptease. Se ha quitado ya las deportivas, los vaqueros y el famoso chaleco.

—¿Qué sucede? Espero que no hayas cambiado de idea. Me apetece mucho estar aquí contigo.

—No, claro que no —la tranquilizo—. ¿Pero no te parece que estaríamos más seguras dentro de coche?

—¿Y desperdiciar esta brisa y este cielo estrellado? De ninguna manera.

Ya está, la camiseta arrugada que hace unas horas nos sirvió para secarnos y las braguitas han desaparecido a toda velocidad. De nuevo, Fugaz está deliciosa y completamente desnuda delante de mí. Con la única luz de la Luna bañando su cuerpo, la imagen que ofrece me resulta de una belleza irreal, propia del mundo de los sueños.

A través de la penumbra que nos rodea, adivino que está sonriendo y veo cómo alza una mano y me la ofrece. Dando un par de pasos hacia ella, la estrecho con la mía. Estamos las dos de pie sobre la manta, tan cerca que puedo sentir su fresco aliento sobre mí.

—Podría aparecer alguien, creo que deberíamos…

—¿Quién va a aparecer aquí a estas horas? —pregunta muerta de risa—. ¿Nunca has tenido sexo al aire libre?

La verdad es que no, y al pensarlo que siento tan sosa que no soy capaz de reconocerlo abiertamente.

—En serio Fugaz, imagina que viene alguien y…

—¿Quieres hacer el favor de callar y besarme de una vez?

Al diablo las precauciones. Supongo que tiene razón, la vida es un regalo maravilloso que hay que saber aceptar.

Abrazándola con fuerza, la beso en medio de la oscuridad.

***

El tiempo parece haberse detenido. Solo sé que hace rato que estamos las dos sentadas sobre la manta, besándonos como adolescentes y descansando solo cuando, por pura necesidad, tenemos que separarnos para respirar.

A veces, miro preocupada alrededor, pero poco a poco voy perdiendo el temor. Apenas se ve nada a más de tres o cuatro metros de distancia de donde estamos, es prácticamente imposible que a estas horas seamos sorprendidas por nadie. Por otra parte, y aunque besar a Fugaz me parece algo nuevo y cargado de millones matices que no me canso de descubrir, me doy cuenta de que es tardísimo y no puede faltar mucho para que amanezca, y entonces sí que sería una locura seguir con esto.

—Recuéstate sobre mí, ponte cómoda.

—¿No peso demasiado?

—Claro que no.

Estoy tan absorta en disfrutar del regalo que se me ofrece que sigo completamente vestida. No es solo que no piense en mí ni en mi placer, es que, en este momento, me siento una especie de exploradora que tan solo desea recorrer palmo a palmo el terreno secreto y maravilloso por el que se adentra.

Con la espalda contra el tocón de un viejo pino, me acomodo de tal modo que Fugaz pueda apoyar su espalda en mi regazo. De este modo, su boca queda tan cerca de la mía que puedo besarla siempre que me apetece. Además, la postura permite que mi brazo izquierdo rodee sus hombros para sujetarla y aumentar su confort al tiempo que la derecha, totalmente libre… pueda recorrer cada milímetro de su cuerpo.

Y eso es algo que ya no quiero retrasar ni un segundo más. Mientras mi lengua se adentra en su boca de nuevo, mi mano se posa en su cuello, acaricia su clavícula, desciende despacio… y solo se detiene cuando hace presa en uno de sus pequeños senos.

La tibieza de su cuerpo me enerva, y con incredulidad amaso y acaricio, sorprendida de lo suave que es su piel y del calor que desprende. Casi con miedo, me atrevo por fin a hacer presa con dos dedos en uno de sus pezones, que se rebela orgulloso redoblando su tamaño al instante. ¡Es infinitamente excitante poder juguetear con él!

Entonces, recuerdo que el pecho izquierdo de Fugaz tiene un gemelo, y no es cuestión de hacer que se sienta discriminado. Mientras disfruto de su saliva rezumando entre las comisuras de mi boca, mi mano se mueve ávida, ¡el otro pezón reacciona tan orgulloso como su compañero! Esto es sublime, pero necesito coger aire y respirar profundamente o voy a morir de ansiedad.

A través de la oscuridad, las dos nos miramos unos segundos mientras tratamos de serenar nuestras respectivas respiraciones. Pero, por lo visto, ni siquiera en estas circunstancias es capaz de estar callada la artista.

—¿Crees que son demasiado pequeñas?

Su tono desmiente por completo sus palabras. Si de algo estoy segura, es de que Fugaz no tiene el menor complejo con su cuerpo.

—A cambio, tengo unos pezones muy sensibles que se inflaman enseguida, ¿no te parecen bonitos?

Sé que me repito, pero no puedo evitar decirlo una vez más: esta mujer me mata, nunca he conocido a nadie que fuese ni remotamente parecido.

—Me encanta tu pecho, de verdad. Llevo toda la noche fascinada con él. Estabas preciosa con el chaleco.

Fugaz sonríe, me abraza y me besa antes de volver a hablar:

—Eres un encanto, y es genial estar aquí contigo. ¿Quieres que te cuente un secreto?

—Claro.

—Estoy muy excitada. Mira.

Con la calma y esa inexplicable ingenuidad con la que parece hacerlo todo, coge mi mano con la suya y, despacio, la coloca directamente sobre su sexo. Estoy sin aliento. Me fascina lo distinto que resulta tocar a una chica entre las piernas. Es como si faltara algo pero, lejos de echarlo de menos, me resulta embriagador y dulce dejar que mi mano se mueva tímidamente por tan exquisito territorio.

Fugaz ha dejado escapar un ligero gemido y, durante un tiempo indefinido, me limito a deslizar despacio la palma abierta de la mano sobre su vulva. Ahora no nos besamos, yo estoy demasiado absorta en lo que hago y ella tampoco parece en condiciones de hacer nada aparte de rendirse a mis caricias.

Creo que ha llegado el momento. Soy consciente de que deseo hacerlo con cada fibra de mi piel, pero también noto el miedo que sentimos habitualmente ante la primera vez que hacemos cualquier cosa nueva. Aunque he experimentado con mi propio cuerpo desde que era casi una niña, no es lo mismo eso que tocar a otra mujer. Además, no olvido que Fugaz se definió a sí misma como “muy habilidosa” en estas lides.

—Espero… espero hacerlo bien —susurro en su oído.

Fugaz abre los ojos, que tenía cerrados. A pesar de la oscuridad, me parecen que brillan como teas encendidas. Su voz suena cálida, segura y confiada:

—Lo vas a hacer genial, estoy segura.

No puedo demorarlo más. Controlando a duras penas el temblor que me sacude por dentro, acaricio los pétalos de su sexo con la yema de mis dedos. Notar cómo se estremece en mi regazo es sobrecogedor, y más aún lo es sentir cómo se abren sin esfuerzo alguno sus delicados labios.

Me adentro despacio, embelesada y disfrutando tanto como ella de la experiencia. Por dentro, su vagina es suave y cálida, y la noto tan inflamada que ya no me cabe la menor duda sobre el éxito final de mi empresa. Corrigiendo un poco mi postura sobre el tocón del árbol, permito que Fugaz se ponga tan cómoda como le sea posible sobre mí. Luego, entro un poquito más, y ella se tensa toda y gime mientras sus muslos se cierran sobre mi mano con desconsuelo.

Hace rato que ha dejado de preocuparme la posibilidad de que alguien nos sorprenda. Ahora solo me importa que la experiencia sea para mi amante al menos la mitad de impactante de lo que lo está siendo para mí. Tal vez yo no sepa poner los dedos en forma de C ni encontrar su punto G, pero a cambio estoy dispuesta a entregarme al máximo.

En silencio, comienzo a moverme en su interior con un ritmo lento y pausado. Primero, entrando y saliendo, pero enseguida añadiendo un movimiento rotatorio que provoca un efecto evidente en mi afortunada víctima.

Los jadeos de Fugaz son ya perfectamente audibles. Ella no trata de sofocarlos como yo, sino que se deja llevar feliz y sin trabas, sin importarle otra cosa que exprimir el instante al máximo. La noto al borde del colapso, y entonces aumento el ritmo, insisto, forcejeo entre sus piernas con toda la habilidad de la que…

—Espera… espera… para.

Desconcertada, me detengo por completo y quedo paralizada. ¿Es posible que me haya confundido tanto? No puede ser, soy novata pero también soy mujer, ¿qué está sucediendo?

—¿He hecho algo mal? —pregunto con inquietud, porque en este momento juro que lo único que tengo en mente es ser capaz de que Fugaz guarde un recuerdo imborrable de mí.

La artista sonríe, resopla y se mueve ligeramente para ponerse más cómoda.

—¿Bromeas? Eres increíble.

—¿Entonces?

Fugaz inspira profundamente, que me aspen si la entiendo.

—Me gusta ir despacio, hacer una pausa de cuando en cuando, ¿a ti no?

No, desde luego, a mí no. Cuando entro en ebullición, me subo por las paredes si algo se estropea de repente, pero supongo que cada persona es distinta en eso.

—¿Has visto lo bonito que está el cielo esta noche? Mira arriba. Pero no, no salgas de mí.

Me quedan muy pocas dudas sobre su estado mental, pero el embrujo que ejerce sobre mí es tan fuerte que me reconozco sin fuerzas para oponerme a nada de lo que me pida. Deteniendo el amago de retirarme de ella que había iniciado, mantengo mis dedos índice y corazón entre sus pliegues, hago lo que me dice y miro al cielo.

He de admitir que, aunque loca por completo, en algunas cosas tiene toda la razón. Aquí no hay farolas ni ninguna otra luz aparte de la de la Luna que impida ver el brillo de las estrellas, y el panorama sobre nuestras cabezas es de una belleza espectacular.

—¿Puedes entrar un poco más? Así, un poco más… uff, es genial. Ahora, no te muevas, por favor.

Obediente, hago lo que me pide. Tengo dos dedos encajados en su interior mientras las dos contemplamos las estrellas, aunque, quizá, la palabra

“encajados” no describa del modo más exacto mis sensaciones. Siendo honesta, mis dedos han encontrado una funda húmeda, caliente y acogedora donde se encuentran tan cómodos como nunca antes lo habían estado. Si Fugaz quiere contemplar las estrellas, por mi parte podemos hacerlo tanto tiempo como desee.

—Supe que nos llevaríamos bien desde el primer momento en que te vi.

—¿Hablas siempre tanto cuando tienes sexo?

Iba a decir “cuando haces el amor”, pero me ha dado miedo parecerle cursi y he cambiado en el último instante. Ahora, cuando ella ríe, puedo sentir cómo se estremece su cuerpo, tanto por fuera como por dentro.

—Soy muy charlatana, es verdad. Solo quería que supieras que esta noche lo estoy pasando muy bien.

—Yo también.

¿Nos estamos poniendo tiernas? Nunca había hablado con nadie en circunstancias parecidas, cualquier chico habría terminado hace tiempo y es la primera vez que hago esto con una chica. Por otra parte, me asusta pensar que ella pueda creer que algún día habrá algo más que sexo entre nosotras.

—Estar al aire libre, las estrellas en el cielo y una persona Maravillosa palpitando dentro de ti. ¿Se puede pedir algo más a la Vida?

Fugaz aprieta más sus muslos uno contra el otro. Siento perfectamente su humedad, está empapada, no entiendo cómo puede seguir hablando sin interrupción. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí? Empieza a dolerme la espalda y, además, creo que empieza a amanecer.

—Me temo que tu cielo estrellado no va a durar mucho.

—Por eso es tan delicioso el momento, porque es Fugaz… como yo.

Hay algo en sus palabras que me provoca una tristeza que no consigo evitar. Hace un instante, me asustaba que ella pudiera hacerse ilusiones; ahora, me he dado cuenta de golpe de que la mujer que tengo abrazada no ha elegido su nombre a la ligera. ¿Cómo no lo había pensado antes? Su paso por la vida de cualquiera es tan brillante como efímero, y no veo por qué voy a ser yo una excepción. Por el camino de su ilimitado amor a la vida, va dejando un reguero de almas en pena que no saben si alegrarse o maldecir el hecho de haberla conocido.

Pero eso no debería importarme a mí. Esto es solo una experiencia más, una aventura, algo nuevo que admito lo mucho que me está gustando pero no

tiene por qué volver a repetirse. Con un suspiro, miro hacia abajo y trato de apremiarla:

—Va a empezar a amanecer.

—Tienes razón. Ha sido magnífico charlar contigo pero, ¿puedes terminar, por favor?

Su voz desprende una ternura que me llena de congoja y me hace temer insospechadas desgracias, pero en este instante solo puedo hacer una cosa.

Abrazando su cuerpo contra el mío con el brazo izquierdo, reinicio el movimiento entre sus piernas con la otra mano. La miel que se derrama por sus paredes me permite recorrerlas a mi antojo, saliendo para entrar, palpando a uno y otro lado, luchando por avanzar un milímetro más, sintiendo como mío el orgasmo que empieza a provocar visibles sacudidas en su cuerpo.

Por fin, Fugaz cierra los ojos, hace tiempo que incluso ella parece incapaz de decir nada. Solo se oye el trino de los primeros pájaros a nuestro alrededor, e inquieta compruebo que la oscuridad ya no es tan pétrea como hace unos minutos.

Afortunadamente, la artista grita sin pudor y se retuerce encima de mí, sus músculos se tensan y sus muslos vibran atrapando mi antebrazo. Sus pezones parecen a punto de estallar y su vientre se encoge con violencia. Es como si pudiera ver cómo la recorre el éxtasis, ¿me he estremecido tanto como ella alguna vez?

Envidio su orgasmo, pero no porque quiera ser recompensada en este momento. Lo que envidio es su forma de manifestarlo, esa falta de pudor al gemir y al moverse como si estuviera en trance. Fugaz se ha diluido encima de mí con la misma naturalidad con la que me ofreció masturbarme la primera vez que me vio porque pensó que lo necesitaba.

Para ella, todo parece un juego, pero un juego de la mayor importancia al que hay que entregarse sin reservas y apostando hasta el último céntimo.

Cuando Fugaz se apacigua y queda como muerta entre mis brazos, los primeros rayos de Sol empiezan a aparecer sobre las copas de los árboles.

***

—Puedes dejarme aquí.

—Tranquila, te llevo hasta la puerta de casa.

—Lo digo porque quizá no quieres que Claudia te vea conmigo, aunque a estas horas es difícil que ella esté despierta.

Son las nueve en punto de la mañana cuando detengo el coche enfrente de su portal, y me cuesta mucho disimular el mal humor que siento creer dentro de mí.

Y no penséis que es por no haber tenido un orgasmo esta noche. De hecho, Fugaz se ofreció encantada a intercambiar los papeles sobre la manta sin importarle que ya fuese de día, y tuve que ser yo la que se mostrara juiciosa y rechazara su propuesta. Si he de ser sincera, si tuviera que elegir una de entre las tres noches que he pasado con esta extraña mujer… creo que escogería sin dudar la última.

Quizá por eso estoy ahora tan irritada. ¿Qué va a suceder ahora? ¿Volveremos a vernos? ¿No debería molestarle que yo no quiera ser vista con ella? Casi preferiría que Fugaz se sintiera ofendida, pero lo acepta todo con tanta calma que da la impresión de que, en realidad, no le importa nada.

Además, ni siquiera me ha pedido el teléfono, ¿cómo es posible? Cualquier chico lo hubiera hecho ya. Incluso asumiendo que solo quiera sexo conmigo, no soy tan tonta como para no darme cuenta de que han saltado chispas entre las dos cada vez que hemos estado juntas. ¿Cómo se explica entonces que no diga nada al respecto?

He pasado cada kilómetro del camino de regreso esperando un movimiento por su parte, pero ha sido en vano. Hemos entrado en Madrid, hemos atravesado la ciudad, llegado a su barrio y, ahora, incluso frente a su portal, sigue sin decir nada, ella que habla por los codos cuando le interesa. Solo me faltaba tener que ser yo la que suplicara, ¡a eso podíamos llegar! Si está esperando que también ahora tome la iniciativa, ya puede ir renunciando a ello, no me importa nada si volvemos a vernos o no.

—Estoy agotada, creo que voy a dormir veinticuatro horas seguidas.

No puedo creerlo, ¡ya ha abierto la puerta del coche! Y para colmo, sin darme un beso ni añadir nada, se vuelve con una sonrisa relajada y termina de rematarme:

—Nos vemos.

—¿Me das tu número de móvil?

¿Qué? ¿De verdad he dicho yo eso? ¿Qué coño me pasa? Joder Sara, estás perdiendo el control y la dignidad… ¡por una chica! Y lo peor es que, como

suele decirse, todo lo que va mal es susceptible de empeorar:

—Yo no tengo móvil.

Me está vacilando, sin duda. Conteniendo la rabia que empiezo a acumular, trato de hablar con voz calmada:

—De mí no tienes que huir como de Patricia. Si no quieres volver a verme, dímelo claramente.

—Claro que quiero volver a verte. Es solo que no tengo móvil.

Me mata, me mata mucho.

—¿Estás hablando en serio?

—Vaya manía con preguntarme eso. Sí, te hablo en serio.

—Pero, ¿quién no tiene móvil hoy en día?

—No lo sé, supongo que mucha gente.

—Sí, en África o en el Polo Norte, pero aquí, en Madrid, ¿cómo puedes vivir sin móvil?

Fugaz ha vuelto a cerrar la puerta del coche. Es cierto que, cuanto más tiempo pase, más aumentan las posibilidades de que Claudia salga a por cualquier cosa y nos sorprenda pero, en este instante, ni siquiera eso me preocupa.

—¿Y cómo lo haces para encontrarte con la gente? —pregunto llena de razones.

—A veces, dejo que el azar nos una. Como la Maga y Oliveira.

—¿La Maga y Oliveira?

—Dos personajes de *Rayuela*, una de mis novelas favoritas, ¿no te parece romántico? Salir a pasear por la ciudad cada uno por su lado y dejando que sea el destino el que decida lo que te va a suceder esa tarde. El Cosmos entero confabulando a tu lado o contra ti.

Me rindo, esto sin duda es un error. Por mucho que me fascine, Fugaz y yo somos completamente opuestas y no tenemos nada en común. Quizá debería dejarlo pasar, olvidarme de ella y regresar a mi vida anterior. Después de todo, si ahora también me gustan las chicas siempre podré probar suerte con cualquier otra.

—No pongas esa cara tan seria. No tengo móvil pero en casa hay un teléfono fijo. ¿Quieres apuntarlo?

Grabo los números que me va dictando en mi móvil y, después, la veo salir del coche y desaparecer dentro de su portal. No consigo entender bien lo que siento al quedarme sola. Es como si de pronto me faltara algo y tuviera un vacío muy grande en mi interior.

Supongo que yo también estoy exhausta y necesito descansar. Seguro que cuando duerma un poco lo veo todo con mayor claridad y me río recordando esta alocada noche.

Treinta segundos de felicidad

Sin embargo, tres días después, sigo sin reírme en absoluto. Supongo que no es fácil, a mi edad, asumir ciertas cosas, pero creo que tengo el carácter suficiente como para no esconder la cabeza como el avestruz. He repasado mil veces todos y cada uno de los minutos que he pasado junto a Fugaz, y creo que soy totalmente honesta al hacer las siguientes precisiones:

Uno. El sexo con ella me gusta. Mucho. Muchísimo.

Dos. No quiero, al menos de momento, que nadie se entere de este… inesperado giro de mi vida sexual.

Tres. Creo que Fugaz está loca y no me conviene.

Cuatro. Necesito verla pronto otra vez o la que se va a volver loca soy yo.

El problema es que no sé cómo encarar la situación. Habitualmente, me limito a esperar, y es mi pretendiente de turno el que trata de sorprenderme con una cena, entradas para un concierto o cualquier otra cosa que se le ocurra, y reconozco que me gusta tener yo el privilegio de decidir después si acepto o no la invitación.

Esta vez, sin embargo, toda la responsabilidad recae sobre mí. Estoy segura de que Fugaz no mintió cuando dijo que, al igual que a los personajes de *Rayuela*, no le importaba dejar en manos del destino nuestro próximo encuentro. Teniendo en cuenta nuestras respectivas amistades con Irene y Claudia, sin duda volveríamos a vernos tarde o temprano, pero el problema para mí es doble: quiero verla pronto y, además, quiero verla a solas.

¿Pero dónde? Ya he dicho que vivo con mis padres y sabéis que ella hace lo propio con Claudia. La opción de un hotel parece la más sencilla, pero al mismo tiempo tiene un no sé qué que me resulta triste y sórdido. No se puede llamar a alguien con quien has tenido un encuentro como el que tuvimos bajo las estrellas y decirle algo así como: “¿qué te parece si reservamos una habitación para follar?”.

Estoy tan desesperada que empiezo a considerar seriamente esta última opción cuando, inesperadamente, por una vez la suerte parece sonreírme. Una tía mía lejana ha invitado a mis padres a ir a visitarla y ellos han aceptado.

Voy a tener la casa libre durante tres largos días, pero pronto me doy cuenta de que mis problemas no han hecho nada más que empezar. ¿Cómo dirigirme a Fugaz? Si soy demasiado zalamera, quizá empiece a pensar de mí que soy una aburrida como Patricia; si soy muy directa, es posible que me considere poco espiritual, como a Claudia; si vivimos algo intenso y maravilloso, me considerará una buena amiga, como a Susana, pero tampoco se querrá atar a mí porque ella pertenece "al Todo".

Es ridículo, nunca había dado tantas vueltas a las cosas. Al menos, debo reconocer que la aparición de la artista ha tenido un inesperado efecto positivo sobre mí: llevo días en los que no he pensado en Pablo ni un segundo. ¿Cómo es posible que una chica me haya impactado tanto? Deseando coger el toro por los cuernos, me decido a hacer la Llamada.

Un momento, ¿también yo voy a empezar a hablar con mayúsculas?

***

He decidido sonar desenfadada, como si no me importase demasiado que acepte o no mi invitación. También quiero parecer original, ni ñoña ni soez, segura de mí pero espiritual, muy espiritual. Con el guión aprendido y los nervios a flor de piel, el jueves por la noche busco su número en la lista de contactos y pulso el botón de llamada.

Cuatro, cinco, seis timbrazos, ¡nadie contesta! ¿Quién no tiene móvil hoy en día por dios? Es posible, solo posible, que a Fugaz le apetezca verme mañana tanto como a mí me apetece verla a ella, pero si no consigo localizarla pasaremos la noche separadas solo porque sigue viviendo en la Edad de Piedra. ¡Y basta ya de mayúsculas!

El viernes, en la pausa para el desayuno que todos los días hago en el trabajo, pruebo de nuevo… y el resultado es incluso peor, porque es Claudia la que contesta.

Esto empieza a sobrepasarme, he colgado sin decir nada, como si fuera una acosadora o una asustadiza adolescente. Además, los celos han vuelto apenas he empezado a pensar en todo el asunto. Joder, Claudia vive *con ella*, duerme a escasos metros *de ella*, quizá comparta cuarto de baño *con ella*, ¡posa desnuda *para ella*!

Tengo que serenarme. Con los datos de los que dispongo, es razonable suponer que hayan pasado alguna noche juntas, pero no que haya nada serio entre ellas. Además, ¿acaso es que yo pretendo que esto termine en algo serio? Por algún motivo extraño, Fugaz consigue subir las revoluciones de mi cuerpo de forma increíble cuando estamos juntas, pero eso no significa que pueda de ninguna manera sustituir a lo que tuve con Pablo.

He decidido hacer el tercer intento esta tarde al llegar a casa. Será la última oportunidad que le conceda. Si no contesta nadie o vuelve a cogerlo Claudia, me olvidaré del asunto para siempre.

***

Cinco, seis, siete timbrazos. No lo cogen, no hay nadie, ¡es tan frustrante!

—Diga.

Es ella, ¡es su voz! Tengo que serenarme y ceñirme al plan previsto, he preparado muy bien lo que voy a decir. A pesar de todo, no consigo evitar que surjan las dudas, ¿debería haber dejado pasar más tiempo? Nos vimos el sábado pasado en la fiesta de Susana y hoy es viernes, va a pensar que esto es acoso.

—¿Diga? —repite su voz ante mi silencio.

—Hola. Soy yo, Sara.

—Hola Sara, qué alegría, pensé que se había cortado la comunicación.

Se alegra de oírme. Ahora, solo faltan dos cosas: rezar para que Claudia no esté por allí y no se entere de lo que pretendo… y conseguir que Fugaz acepte mi invitación.

—Estaba preguntándome si te apetecería que nos viéramos para hacer algo normal, para variar.

Sí, aunque no podáis creerlo, llevo días preparando esa frase, y solo ahora que la he soltado en voz alta me doy cuenta de lo ridícula que resulta. ¿En qué estaba pensando? Más me valdría haber…

—Eso depende de a qué llames tú “algo normal”. Desde mi punto de vista, las tres veces que nos hemos visto hemos hecho cosas “normales”.

Como siempre, su voz suena guasona. Al menos, parece que he conseguido captar su interés. Tomando aire y concentrándome en parecer tan relajada como ella, sigo minuciosamente los pasos previamente diseñados:

—Me temo que esta vez te propongo algo que no implique hacerlo de pie en un cuarto de baño ni congelarse en una piscina, por ejemplo.

—Te escucho, soy toda oídos.

Ay dios, seguro que le parezco una sosa, tanto darle vueltas y lo único que se me ha ocurrido es algo tan serio como un traje de etiqueta. Pero ya no puedo echarme atrás, no me queda otra que jugármela:

—Había pensado en invitarte a cenar esta noche. Soy muy buena cocinera.

—Suena bien, me gusta comer.

Siento un alivio inmenso al escucharla, ¡va a venir! Sin embargo, no me olvido de que también debo ser original y directa, de modo que, tomando impulso, doy la última vuelta de tuerca:

—Después, y al menos por una vez, me gustaría hacerlo contigo de una forma un poco más convencional.

Aterrada, cuento los segundos que pasan hasta su respuesta. ¿He sido demasiado vulgar, o quizá demasiado cursi? Tratándose de Fugaz, cualquiera de las dos lecturas me parece posible.

—Define “convencional”.

—Las dos solas en casa, sin posibilidad de que nadie nos interrumpa. En una cama y con todo el tiempo del mundo. Solo pido eso. Por lo demás, me pongo por completo en tus manos.

Ahora he quedado muy satisfecha de mí misma, estoy segura de que mi plan no puede fallar. Cuando Fugaz contesta, esta vez sus palabras socarronas no consiguen engañarme:

—Déjame que lo piense.

—Déjame que adivine. ¿Aceptas?

—Acepto. Yo llevo el postre.

—No tardes.

Ya está. No ha sido tan difícil, después de todo. Es posible que Claudia haya escuchado nuestra conversación y nos descubra pero, en este momento, no estoy dispuesta a preocuparme por eso.

Tengo poco más de dos horas para preparar una cena en condiciones.

***

Media hora antes de la hora fijada, lo tengo todo listo. Ensalada de endivias de primero y el pescado solo a falta de meterlo en el horno cuando nos sentemos a comer el aperitivo. En la nevera, una botella de vino blanco elegido para una ocasión especial.

El salón de la casa de mis padres es pequeño, pero sé ingeniármelas para que resulte acogedor. Para ello, y prescindiendo de la mesa grande donde solemos celebrar las reuniones familiares, he sacado una más pequeña, plegable y redonda, que solo sirve para dos comensales. Con el mejor mantel que he encontrado puesto por encima, y colocándola en la esquina debajo de un foco de luz regulable, me parece que he logrado un rincón íntimo y acogedor. Después, he tecleado en youtube "música espiritual relajante" y he seleccionado el primer enlace que ha salido, que promete nada menos que ocho horas de música "`para sanar el cuerpo y el alma". No tengo ni idea de qué tipo de música escucha la alocada artista, pero confío en haber acertado.

Para terminar, me he puesto un vestido negro de Desigual, ceñido pero bastante escotado y adornado con dibujos de flores distribuidas de forma caprichosa. Con unos bonitos zapatos sin demasiado tacón, el pelo suelto y algo de maquillaje, cuando me miro en el espejo me veo francamente guapa.

Por un segundo, vacilo ante mi propia imagen. Si hace unos meses, cuando Pablo me traicionó, me hubieran dicho que pasaría una tarde entera de viernes preparando todo esto para estar con una chica, me habría muerto de la risa. Sin embargo, aquí estoy.

Mis dos primeros encuentros con Fugaz fueros inesperados y al principio creí sinceramente que nunca se repetirían; el tercero, no estaba segura pero no esperaba nada. Esta noche, no me escondo, quiero seducirla y tener sexo con ella. Es cierto que aún no me siento preparada para que mi entorno sepa lo mucho que ha cambiado mi vida últimamente, pero al menos puedo decir bien alto que ya no busco excusas ni trato de negarme lo evidente: Fugaz me atrae de un modo salvaje que soy incapaz de controlar. Encogiéndome de hombros, me miro en el espejo una vez más y, después, me dispongo a esperar a mi invitada.

Si en este momento me ofrecieran la posibilidad de prescindir de ella y pasar la velada con el chico que yo eligiera, la rechazaría sin dudar.

***

Por algún motivo, no pensé que mi invitada de esta noche fuese una persona puntual. Sin embargo, cinco minutos antes de las nueve suena el telefonillo y su voz suena alegre al otro lado.

No me da miedo que algún vecino nos descubra en el descansillo mientras espero el traqueteante ascensor. Nadie imaginaría lo que va a suceder en mi casa, me conocen desde que era una niña y me han visto con novios desde que llegué a la adolescencia. Ni en un millón de años podrían sospechar…

Increíble, yo paso toda la tarde calculando hasta el último detalle y Fugaz aparece con su gorra, chaleco, camiseta y vaqueros enormes. Al menos, la camiseta y el chaleco no son los de la última vez… un momento, ¿qué demonios…?

—¿Qué es eso?

Ante mis asombrados ojos, la artista saca del ascensor una maleta enorme que arrastra con dificultad hasta la puerta de mi casa.

—Tranquila, no vengo a instalarme de okupa. Es una sorpresa para después de la cena… joder Sara, estás rebuena.

—¿Rebuena? ¿Entre tus muchos talentos se supone que está el de escribir poesía y solo se te ocurre decirme que estoy "rebuena"?

—Espera —responde poniendo gesto concentrado—, sé que puedo hacerlo mejor. Eres luz de donde el Sol la toma. ¿Mejor?

—Mucho mejor —admito mientras la ayudo con la maleta y cierro la puerta de la calle.

—Lo siento, no puedo mentir. No es mío, es del *Tenorio* de Zorrilla.

—Ya lo sabía —miento.

—Ahora en serio… estás increíble con ese vestido. ¿Puedo besarte ya o tenemos que hacer las cosas de forma convencional y aburrida y esperar a los postres?

—O me besas ahora o me enfadaré.

Damos un paso cada una en dirección a la otra. Siento una de sus delicadas manos en la espalda y la otra en la cintura. Me abraza con una suavidad desconocida para mí mientras sus labios se enredan con los míos en un beso lento, largo y profundo. Con un hombre, esto terminaría probablemente en un polvo rápido y no demasiado satisfactorio antes de la cena, pero esta noche estoy con Fugaz, y sé por experiencia que ella es tan capaz de ir a toda velocidad como de esperar hasta que las cosas se vayan calentando a fuego lento.

—Besas estupendamente —reconozco reprimiendo un suspiro cuando nos separamos.

—Lo sé.

De repente, los nervios que tenía han sido sustituidos por un buen humor no demasiado habitual en mí, al menos en los últimos tiempos. Haciendo un gesto con la mirada en dirección a la enorme maleta, pregunto a mi invitada:

—¿No vas a decirme qué es eso?

—Me dijiste que estabas dispuesta a ponerte en mis manos. Confía en mí.

No estoy muy segura de que sea buena idea confiar en esta loca de remate pero, ahora mismo, creo que sería capaz de seguirla al fin del mundo.

***

Veinte minutos después, estamos sentadas frente a frente alrededor de la pequeña mesa. He regulado la luz a mitad de intensidad y he sacado la ensalada de endivias. De fondo, la música nos mece suavemente mientras, ejerciendo de anfitriona, sirvo dos copas de vino blanco helado.

—¿Brindamos?

Fugaz entrechoca su copa con la mía y me mira con aire socarrón.

—Por la peor heterosexual de la historia.

—Eres una mala persona —digo un poco avergonzada.

A pesar de lo que digo, sé que no hay mala intención en sus palabras, y supongo que me merezco que se burle un poco de mí.

—Pensé que tardarías más en llamarme, pero han sido solo seis días.

Noto cómo suben los colores a mi rostro, y creo que también ella se ha dado cuenta. Alargando el brazo a través de la mesa que nos separa, posa una mano sobre la mía. Es una mano con el poder de sanar, una mano que me da la confianza suficiente como para preguntar con coquetería:

—¿Querías que te llamara?

—Estoy aquí, ¿no?

Ahora nuestros dedos se enlazan, mi pulgar acaricia el dorso de su mano y ella repite el mismo gesto sobre la mía. Es increíble, ¡va todo muy deprisa! Ya no sé si esto es solo sexo, si simplemente estoy jugando a probar algo nuevo con una persona diferente a cuanto he conocido o, tal vez…

El sonido de mi móvil me hace dar un salto. Lo he dejado olvidado sobre la mesa y, al mirar la pantalla, el nombre de Irene aparece ante nuestros ojos.

—Cógelo, tranquila.

—No te preocupes, hablaré con ella mañana.

—Insisto, puede ser algo importante.

—No, tenía que haberlo puesto en silencio, es que…

—¿Te da miedo hablar con tu amiga delante de mí? Puedo ir a empolvarme la nariz mientras tanto, si quieres.

¿Me está retando? El dichoso teléfono no deja de sonar, y sí, es verdad que no quiero hablar con Irene delante de ella, pero me fastidia reconocerlo, de modo que, armándome de valor… descuelgo sin moverme de mi sitio.

—Hola, ¿dónde te metes? Ya creí que no contestarías.

—Estoy… estoy en casa.

—¿Un viernes por la noche? —la voz de Irene suena preocupada—. ¿Quieres que salgamos a tomar algo? Estoy con Rubén muy cerca de donde vives, podríamos recogerte en menos de quince minutos.

Estupendo, a ver cómo salgo ahora de esta. Fugaz me mira con ese gesto amistoso pero que parece incluir cierta condescendencia hacia mí, y mientras, Irene, que sabe que estoy en casa, pretende presentarse con su novio. Si le digo que estoy enferma, es capaz de venir a cuidarme, porque cometí la torpeza de decirle que mis padres pasarían fuera todo el fin de semana. Solo veo una forma de evitar que insista en que nos veamos esta noche.

—Otro día… estoy con alguien.

La forma en la que me ha mirado Fugaz no me ha gustado nada. Ahora es evidente: me está retando a que diga la verdad. Afortunadamente, ella no puede oír el entusiasmo con el que Irene reacciona.

—¡Ya sabía yo que la gran Sara no podía estar tanto tiempo sin hacer alguna conquista! ¿Le conozco?

—No…

—¿Es guapo?, ¿cómo se llama?

Vaya lío. Seguro que Irene piensa que he ido al cuarto de baño y por eso he tardado tanto en contestar, y ahora hace preguntas sin parar, muerta de curiosidad.

—Escucha Irene, hablamos mañana, ¿de acuerdo?

—Chica, qué misteriosa. Llámame sin falta a primera hora o me presento en tu casa para que me lo cuentes todo. Un beso.

—Otro para ti.

Cuando cuelgo, me cuesta mirar a los ojos a mi invitada. No soy consciente de en qué momento se han soltado nuestras manos, pero tengo la sensación de haber cometido una especie de traición, y temo que el ambiente mágico que parecía envolverlo todo se haya esfumado sin remedio.

Sin embargo, Fugaz no parece ofendida. Olvidaba que ella ama al Universo entero y no puede enfadarse con nadie porque todos formamos parte de lo Mismo. Cuando por fin empieza a hablar, su mirada es afectuosa y las pecas que adornan su nariz me resultan especialmente chispeantes.

—¿Te das cuenta? Estas cosas te pasan por tener móvil.

Luego, de muy buena gana, empieza a dar cuenta con apetito de mi ensalada de endivias.

***

Con frecuencia me he preguntado durante los últimos días si es buena señal que Fugaz no se moleste nunca cuando le pido que oculte nuestra relación o cuando, como hace un rato, yo misma la escondo avergonzada. No sé si se debe a que es comprensiva o a que, en realidad, no le importo lo suficiente como para poder hacerle daño. ¿Pero es que acaso quiero importarle? Lo primero que debería aclarar es hasta qué punto me importa ella a mí, supongo.

Lo único que sé es que, pese a la inoportuna e incómoda llamada de Irene, la velada transcurre de forma muy prometedora. Las dos lo estamos pasando bien, las miradas son cómplices y cálidas y el tiempo pasa sin darnos cuenta. Son casi las once, hace mucho que hemos terminado el segundo plato pero, sin embargo, seguimos sentadas y sin que ninguna de las dos tome la iniciativa, y eso me resulta excitante. Tomarnos tiempo, ir poco a poco, conocernos mejor y dejar que la atmósfera vaya subiendo de temperatura pasito a pasito le da a nuestro encuentro un toque sexy que me fascina. Es justo como me parece que debe discurrir la cita perfecta.

Fugaz me ha contado que estudió Bellas Artes, que ha vivido en Roma, en París y en Budapest, que nunca ha trabajado y que vive de lo poco que saca de vender algunas de sus obras y de una pensión mínima que le pasa su padre todos los meses.

—Su única condición es no tener que verme.

Por primera vez, la siento vulnerable, y me cuesta creer que la alegre y optimista mujer amiga del mundo entero pueda tener problemas precisamente con su propia familia.

—Lo siento.

La artista niega con la cabeza y recupera enseguida su tono irónico y festivo.

—Es posible que hagas bien ocultando que te gusta una chica.

Primero nos hemos reído, pero luego, nos hemos ido quedando calladas, mirándonos fijamente.

—Porque yo te gusto, ¿verdad?

No soy capaz de decir nada, pero al menos tengo el valor suficiente como para sostener su mirada. Sus ojos son más grises que nunca, y esta noche me parecen tan brillantes como las estrellas que nos arropaban la última vez que estuvimos juntas. En silencio, nuestras manos vuelven a encontrarse a través de los restos de la cena.

—Te dije que éramos almas gemelas la primera vez que nos vimos, ¿recuerdas? Esas cosas las percibo enseguida.

Tengo que tragar saliva, no entiendo muy bien qué es lo que estoy sintiendo en este momento. ¿Miedo, rechazo ante las posibles complicaciones… felicidad? Solo sé que estoy clavada en mi silla, incapaz de mover un músculo y escuchando sus palabras como si mi vida dependiera de ello.

—Verás Sara, yo… No quiero que me pase contigo como con Susana.

—¿Qué?

—Sé que estás en un momento muy vulnerable después de lo que te pasó con tu ex. Antes de seguir con esto, necesito saber que entiendes cómo soy y que lo aceptas.

—Y… ¿cómo eres?

—Soy una amiga estupenda, alguien en quien podrás confiar para siempre y que te querrá de un modo sincero y puro. Haría cualquier cosa que me pidieras… menos atarme a ti. Si lo que buscas es alguien que sustituya a Pablo, debes saber que yo no soy la persona indicada.

No esperaba este inesperado giro de la conversación pero, tras unos segundos de silencio, creo que consigo rehacerme y sonar desenfadada cuando contesto:

—¿Qué? ¿A qué viene eso? ¿Crees que yo… que yo podría enamorarme de ti como Susana?

Me he reído mucho al terminar de decir esto, y ella ha reaccionado riendo también.

—Tienes razón, perdona. Tú eres hetero y solo estás teniendo una aventura.

—Por supuesto… tú… follas muy bien, por eso te he invitado —sigo la broma con voz tal vez excesivamente gritona.

—Toda una experta, esa soy yo.

Las risas vuelven a apagarse poco a poco. De nuevo nos estamos mirando, uno, dos, tres… pierdo la cuenta de los segundos. ¿Era sincera su risa? ¿Y la mía? Retirándose de la mesa, Fugaz se pone en pie.

—Entonces, si todo ha quedado claro, ha llegado el momento de que te enseñe lo que he traído en mi maleta. Espérame aquí.

Mientras aguardo a que regrese, me doy cuenta de que me siento vacía, sin fuerzas. Nunca he empezado una relación sabiendo que estaba condenada de antemano al fracaso. ¿Por qué debería hacerlo ahora? Si cualquier chico me hubiese dicho lo que ella acaba de decirme en nuestra cuarta cita, la noche habría terminado de inmediato. ¿Por qué voy a concederle a Fugaz otra oportunidad?

¿Y cómo es posible que esta extraña mujer pueda querer a todo el Mundo pero no enamorarse de nadie?

***

Estoy intentando tomar una decisión sobre si debo o no dar por terminada la velada cuando, incrédula, la veo regresar a mi lado. En lugar de la gorra, el chaleco y el resto de su uniforme habitual… ¡ahora lleva el mismo mono blanco manchado de pintura con el que me recibió la tarde que estuve en su casa!

Decididamente, debería estar en un manicomio, ¿quién va así a una cita romántica? Yo tan mona con mi vestido y mis carísimos zapatos y ella… Tengo serias dudas de si le gusto tanto como ella empieza a gustarme a mí. ¿De verdad he dicho eso? Sí, joder, no en voz alta pero lo he dicho. Sé que no tiene sentido, que va contra toda lógica y que no puede salir nada bueno de todo esto pero, sin que pueda hacer nada por evitarlo, hace días que no consigo sacar de mi cabeza a una chiflada que va siempre vestida de forma horrible y rapada al uno.

—Enseguida te lo explico —dice ante mi cara de asombro.

Entonces, delante de mí, empieza a sacar de la maleta lo que parece su material de dibujo: pinceles, tubos de pintura, una paleta… ¿Pretende que pose para ella? ¿Como Claudia? De ninguna manera, si piensa que siempre voy a hacer la primera locura que se le ocurra es que no me conoce. Como dice Irene, yo soy Sara, *la gran* Sara, la misma que puede tener a cualquier chico con solo chasquear los dedos, y no pienso permitir que una pirada se crea que…

—¿Has oído hablar del body painting?

—¿Perdón?

—El body painting. Pintar utilizando el cuerpo humano como un lienzo. Es una forma de expresión artística en la que estoy interesada. Nunca la he probado hasta ahora, y he pensado que podría ser bonito intentarlo juntas.

¿Por qué la estoy escuchando? Debería pedirle que se fuera. O mejor aún, pedirle un orgasmo de esos que va regalando por ahí a desconocidas y que después se vaya. Sin embargo, en lugar de eso, como una idiota pregunto:

—¿Quieres… quieres pintar sobre mi cuerpo?

—Llevo pensando en ello desde que me llamaste y, luego, cuando te he visto con ese vestido… ¡es como si hubieras adivinado mis pensamientos!

Creo que nunca he estado tan lejos de comprender a esta mujer. Es demasiado rápida para mí, pasa de una cosa a otra a velocidad de vértigo y nunca sé exactamente lo que está pensando.

—A ver qué te parece mi idea: me gustaría pintar esas mismas flores que llevas en el vestido sobre tu piel. Podríamos usarlo de modelo y reproducir exactamente el mismo estampado. Hay rosas, claveles… ¿eso es un crisantemo?

—Pues… no estoy segura, creo que sí.

—Me encantan los colores. Simplemente, cambiaríamos el negro de fondo del vestido por el blanco de tu piel, ¿no te parece genial?

No sé si genial es la palabra. Estoy tan confundida que todavía no he decidido si su propuesta me parece sensual o inaceptable. Además, hay una cosa que me preocupa y que casi no me atrevo a preguntar.

—Y para eso, ¿tendría que desnudarme?

Fugaz me mira como si mi pregunta la hubiera pillado completamente por sorpresa.

—Claro, voy a pintar sobre tu piel.

—Pero… ¿del todo?

Una vez más, esa sonrisa pícara que ya empiezo a conocer y que tiene el poder de conseguir que no me niegue a nada se dibuja en sus labios carnosos.

—Por supuesto. No pensé que supusiera un problema.

—Pues ya ves, quizá sí lo suponga.

La polifacética artista vuelve a fruncir el ceño y se queda pensativa unos segundos.

—¿Por eso te metiste tan rápido en el agua la otra noche? ¿Te daba vergüenza que te viera?

Nuevamente noto cómo suben los colores a mi rostro. No quiero que piense que soy una mojigata, pero apenas hemos empezado a conocernos y nuestra relación no es tan íntima como para que me sienta cómoda haciendo lo que me pide.

—La verdad es que apenas tuve tiempo de verte… pero no me pareció que tuvieras motivos para avergonzarte.

—Que no tenga motivos y que esté “rebuena” no impide que sea un poco pudorosa —trato de contestar con aire desenfadado.

Lo cierto es que, a pesar de mis reservas y del jarro de agua fría que supusieron sus palabras de hace un rato al advertirme de que ella nunca se enamora, admito que siento curiosidad y que ese cosquilleo que suele presentarse siempre que estoy a su lado acaba de aparecer de nuevo en la yema de mis dedos.

—¿Te sentirías mejor si yo me desnudara también?

—Mira sí, buena idea. Si te despelotas tú, dejaré que pintes sobre mi piel.

Ni corta ni perezosa, Fugaz se lleva la mano a la cremallera que cierra su mono y, de un solo tirón, la hace bajar por completo. Aunque sus pechos quedan cubiertos, puedo ver de nuevo la tersa piel que se extiende entre ellos, el recogido y pequeño ombligo e, incluso, el elástico de sus braguitas negras.

Sé de sobra que mi amante no tiene problema alguno en mostrar su cuerpo. En cambio, yo soy más tímida, sobre todo porque todavía no puedo confiar en ella como en su momento, aunque equivocadamente, confié en Pablo. Por eso, me sorprendo a mí misma cuando, justo en el momento en el que la

veo hacer ademán de empezar a bajarse el mono, la interrumpo con voz profunda:

—No, espera. Déjatelo puesto.

Mi invitada se queda mirándome desorientada. Me gusta, por una vez, ser yo la que la sorprende a ella. Dando un par de pasos en su dirección, yo misma vuelvo a subir la cremallera despacio, muy despacio. Luego, la beso en los labios durante mucho tiempo y, después, me separo y sonrío.

—He cambiado de idea. Quiero estar yo sola desnuda.

Los ojos de un gris acerado de Fugaz parecen de fuego. ¿Son cosas mías o cada día que la veo es un poco más hermosa que el anterior?

Respirando profundamente, doy media vuelta y me sitúo frente a ella, al otro lado del salón.

***

Intento mostrar una seguridad en mí misma que estoy lejos de sentir cuando me siento en una silla y empiezo a quitarme los zapatos. Siempre me ha parecido sensual caminar descalza, y creo que tengo unos pies bonitos. Llevo las uñas muy cuidadas y pintadas de un rojo de tono oscuro que encuentro muy elegante.

Tras dejar los zapatos cuidadosamente en el suelo, me armo de valor para mirar fijamente a los ojos de Fugaz. Es probable que no comprenda a qué se debe mi cambio de opinión, y una parte de mí también se lo está preguntando. Solo puedo decir que, de pronto, la propuesta de mi invitada para pasar la noche me ha resultado estimulante y muy sensual.

Por otra parte, espero poder sacar algún beneficio de ello:

—Creo que, si voy a servirte de modelo para esto, merezco algo a cambio.

—No tienes más que pedirlo.

—Quiero que contestes con la verdad a lo que te pregunte.

Fugaz sonríe y hace un gesto que da a entender que mi ocurrencia no tiene demasiado sentido.

—Yo siempre digo la verdad. Podrías haberme pedido algo más complicado de cumplir.

—Todavía no sabes qué preguntas voy a hacerte.

—Está bien, empieza.

Todavía sentada, cruzo las piernas y pienso durante unos instantes hasta que decido cuál va a ser la primera cuestión.

—¿Eres consciente de lo loca que estás?

—¿Crees que estoy loca?

—¿Crees tú que no lo estás?

Fugaz permanece de pie junto a su enorme maleta, a dos o tres metros de mí y sin dar muestras de que mi pregunta le moleste. Ahora, esboza una ancha sonrisa al contestar:

—¿Has leído *Soy leyenda*?

—Vi la película.

—Te recomiendo leer el libro, ni siquiera terminan igual. En un mundo lleno de humanos y con un solo vampiro, este es el monstruo. Sin embargo, si todo fuera al revés, si todos fueran vampiros y hubiera un solo humano, el que provocaría terror sería este último. ¿Entiendes lo que quiero decir? No creo que ser diferente me convierta en loca.

Supongo que es una buena respuesta. Por otra parte, no quiero que piense que pretendo abandonar casi antes de empezar de modo que, poniéndome en pie, me acerco a ella una vez más.

—¿Te importa ayudarme con la cremallera del vestido?

—Será un placer.

Dejar que me desnude despacio es como asomarse a un abismo. Quedar expuesta ante ella, de algún modo, me resulta mucho más erótico que hacerlo ante cualquier hombre. Es posible que me equivoque, pero creo que un chico siempre será menos crítico, menos paciente para esperar que llegue el momento. De Fugaz, espero calma, juego de miradas, una pausa exquisita. No negaré que tengo miedo… pero también puedo decir que por nada del mundo renunciaría ahora a seguir adelante.

Es la propia artista la que hace descender despacio el vestido a lo largo de mi cuerpo. Cuando este queda a mis pies, salgo de él y me giro hacia ella en ropa interior. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Volverá a besarme, me tocará? Siento un estremecimiento que me recorre desde la nuca a los pies cuando me acaricia suavemente con la intensidad de sus ojos grises.

—¿Qué te parece si colgamos el vestido de una percha? Así podría usarlo más fácilmente como modelo.

—De acuerdo, espérame un momento.

Casi sin aliento, camino por el salón ante su mirada en dirección a mi cuarto. Llevo un conjunto carísimo de sostén y braguita que estreno hoy. Lo compré para Pablo y desde luego nunca pensé usarlo en estas circunstancias, pero ya estoy empezando a comprender que el Universo tiene siempre sus propios planes.

Cuando vuelvo con la percha, Fugaz pone en ella el vestido y, tras pedir mi permiso, lo coloca a media altura en la pared tras quitar uno de los horribles cuadros de mis padres.

—Perfecto, aquí podré verlo perfectamente y no corremos riesgo de que se manche.

Bien, ha llegado el momento, debería quitarme el sostén. Pero antes, tengo derecho a otra pregunta:

—¿Te has acostado con Claudia?

La expresión de su rostro ha cambiado, y no sé si eso es buena señal o no. Ahora, Fugaz me mira seria cuando responde:

—¿Qué importancia tiene eso?

—Soy yo la que hace las preguntas.

—Pero es que esta es absurda. ¿Cambiaría algo el hecho de que me hubiera acostado con ella?

—Pensé que teníamos un trato. Yo me desnudo y tú contestas a mis preguntas con la verdad.

Otra vez siento que todo está a punto de estropearse, y ya es la segunda vez esta noche. Si pensaba que tener relaciones homosexuales iba a ser más sencillo, veo que ya puedo ir olvidándome.

—Te propongo un trato.

—Nada de tratos —respondo ofendida—. Dijiste que contestarías a todo.

—Dije que siempre digo la verdad, no que contestaría a todo.

A veces consigue ponerme muy nerviosa. Si esas tenemos, se acabó el juego, y admito que empezaba a gustarme pero…

—Llama a Irene y dile que estás aquí conmigo y contestaré a tu pregunta.

Un momento, esto cambia las cosas. Después de todo, sí es posible que a Fugaz le duela que yo la tenga escondida. En un tono mucho más amable, indago en esa dirección:

—No es que me avergüence de ti, no quería ofenderte.

—Y no me ofendes. Solo pretendo ayudarte. A mí me da igual lo que piensen de mí, solo creo que tú serías más feliz si fueras capaz de aceptar las cosas con más naturalidad.

Es irritante, ¡muy irritante! Con Pablo, al menos, a estas alturas iría por el segundo orgasmo. Con Fugaz no hago más que hablar, me dice que nunca se enamorará de mí, que tengo que contarle a Irene que ahora me acuesto con mujeres y, para colmo, no apacigua estos malditos celos que siento con respecto a su odiosa compañera de piso.

—No estoy preparada para contárselo todavía.

—Entonces, todavía no vas a saber si tengo sexo o no con Claudia.

—Muy bien. Entonces, esto se ha terminado.

Con mucha dignidad, me dirijo de nuevo a la pared, descuelgo mi vestido y me protejo con él. Estoy a punto de salir del salón cuando su voz me detiene:

—Espera Sara. ¿Serviría si te dijera que, en este momento, no te cambiaría por ninguna otra persona en el mundo?

No cabe duda de que estar con Fugaz es distinto a cualquier cosa que haya vivido antes. La ira que sentía hace un segundo ha desaparecido casi por completo. Girándome hacia ella pero todavía parapetada tras mi vestido negro, la miro fijamente:

—Sigue hablando.

—Yo no puedo decirte qué va a pasar mañana, pero sí que esta noche quiero compartirla contigo, y que nada que tú o yo hayamos hecho en el pasado puede cambiar eso. Ahora, puedes vestirte y pedirme que me vaya, o dejar que pinte flores sobre tu cuerpo y que vivamos las dos algo que tal vez no olvidemos nunca. De ti depende.

A veces, me irrita. Otras, consigue que me derrita por dentro con una facilidad pasmosa.

En silencio, regreso sobre mis pasos y vuelvo a colocar el vestido en la percha.

***

He colgado el sujetador del respaldo de la silla más cercana y, a continuación, me quedo de pie, controlando el impulso de cubrirme con los brazos y sin decidir si quiero seguir haciendo preguntas. Es eso o librarme ya de las braguitas, ¿qué hacer? No es el momento de bloquearse, pero no

termino de decidirme, y creo que Fugaz se está dando cuenta de mi pequeña crisis.

—Son preciosas.

—¿Qué?

—Tus tetas. Ya me lo pareció la otra noche, pero entre la oscuridad y lo rápido que te metiste en el agua y te secase luego, apenas pude verlas. Ahora, te lo digo con total sinceridad: son muy bonitas.

Me gusta cómo me mira. No me devora como un lobo que se relame ante su presa, pero tampoco esconde que le gusta apreciar mi belleza. Me hace sentir hermosa, me ayuda a estar cómoda.

—Gracias… a mí también me gustaron las tuyas.

—¿Estas miniaturas? —ríe mirando hacia abajo pero sin que parezca preocupada en absoluto por su propio físico—. Veo que eres de buen conformar.

Hay algo que me gusta de Fugaz y que creo que solo ahora empiezo a entender. Desde la primera vez, dejó claro que yo la atraía físicamente. Sin embargo, a su lado, siempre tengo la sensación de que le gusta mi cuerpo pero, también, mi interior. Es posible que me equivoque, pero creo que, esta noche, desearía pintar mi cuerpo aunque yo fuese una ancianita ajada y arrugada, y ese pensamiento es el que me anima por fin a seguir adelante.

Olvidando las incómodas preguntas que solo pueden traer complicaciones, me inclino ligeramente y, con una sensación increíble de voluptuosidad, me quito las braguitas y las dejo colgadas junto al sostén. Ya está, estoy completamente desnuda ante ella, que sigue con su mono blanco machado de pintura.

Los segundos que siguen son eléctricos, tensos… sublimes. Mis senos tiemblan cada vez que inspiro y las rodillas me flaquean pero, al mismo tiempo… ¡qué maravillosa sensación de salto al vacío! Creo que nunca había vivido algo tan impactante. Sentir sobre mi piel la intensidad de esos ojos grises me produce tal calor que temo incluso empezar a arder en cualquier momento.

Incluso Fugaz parece haber enmudecido por una vez. Solo se oye, de fondo, la música relajante y espiritual, pero por lo visto no va a durar demasiado:

—Eres preciosa —dice mi invitada—, pero tu gusto musical es un poco dudoso. ¿No podrías quitar eso? Va a conseguir que nos entre sueño, y no es

en dormir en lo que pensaba en este momento.

Lo ha conseguido, nos hemos echado a reír las dos a la vez. Al hacerlo, mis senos se han reído conmigo, y me he sentido llena de voluptuosidad al sentir cómo los miraba ella. Luego, dándole la espalda me he dirigido al equipo de música, y ha sido excitante saber que ha podido deleitarse observando mi cuerpo en detalle durante unos segundos maravillosos.

Tiene razón, ya basta de música relajante. Yo tampoco creo que durmamos demasiado hoy.

***

—El vestido entero nos llevaría horas, a ver qué te parece eso: me gustaría pintar una rosa sobre tu muslo derecho, una margarita en el pecho izquierdo y un clavel sobre tu vientre. ¿Podríamos usar alguna de esas flores para ponértelas en el pelo?

Ha preguntado esto mirando hacia el jarrón que mi madre siempre tiene lleno de flores frescas.

—Quedaría genial, margaritas reales en tu pelo y pintadas en tus senos, sería dar unidad a la imagen, podríamos llamarlo, *La consagración de la primavera*. ¿Qué opinas?

Fugaz parece realmente entusiasmada. Tanto, que en cierto modo ha desparecido parte de ese erotismo salvaje que casi me resultaba insoportable. Ahora, más que como su amante me siento como una modelo, aunque la sensación que me produce el hecho de moverme en cueros por mi propia casa delante de una invitada vestida sigue siendo tan intensa que siento todos los poros de mi piel en efervescencia. ¡Si mis padres pudieran sospechar lo que está pasando durante su ausencia morirían de un infarto!

—Ven, ayúdame con esto. Y no te preocupes, esta pintura es especial, no provoca alergia y se limpia con facilidad.

Como si estuviera viviendo un cuento, la ayudo a extender una sábana en medio del salón y retiramos tanto como es posible todos los muebles. No queremos manchar nada, y desde luego es mejor no dejar ninguna huella que provoque luego preguntas a las que me sería difícil responder. Cuando terminamos de prepararlo todo, Fugaz mira hacia el único foco de luz que tenemos encendido.

—¿Te importaría poner una iluminación más fuerte?

Suponía que iba a pedírmelo. Hace tiempo que asumí que, con ella, hacer planes no sirve para nada. Primero fue la música, luego la mesita, ahora la luz. Cuando enciendo la lámpara central, mi desnudez me resulta más evidente, más descarnada y vulnerable. Como si adivinara lo que estoy sintiendo, mi amante se apresura a tranquilizarme:

—Podemos dejarlo cuando tú quieras. Tengo tantas ganas como tú de terminar en la cama, no es necesario hacer esto.

Está loca, pero parece saber lo que debe decir en cada momento y, sobre todo, cómo decirlo.

Sonriendo, inspiro profundamente antes de contestar:

—¿A qué esperas para empezar?

Sus labios devuelven mi sonrisa y, después, cogiendo sus pinceles, me pide que me ponga de pie justo en medio de la sábana.

***

Media hora después, mi muslo derecho está adornado con el dibujo de una rosa de un intenso color rojo. Visto desde arriba, el resultado parece bastante satisfactorio y fiel al modelo de mi vestido.

Fugaz trabaja sentada a mi lado en una silla mientras yo permanezco de pie y tratando de moverme lo menos posible. Me sobrecoge ver su rostro tan cerca de mi pubis, pero ella está tan concentrada que no parece reparar en ese detalle.

—¿Te gusta? —pregunta finalmente cuando da por concluida la primera fase de su proyecto.

—Está muy bien.

—Ahora, vamos a por la margarita.

La artista se incorpora y, por unos segundos, nuestras miradas se encuentran. El gris de sus ojos me produce un escalofrío de ansiedad, pero sé que todavía no ha llegado el momento.

—He pensado pintarte el pezón de amarillo, de modo que sea el centro de la flor.

He tragado saliva, impaciente pero en absoluto arrepentida de haberme dejado convencer para hacer esto. Con aire profesional, Fugaz rebusca entre sus utensilios hasta que encuentra el color apropiado. Cuando siento su pincel sobre la areola, todos mis sentidos se ponen alerta. El pezón ha redoblado su tamaño y es imposible que ella no se haya dado cuenta. Deteniéndose un instante, la artista me mira y, simplemente, sonríe.

No me creo capaz de explicar con palabras lo que me hace sentir esa sonrisa. Si me hubiese tocado, besado, o incluso si se hubiera decidido a entrar de nuevo en mi vagina, no me habría provocado el delicioso desmayo que ha conseguido arrancarme su encantadora forma de sonreír.

¿Cómo he podido estar a punto de estropear esto? De pronto me doy cuenta de que tenía razón cuando dijo que era indiferente que hubiera estado o no con Claudia. Lo único que de verdad debe importarme es que ahora estamos

las dos solas y compartiendo una noche deliciosa. ¿Quién puede adivinar lo que ocurrirá mañana?

—Ahora, los pétalos. No te muevas.

—No me muevo.

—Sí te mueves, tus senos tiemblan.

—Eso es porque son demasiado grandes.

—Son perfectos.

Me temo que esa parte de mi anatomía no va a ser fácilmente controlable. Al menor movimiento, simplemente por el hecho de respirar, noto mis pechos moverse trémulos a escasos centímetros de sus manos.

A pesar de eso, Fugaz consigue ir dibujando los pétalos uno a uno alrededor de mi pezón, convertido en el centro de una enorme margarita. Ya solo queda el hueco para el que sería el último pétalo, pero entonces la artista se queda quieta, como pensando, y después parece tomar una decisión y me mira.

—¿Qué te parece si dejamos un hueco?

—¿Como si alguien hubiera arrancado un pétalo?

—Efectivamente.

De pronto me doy cuenta de que, por increíble que parezca, Fugaz nunca ha tocado todavía mis pechos. Las dos veces que me masturbó lo hizo estando vestida, y nuestra última noche, bajo las estrellas, fui yo la que jugó con su cuerpo. Ahora, los pinta, los tiene tan cerca que siento su aliento sobre ellos pero… sigue sin tocarme. Es justo reconocer su capacidad para autocontrolarse y centrarse en su arte.

—Solo nos falta el clavel.

No he podido evitar inspirar profundamente.

—¿Cansada?

Aunque me sorprendo al mirar el reloj de la pared y comprobar que son ya las dos de la mañana, no siento el menor cansancio. Junto a Fugaz, el tiempo parece pasar tan rápido como su nombre.

—Claro que no.

—¿Quieres seguir?

—Por supuesto.

Puedo decir con total honestidad que nunca he vivido un momento tan voluptuoso como este. Ni Pablo, ni ninguno de los otros hombres que pasaron por mi vida, consiguieron jamás tenerme en el estado de exaltación permanente en el que me tiene mi compañera sin haberme puesto todavía una mano encima. No sé si soy lesbiana o no, lo único que puedo decir es que Fugaz va a significar un antes y un después en mi biografía, y empieza a preocuparme el problema de cómo gestionar su ausencia cuando esta se produzca.

Pero no quiero pensar en cosas tristes esta noche. Además, ahora mi invitada está empezando a dibujar el tallo del clavel que recorrerá de lado a lado mi estómago, y ha decidido que arrancará partiendo justo desde el final de mi vello púbico.

—Así parecerá que tu pelo es la tierra que da la vida… ¿No te parece una buena idea?

—Eres muy imaginativa.

—De tu sexo puede brotar un ser humano… de entre el pelo de tu pubis un clavel, ¡es perfecto!

No he podido evitar un estremecimiento al notar el pincel en esa zona. Al dibujar sobre mi piel, Fugaz me produce un cosquilleo dulce y muy estimulante. Es como ser acariciada de un modo nuevo, y el tacto de la pintura me produce un calor extraño, distinto y muy estimulante.

Poco a poco, el clavel va quedando definido y, cuando por fin Fugaz lo da por terminado, no sé si me siento alegre o abatida. Noto que el momento de echarme en sus brazos se acerca, y eso me gusta, pero también lamento que esto esté a punto de acabar.

Pero por lo visto aún no debo preocuparme por eso porque, cogiendo del jarrón el ramo de margaritas naturales, la artista viene hacia mí y empieza a colocarlas sobre mi pelo. Una en la sien izquierda, otra apoyada en la oreja del lado contrario, varias por encima de la cabeza. Solo quedan tres o cuatro en sus manos cuando, poniéndose de rodillas, parece decidida a terminar por fin su trabajo.

Entonces, sorprendida pero extasiada, tengo que contener la respiración cuando empieza a adornar mi vello púbico con las últimas margaritas. Durante unos instantes sublimes, noto sus deditos describiendo surcos, acariciando, cambiando una flor de lugar y corrigiendo ligeramente la

posición de otra, o tratando de hacer que la última, traviesa, no se desprenda y caiga al suelo.

Me siento desfallecer. Si esto dura mucho más, no voy a poder guardar el decoro que se le supone a una señorita. Por fortuna, al fin Fugaz se levanta y me mira con una amplia sonrisa:

—Ya está. ¿Hay algún espejo en el que puedas mirarte?

En mi habitación tengo uno de cuerpo entero, y cuando se lo digo me coge de la mano y, las dos juntas, nos dirigimos despacio hacia allí. Los escasos treinta segundos que tardamos en llegar serán para siempre oro puro en mi memoria. Desnuda a su lado, con sus dedos enredados en los míos, me siento… como una novia llevando a cabo el más surrealista y hermoso de los paseos nupciales que la historia haya visto.

Han sido treinta segundos de felicidad.

***

—Dime la verdad, si no te gusta no me enfadaré.

Creo que Fugaz está confundiendo mi silencio. No se debe a que no me agrade lo que veo, sino a que estoy sobrecogida. En el espejo, las dos juntas ofrecemos un contraste brutal… y terriblemente sensual.

Ella tiene un atractivo que me costó descubrir cuando la conocí pero que cada día que pasa percibo con mayor claridad. Con un mono viejo y manchado por todas partes de pintura, el pelo rapado al uno, sin maquillar, sin pendientes… resulta encantadora. Tiene aspecto de rebelde, de mala de la película, pero una de esas malas que en el fondo es infinitamente tierna y cariñosa y a todo el mundo le cae bien. Y esa multitud de pecas que adorna su naricilla…

A su lado, yo, completamente desnuda. Con el cuerpo pintado con flores perfectamente dibujadas y el pelo adornado con margaritas, parezco una ninfa del bosque o recién salida de un campamento hippie de los años sesenta. Me veo guapa, dulce, deseable.

Sin dejar de mirar nuestra imagen y sin soltar su mano, hablo con voz desmayada.

—Me encanta. ¿No crees que hacemos buena pareja?

Fugaz esboza una sonrisa y se gira hasta quedar frente a mí.

—Creo que puedo mejorarlo.

Su mono tarda menos de cinco segundos en desaparecer, y en menos tiempo aún sus braguitas han corrido la misma suerte. De pronto estamos las dos sobre mi cama, su boca buscando la mía con urgencia y nuestras lenguas intercambiando algo mucho más íntimo que las palabras.

Como en un sueño, me doy cuenta de pronto de que, por fin, sus manos están acariciando suavemente mis senos por primera vez.

Sentir su tacto en ellos es fascinante.

Conversaciones

Es tardísimo cuando me despierto al día siguiente. Fugaz sigue durmiendo a mi lado y, con cuidado, salgo de la cama, entro en la cocina y me preparo un café. Con la taza humeante en la mano, deambulo por la casa, sin hacer ruido y pensativa.

Esto ya empieza a ser un problema. Al principio, lo disfrazaba de sexo pero, después de lo de anoche… ¿Puedo seguir fingiendo que solo pretendo pasarlo bien? ¿Me creeré la mentira de que Fugaz es solo un entretenimiento y que me olvidaré de ella cuando aparezca el siguiente chico?

Nerviosa, doy un sorbo a mi café. Quizá hubiera sido mejor prepararme una tila. No entiendo lo que me pasa, ¿no me estaré…? No, claro que no. Además, ella ha sido muy sincera, y no soy de esas personas que construyen castillos en el aire. Lo único que sucede es que se trata de una amante excelente, y estoy un poquito encandilada por la intensidad con la que lo encara todo. Lo cierto es que nuestras dos últimas noches juntas han sido increíbles, pero cuando se pase el impacto de la novedad…

—Buenos días. ¿Cómo no me has despertado?

Fugaz aparece en bragas y, rechazando mi oferta de prepararle otra taza de café, recupera sus vaqueros, su camiseta (y su chaleco), y se dirige a mí con su habitual desenvoltura:

—He quedado esta mañana con unos amigos. Vamos a grabar el sonido del viento en el campanario de una iglesia. Se trata de unificar la visual con lo auditivo, y…

No consigo entender lo que dice. Solo hay una cosa que me preocupa en este momento y, cuando termina de hablar, hago la pregunta sintiéndome próxima al desmayo:

—Mis padres no regresan hasta mañana, ¿quieres pasar la noche aquí?

Su rostro expresa una contrariedad sincera, pero no parece ni la mitad de abrumada que yo cuando responde.

—Lo siento Sara, pero le prometí a un amigo que le ayudaría a ensayar su texto. Mañana es el estreno de la obra de teatro en la que actúa.

Tengo la suficiente experiencia como para saber que no debo parecer desesperada. Además, estoy absolutamente segura de que no me miente. Si Fugaz no quisiera verme o tuviese un amante, me lo diría sin más rodeos. Se trata tan solo de enterarme de cuándo va a volver a tener tiempo para mí.

Sonriendo y haciendo un esfuerzo ímprobo por sonar despreocupada, hago un nuevo intento:

—Esta noche ha sido increíble. Si vienes mañana por la mañana, nos daría tiempo a…

—Mañana tampoco puedo, y mira que lo siento —dice sin mirarme, pues está metiendo a toda prisa sus utensilios de pintura en la maleta—. Le prometí a Claudia que la acompañaría al cumpleaños de una amiga.

Ha sido como una puñalada. ¿De verdad no se da cuenta del daño que acaba de hacerme? A juzgar por la sonrisa que me ha dirigido al acercarse para darme un beso de despedida, juraría que no. Simplemente, ella es así. Se entrega con pasión y sin límite, y estoy segura de que, si le lo pidiera, haría cualquier cosa por mí. El problema es que muy probablemente también lo haría por Claudia.

No sé de dónde saco las fuerzas para sonreír también y preguntar como si tal cosa:

—Entonces, ¿cuándo volveremos a vernos?

Fugaz ha terminado de recoger sus cosas y se ha puesto su gorra. Está lista para irse, pero me mira de una forma que no me gusta nada. No puedo permitir que crea que me estoy enamorando de ella, no después de lo que me advirtió ayer.

Fingiendo un bostezo, trato de disipar sus temores:

—Hacía mucho que no me corría como contigo. Eres realmente buena en la cama.

Durante unos segundos, me mira atentamente, pero luego su rostro se relaja.

—Nos vemos pronto, te lo prometo. Y salgo pitando, que llego tarde.

Cuando me quedo sola, es como si un edificio entero se hubiera derrumbado sobre mí. ¿Qué significa “pronto” para ella? Por lo que la

conozco, lo mismo puede ser una semana que un mes, y yo no me siento capaz de estar más de veinticuatro horas sin verla.

Cogiendo el teléfono y sin pensar demasiado en lo que hago, marco el número de Irene.

***

¿Voy a contárselo? No tenía que haber sido tan impulsiva, Irene se ha dado cuenta enseguida de que algo me pasa y va a llegar en menos de diez minutos. Conozco a mi amiga, no va a parar hasta que le cuente qué sucede. Tal vez debería inventar cualquier cosa, convertir a Fugaz en un hombre, por ejemplo, ¡¿cómo voy a confesar que me ha roto el corazón una chica?!

Esto no puede estar pasándome a mí. Acabo de pasar la mejor noche de mi vida y, ahora, me siento… peor incluso que cuando encontré a Pablo traicionándome. Hoy mi casa, sin las pinturas, sin la enorme maleta y sin Fugaz, me parece tan vacía como si no hubiera un solo mueble en ella. ¿De verdad estuvo aquí anoche? ¿No lo habré soñado todo?

Cuando abro la puerta a Irene, mi amiga me mira espantada:

—Por dios Sara, ¿qué te ha pasado? Tienes un aspecto horrible.

Con una sonrisa amarga, me hago un lado y la invito a pasar.

***

—A ver, cuéntamelo todo desde el principio. ¿Se trata de Pablo? Mira que te dije que no volvieras a verle, no puedes fiarte de él ni…

—No se trata de Pablo. Ya no me importa Pablo.

Irene se queda sorprendida. Sabe que no soy especialmente enamoradiza y, si no es Pablo, sin duda le extraña que en tan poco tiempo pueda haber surgido otra persona que me ponga en este estado.

—Vaya, entonces, no es Pablo.

Me limito a negar con la cabeza sin decir nada hasta que ella, perdiendo un poco la paciencia, me apremia:

—A ver Sara, ¿es que no confías en mí? ¿No estarás enferma? Estás empezando a preocuparme de verdad.

Me doy cuenta de que estoy a punto de claudicar. No puedo guardarme esto por más tiempo y, además, Irene es la única persona a la que puedo contárselo. Es mi amiga más fiel y sé que va a reaccionar bien pero, incluso así, tengo un nudo en la garganta y no sé ni por dónde empezar.

—Es… alguien que conocí en tu casa. En la misma fiesta en la que Rubén y tú empezasteis a salir.

Mi amiga frunce el entrecejo mientras trata de hacer memoria.

—En mi casa… ¡¿no se tratará de Alberto?! Es muy guapo, pero tan tonto que… Dime que no es Alberto, por favor.

—No, no es Alberto.

—Menos mal chica. Pero entonces… no recuerdo que hubiera nadie más que pudiera… ¿Me vas a decir de quién se trata o tengo que adivinarlo yo?

Irene ha cogido mi mano entre las suyas y me ha dado un beso en la mejilla. De no ser por mi fiel amiga, no sé cómo habría podido superar lo de Pablo, y desde luego jamás hubiera pensado que podría volver a necesitarla apenas unos meses después. Lo curioso es que, a pesar del miedo que siento, me doy cuenta de que una parte de mí quiere soltarlo cuanto antes.

Bajando la cabeza y con la vista fija en mis zapatos, carraspeo antes de hablar.

—¿Me prometes que no gritarás cuando te lo cuente?

—¿No estarás embarazada?

—No, no estoy embarazada.

—¿Seguro? ¿Te has hecho la prueba? A veces fallan, conozco a una chica que…

—Irene, mírame. Es im-po-si-ble que esté embarazada. Hace mil años que no me acuesto con un chico.

—Menos mal, me dejas más tranquila.

Nuevo silencio. Irene me aprieta afectuosa una rodilla y recorre con mirada distraída el salón. Mi rostro debe adquirir una tonalidad granate cuando ve el vestido, que sigue colgado donde anoche lo puso Fugaz. Volviéndose hacia mí, me mira a los ojos y pregunta:

—Ayer dijiste que estabas con alguien, y si ibas vestida con eso desde luego no se trataba de una cena amistosa. Esta mañana ni te reconozco. O me dices ahora mismo qué te pasa o llamo a la policía… o al hospital… o a los dos sitios a la vez.

De nuevo ha cogido mi mano entre las suyas y me mira a los ojos sin pestañear. Saber que me quiere me reconforta y hace que mis defensas se derrumben. Tengo que contárselo o voy a volverme loca.

Con la barbilla enterrada en el pecho y una voz que no parece querer salir de mi cuerpo, lo suelto por fin:

—Es Fugaz.

—¿Qué?

—Es Fugaz.

—No te entiendo, ¿por qué me hablas de Fugaz ahora?

Armándome de valor, alzo el rostro hacia ella y me quedo mirándola en silencio con un gesto más que significativo. Irene me mira sin comprender, pero entonces sus cejas se arquean, su boca se abre en una mueca de espanto y, con un grito, pregunta:

—No me digas que… ¡¿Fugaz se acuesta con Pablo?! Menudo sinvergüenza, y lo de ella también tiene delito, ya me había dicho Claudia que…

—No joder, Irene, no. Soy… ¡soy yo la que se acuesta con Fugaz!

Ya está, ya lo he dicho y, si yo estoy muerta de miedo, mi amiga parece haber visto un fantasma. Su mandíbula se ha descolgado, sus manos han soltado las mías y, durante muchos minutos, no puede hacer nada salvo mirarme y pestañear muy deprisa.

—¿Estás… estás bromeando?

Es curioso. Una vez que lo he dicho, de pronto me doy cuenta de que ya no me cuesta tanto hablar sobre ello.

—Ojalá estuviera bromeando. Empezó como un juego, algo distinto, por probar. Pero luego…

De nuevo, Irene me coge de la mano.

—Cariño, soy yo. Tranquila, cuéntamelo todo.

Es en ese momento cuando me derrumbo y, abrazándola con fuerza, empiezo a llorar sobre su hombro. Entre hipidos y llantos contenidos, le explico mi historia con la excéntrica artista. Su extraña forma de abordarme, el modo en que poco a poco se me ha ido metiendo en la sangre y, para terminar, su advertencia de que jamás podrá enamorarse de una sola persona ni sentirse atada a nadie en concreto porque ella ama a la Totalidad del género humano.

Aunque evito los destalles más escabrosos, Irene no puede disimular una viva sorpresa al enterarse de que su mejor amiga, aquella a la que creía

conocer mejor que a nadie, ha tenido sexo con otra mujer. Cuando termino, me mira afectuosa y pregunta incrédula:

—Entonces… ¿te has enamorado de ella?

Esta mañana, al levantarme y hacerme yo misma esa pregunta, creía que no podía responderla. Ahora, junto a Irene, sabiéndome apoyada por ella y cuando todo parece perdido, descubro que sí, que tengo la respuesta, y que solo puede ser una:

—Me levanto pensando en ella, paso el día rememorando minuto a minuto lo que ocurrió la última vez que nos vimos y me duermo contando las horas que faltan para volver a verla. Diría que sí estoy enamorada.

Ninguna de las dos acierta a decir nada durante muchos minutos. Luego, de pronto, caigo en la cuenta de que Irene también es amiga de Claudia. Aparte de servirme de paño de lágrimas, quizá mi amiga pueda darme alguna información sobre algo que me lleva torturando desde que Fugaz salió por mi puerta.

¿Por qué tiene que acompañarla al cumpleaños de una amiga? ¿Por qué no va Claudia sola? Cuando trabajaban en el cuadro que vi, ¿acababan sus noches igual que acabó ayer la nuestra?

Hace rato que las lágrimas han desaparecido. Ahora, cuando vuelvo a mirar a Irene con gesto interrogativo, en su lugar han aparecido unos celos no menos dolorosos.

***

Las preguntas han salido una tras otra como ráfagas de ametralladora. ¿Sabe Irene cómo se conocieron y cómo decidieron irse a vivir juntas? ¿Puede contarme algo sobre el pasado de Fugaz? ¿Alguna vez le ha contado Claudia alguna intimidad de su vida en común? ¿Cree ella que es posible que haya ocurrido algo entre las dos mujeres?

Irene parece abrumada cuando, poniéndose en pie, da un par de vueltas en círculo a mi alrededor antes de contestar:

—No sé gran cosa cariño. Siempre pensé que Fugaz estaba un poco loca, aunque desde luego me parece una chica muy divertida, no te ofendas.

—No me ofendo. Yo también pienso que está completamente pirada.

—En cuanto a Claudia, ya sabes que es hetero, siempre va por ahí con chicos… como tú.

No me gusta nada la forma en la que ha dicho estoy último. Conozco a Irene como la palma de la mano, y esa manera de ir bajando la voz hasta terminar hablando en un murmullo prácticamente inaudible solo puede significar una cosa: me está ocultando algo.

Poniéndome en pie y llegando hasta ella, la cojo por los hombros y la obligo a mirarme a los ojos:

—Si sabes algo, lo que sea, dímelo.

—Vamos Sara, es solo una bobada, y no creo que…

—Irene, por favor. Nada puede ser peor que esta incertidumbre. Dímelo.

Mi amiga me mira verdaderamente preocupada. Comprendo que para ella este momento también tiene que estar siendo especialmente difícil. De las dos, yo siempre he sido la fuerte y la que más éxito tenía con los chicos pero, últimamente, no solo ha cambiado eso, sino que encima se entera de que sufro y tengo celos por culpa de otra mujer.

Rendida por fin ante mi insistente acoso, es ahora ella la que se pone un poco colorada y no se atreve a mantener mi mirada.

—Acabo de recordarlo, en su momento ni siquiera le di importancia. Podría no ser verdad, ya sabes que Claudia es un poco vanidosa y…

—Ve al grano si no quieres que me dé un infarto ahora mismo.

—Está bien, pero por favor no te vuelvas loca ni hagas un drama. Es solo una tontería.

—El drama lo voy a hacer si no me lo cuentas de una vez.

Cogiéndola de la barbilla con una mano, la obligo a mirarme mientras con la otra aprieto su muñeca con fuerza. Mi fiel y vieja amiga apenas sabe cómo empezar pero, finalmente, consigue explicarme lo poco que sabe del asunto:

—Una tarde, al principio de irse a vivir juntas… Claudia me contó que Fugaz trató de seducirla y meterse en su cama. Según me dijo, ella por supuesto se negó, y ahí acabó la historia.

Me he quedado completamente desolada, debo estar blanca como el papel.

—No le prestes demasiado crédito, las dos sabemos cómo es Claudia.

—¿Por qué iba a mentir en algo así? Además… cuadra perfectamente con lo que sé de Fugaz.

Por supuesto que cuadra, y ahora no me cuesta ningún esfuerzo imaginarme la situación: la artista ofreciéndose desinteresada a dar un masaje a su compañera de piso, sus risas, su aire desenvuelto y desenfadado. Poco me importa que Claudia la rechazase y no haya llegado nunca a pasar nada entre ellas. Lo que me mata, lo que me deja totalmente vencida… es darme cuenta de que, para Fugaz, las dos somos lo mismo.

En efecto, Claudia y yo, desde su punto de vista, somos solo dos mujeres hermosas a las que puede querer y con las que puede compartir un momento especial, pero con ninguna de las dos podría sentirse jamás atada de un modo definitivo. Ni con nosotras, ni con nadie, porque ella pertenece al Todo, y porque no está dispuesta a renunciar a Nada. Malditas sean sus mayúsculas y maldita sea la tarde en que la conocí.

Y lo peor es que ni siquiera puedo sentirme traicionada por ella como me sucedió con Pablo. Fugaz siempre ha sido sincera, nunca me ha dicho nada que fuese falso y tampoco me está echando de su lado. El problema es que, mientras yo quisiera que me dedicase los siete días de la semana, ella podría entregarse al cien por el cien el lunes a mi lado… y con similar intensidad con otra persona distinta el martes.

Después de asegurarle mil veces a Irene que estoy bien y que puede irse dejándome sola, me sorprende descubrir que he perdido totalmente el miedo. Total, las cosas ya no pueden ir peor de lo que van, no tengo nada que perder.

Mañana, antes de que salgan juntas para ir al famoso cumpleaños, me presentaré en casa de Claudia y Fugaz y pondré todas las cartas sobre la mesa.

***

Sin embargo, cuando llega el momento, y parada delante del portal de su casa, dudo. ¿Qué voy a conseguir, aparte de montar un espectáculo? Fugaz no va a cambiar su forma de ver la vida porque yo se lo pida, nadie puede elegir de quién se enamora y cuándo. Además, voy a exponerme a la mirada socarrona de Claudia, una mujer que siempre me ha sido antipática.

A pesar de todo, estoy decidida. Quiero que Fugaz descubra que soy más fuerte de lo que piensa, y también que sepa lo que siento realmente por ella. Al menos, lo habré intentado.

Apretando los dientes, toco en su puerta y espero con el corazón a cien por hora que alguien salga a abrirme.

***

La cara de Claudia al verme refleja una viva sorpresa.

—¿Sara? ¿Cómo sabes mi dirección?

—Me la dio Fugaz.

—Vaya… no me había dicho nada. Pero pasa, estarás pensando que soy una maleducada.

Una maleducada no, una exhibicionista sí. Porque vivir con una chica que se te ha insinuado y moverte vestida así por la casa tiene delito. Me ha recibido con una camiseta sin mangas que deja una más que generosa parte de sus pechos al descubierto y, cuando me ha precedido hacia el interior, he podido darme cuenta de que el pantalón corto de su pijama no tapa tampoco demasiado los cachetes de su trasero.

Al menos, su reacción parece indicar que no sabía que Fugaz y yo tuviéramos relación alguna, y saber que en ese sentido no he sido traicionada me infunde alguna confianza.

—¿Te apetece un café? Fugaz está en la ducha, saldrá enseguida.

—No, gracias.

—No esperaba esta visita… ¿vienes a hablar con ella?

Buena pregunta. ¿A qué vengo exactamente? Claudia se ha sentado frente a mí y ha cruzado las piernas con ese aire orgulloso que siempre tiene y que parece decir: “mira lo buena que estoy”. Sus piernas son, desde luego, perfectas, y pensar en Fugaz dibujando rosas sobre ellas me hace sentir tan triste que estoy a punto de levantarme y salir huyendo.

Si no me decido a hacerlo es porque, de pronto, la artista aparece sin hacer ruido, envuelta en una toalla y descalza. Una sensación indescriptible de fracaso me sacude con crueldad. Viven juntas, las he pillado medio desnudas a las dos, sé cómo entiende Fugaz la vida, ¿qué esperanza puedo tener? Tanto si se ha acostado con Claudia como si no, es ridículo soñar con que se entregue a mí y me diga que me ama con locura y no desea volver a estar nunca con nadie que no sea yo.

—Hola Sara, ¡qué sorpresa!

—No me habías dicho que le hubieras dado nuestra dirección.

—No te cuento todo lo que hago —responde sin perder la calma Fugaz—. ¿Te apetece tomar algo?

Ahora, las dos me miran expectantes. Es evidente que tengo que dar algún tipo de explicación, pero no sé por dónde empezar. La una con un pijama mínimo y la otra recién salida de la ducha y cubierta con una toalla, ¿habré interrumpido algo? No puedo irme de aquí así, me doy cuenta de que solo me queda seguir adelante o me moriré de angustia.

—He venido a hablar contigo Fugaz.

A mi izquierda, la cara de Claudia refleja un interés creciente. Frente a mí, mi amada me mira muy seria, ¿estaré empezando a parecerle una acosadora?

—A solas —añado con dificultad mientras trago saliva.

—Por supuesto. Ven a mi cuarto.

Noto la mirada de Claudia fija en mí cuando me levanto de mi sitio y sigo a su compañera hasta su habitación.

Si hay algo de justicia en el mundo, desearía que, en este momento, sintiera al menos la décima parte de los celos que ella me ha hecho sentir a mí.

***

—Disculpa el desorden, reconozco que soy un verdadero caos.

Fugaz no miente. Jamás había visto tal barullo de libros, camisetas, bocetos de dibujos y multitud de objetos de todo tipo diseminados sin orden aparente. A pesar de todo, saber que es su cuarto hace que me parezca un lugar agradable de inmediato. Es una habitación muy luminosa y amplia, y…

—¿Te apetece un poco de sexo rápido? Claudia y yo no tenemos que salir hasta dentro de dos horas.

No puedo creerlo. Al mismo tiempo que decía esto, se ha quitado la toalla. Su cuerpo me parece más hermoso que nunca, con su espalda elegante, su talle esbelto y sus glúteos provocativamente turgentes. Sus pezones, como siempre, parecen a punto de reventar de vida, de fuerza, de pasión.

—Suena bien pero… no he venido a eso.

En su cara se dibuja un gesto travieso, mezcla de decepción y curiosidad. Con una calma que me exaspera, me da la espalda y rebusca en el montón de ropa informe que tiene sobre la cama. Mientras observo esas nalgas que parecen invitar a ser palmeadas, me pregunto por un instante si no debería aceptar su oferta, pero enseguida deshecho la idea.

Por mucho que pueda apetecerme, ¿de qué serviría? Es evidente que le gusto y que le apetece acostarse conmigo. El problema es que tal vez no hoy, pero sí mañana o pasado, conocerá a otra persona, hombre o mujer, con la que también le apetezca explorar el maravilloso mundo del sexo. Y estoy segura de que, con total inocencia, podría contármelo y seguir considerándome una persona especial a la que desea tener cerca. ¡Es desesperante!

Por fin, Fugaz ha encontrado unas bragas limpias y se las pone. Luego, coge una camiseta arrugadísima y, entonces, sus pechos apenas insinuados desparecen, pero no sus pezones, que se marcan claramente a través de la tela cuando se vuelve hacia mí.

—Entonces, ¿a qué has venido? Pareces preocupada.

Ha llegado el momento. ¿Qué decir que no la espante definitivamente? Tomando aire, empiezo por lo que me parece más sencillo.

—Ayer llamé a Irene y le conté lo nuestro.

La artista me mira apreciativa y ladeando la cabeza.

—¿Le contaste que tú y yo…?

—No entré en detalles, pero sí. Le conté que me gusta meterme en la cama contigo.

—Estoy orgullosa de ti Sara. No pensé que lo hicieras tan rápido.

Se ha acercado a mí y me ha abrazado como a una buena amiga. ¡Huele tan bien esta mañana! Cuando se separa, sus pecas acompañan esa sonrisa traviesa que me quita el aliento.

—Ahora, imagino que debo cumplir mi parte del trato.

Ni siquiera sé que está hablando hasta que añade:

—Querías saber si Claudia y yo habíamos estado juntas en alguna ocasión.

En realidad, ahora ya no me importa tanto. Si nunca va a poder enamorarse de mí, tampoco necesito saber detalles que puedan hacer que todo resulte más doloroso. Estoy a punto de pedirle que calle cuando ella, anticipándose, lo cuenta de un tirón:

—Una noche, después de haber estado todo el día juntas en casa trabajando en su retrato, Claudia intentó meterse conmigo en la cama. Es muy hermosa, pero hay algo en ella que no me atrae. La veo solo como amiga, de modo que la rechacé. Y eso fue todo, nunca ha vuelto a ocurrir nada entre nosotras.

Me he quedado totalmente descolocada. En bragas y con la camiseta, Fugaz abre la ventana de su cuarto, se tumba en la cama, rebusca en la mesilla, y saca un porro de la cómoda.

—¿Te apetece fumar? Si no vamos a follar…

—¿A estas horas?

—No sabía que hubiera una hora buena para buscar la Perfección. Una agradable visita sorpresa, un día maravilloso por delante... Anda, descálzate y túmbate a mi lado.

A veces, me pregunto si sería capaz de conformarme con lo que me ofrece. Un poco de ella podría resultar más que todo de cualquier otra persona, pero… No quiero sufrir más, no quiero vivir siempre con miedo a perder y salir derrotada.

Sin embargo, ahora no puedo resistirme a hacer lo que me pide. Quitándome las deportivas, me acomodo a su lado en la cama. Nuestros hombros se tocan y sus piernas desnudas rozan la tela de mis vaqueros. Cuando me pasa el canuto, le doy una calada larga y profunda. Luego, mirando al techo, comento en voz baja.

—¿Sabes que ella no cuenta la misma versión de la historia?

—¿Perdón?

Tengo la sensación de que, en estos momentos, se ha olvidado por completo de su compañera de piso. Saber que no le importaría hacerlo conmigo estando ella tan cerca me hace sentir, quizá de forma absurda, mucho más fuerte de lo que creía. ¿Y si al final todo sale bien?

—Claudia le contó a Irene que fuiste tú la que trató de seducirla y que ella te rechazó.

Fugaz sonríe, da una calada larga, y luego me pregunta:

—Y tú, ¿a quién de las dos vas a creer?

No tengo la menor duda de quién dice la verdad. Por otra parte, y aunque hace poco dije que ya no me importaba tanto si había habido algo físico entre ellas, admito que saber que Fugaz me aprecia mucho más que a Claudia me ha dado una paz que me parecía imposible media hora antes.

—¿Por qué crees que hace eso?

—Vete a saber. Estoy segura de que, de haber sido yo una aburrida y sosa hetero, jamás habría tenido interés por mí. Pero se enteró de que me acuesto tanto con hombres como con mujeres, y entonces debió sentir que era

necesario triunfar también conmigo. De ella fue la idea de posar desnuda, por cierto.

Poco a poco, nos hemos terminado el porro entre las dos. Estoy un poco mareada, pero no es por eso por lo que me siento feliz. Estamos juntas, el sol que entra por la ventana nos calienta la cara de un modo delicioso y sus piernas me parecen divinas. Sin poder evitarlo, lo digo con total espontaneidad.

—Te quiero.

Sonriendo, Fugaz gira la cara hacia mí y me besa en los labios muy suavemente.

—Yo también a ti.

Ojalá pudiéramos quedarnos así para siempre. Ojalá ya nunca tuviéramos que salir de esta habitación. De nuevo miramos las dos al techo sin decir nada, pero al rato es ella la que, con voz cálida, rompe el silencio:

—He pensado en repetir la experiencia de ayer. ¿Me dejarías afeitarte el pubis por completo? Me gustaría hacer una composición que reflejara la inocencia, una especie de cuadro viviente que…

—Creo que me he enamorado de ti.

Las palabras han brotado de mi garganta sin que pudiera controlarlas. Noto que algo ha cambiado, es como si cuerpo se encogiera y mi corazón estuviera a punto de salir disparado de él. A mi lado, Fugaz se incorpora hasta quedar sentada en la cama.

—Joder Sara.

Nuevo silencio, estoy esperando que añada algo, pero por lo visto no piensa hacerlo. Poniéndome en pie, doy una vuelta por su cuarto como una leona enjaulada y, después, me quedo mirándola fijamente.

—Francamente, esperaba algo más efusivo por tu parte después de haberte dicho una cosa así.

Fugaz se abraza las piernas con las manos y apoya la cabeza en sus rodillas.

—Me has pillado… por sorpresa. ¡¿Hace un par de meses eras hetero y ahora me dices que te has enamorado de mí?! ¿Cuántas veces hemos estado juntas? ¿Cuatro?

—Supongo que es el efecto que provocas, según tus propias palabras, ¿o crees que debo pedir perdón porque me gustes tanto?

—Tú también me gustas mucho…

Vamos, dilo, son solo unas palabras, tú que hablas tanto. Uno, dos tres segundos… Fugaz no añade nada más. Desolada, soy yo la que completa su frase:

—Pero no estás enamorada de mí.

Nuevo silencio. Su rostro refleja una tristeza infinita, pero de su boca no salen las palabras que podrían sanar por completo mi alma. Dando media vuelta, intento abrir la puerta de su cuarto, pero entonces ella salta con agilidad de la cama y me coge una mano.

—Espera Sara, no te vayas así. Ya te he dicho que me gustas mucho. No se trata solo de sexo, me importas de verdad, eres una de las personas que siento más cercanas a mí en este momento.

Aunque lo que dice me consuela, no es ni mucho menos lo que desearía escuchar en este momento.

—Yo no quiero ser "una de las personas más cercanas". Quiero ser la primera, la segunda y la tercera, quiero ser *la única* a la que consideres importante.

—Otra vez lo mismo, siempre me sucede igual. Te conté lo de Susana, te advertí…

—¿Que no debía enamorarme de ti? No me jodas Fugaz, ¿cómo se hace eso? ¿Puedo quererte pero solo un poco?

Ahora nos damos la espalda las dos. Notar que ella sufre amortigua mi dolor, pero me exaspera que, queriéndonos las dos como sin duda nos queremos, esto deba terminar mal por culpa de su extraña manera de entender la vida.

A la desesperada, giro sobre mí misma y pongo una mano en su hombro.

—Lo pasamos muy bien juntas. Nos reímos, tenemos muchas cosas en común, el sexo es increíble…

—Claro que sí, y no tenemos por qué perder todo eso —dice volviéndose y mirándome con sus hermosos ojos grises—. ¿Por qué no podemos seguir así?

—Porque el amor es egoísta Fugaz. Porque no quiero que me lo des todo una noche y me digas que debo esperar turno para volver a verte porque hay muchas otras personas interesantes a las que quieres conocer. Porque

necesito tenerte a mi lado todos los días y a todas horas, y construir contigo…

Me he callado al ver la expresión desolada de su mirada. Fugaz cabecea, me coge una mano y acaricia mi mejilla con la otra:

—Pero yo no soy así Sara. Lo sabías desde el principio. Yo así me asfixio, yo necesito abrirme al mundo y sentirme parte de cuanto me rodea. Yo te quiero… pero no puedo jurarte fidelidad eterna.

Una lágrima acaba de aparecer resbalando por una de sus mejillas y, acercándome un poco, la enjugo con mis propios labios. Luego, me retiro y la contemplo tristemente durante mucho tiempo.

—No puedo compartirte con nadie Fugaz. Lo siento.

—Podemos ser amigas, como ahora Susana y yo.

—No creo que sea posible. Me mataría verte con otra persona. No soporto la idea de pensar que algún día pudieras desear pintar margaritas alrededor de un pezón que no sea el mío.

—Pero no quiero perderte, no quiero que salgas de mi vida. Conocerte…

He puesto el dedo índice sobre sus labios, obligándola a callar. Luego, he retrocedido despacio, luchando por no echarme a llorar cuando he visto dos enormes lágrimas deslizándose de nuevo por sus mejillas.

Con piernas de trapo que no parecen capaces de sostenerme, salgo de su cuarto. Al pasar por el salón, Claudia me mira con gesto interrogativo. Sin duda se está preguntando de qué hemos podido estar hablando durante tanto tiempo. Parándome un segundo frente a ella, pongo los brazos en jarras y lo suelto de golpe:

—Fugaz y yo somos amantes, ¿algún problema?

No le he dado tiempo para contestar. Con un portazo, he salido como alma que lleva el diablo.

Solo al llegar a mi casa, a solas, empiezo a llorar con desconsuelo.

Solo cuatro

Han pasado seis meses desde mi charla en casa de Fugaz. Los primeros fueron horribles. Me levantaba cada día con un nudo en la garganta y miraba el móvil anhelante en cuanto tenía ocasión. Ni una llamada por su parte, y tampoco yo me decidía a dar el primer paso. ¿Y si contestaba Claudia? Además, ¿qué quedaba por decir? Simplemente, las dos

esperábamos cosas diferentes de la vida y, por mucho que nos gustásemos la una a la otra, eso no era suficiente como para pensar en establecer una relación sólida.

Afortunadamente, cuando más desesperada estaba apareció Ricardo. Es un chico alto, fuerte, bastante guapo y muy simpático. Llevamos dos meses juntos y lo pasamos bien. Es divertido y razonablemente bueno en la cama… y todo el mundo dice que hacemos una pareja encantadora.

¿Que si creo que puede ser el hombre de mi vida? Si algo he aprendido en los últimos tiempos, es a tomar las cosas con calma y no pensar demasiado en el futuro.

***

Esta noche, Irene celebra una de sus famosas fiestas y nos ha invitado a Ricardo y a mí. Debo precisar que a él no le apetece demasiado asistir, dice que le apetecería pasar más tiempo a solas conmigo, que siempre estamos con amigos. Tal vez tenga razón. Es posible que no me divierta estar con él tanto como yo misma intento creer.

No es que no me guste pasar tiempo a su lado. Es solo que, a veces, tengo la sensación de que con un rato tengo suficiente. Un cine, una cena en algún sitio, un polvo apresurado en el asiento trasero del coche y a casa. No me parece un mal plan.

Este viernes, por ejemplo, no le he dicho que mis padres vuelven a estar fuera durante todo el fin de semana. La idea de dos días enteros con él alrededor me resulta un poco asfixiante.

Quizá deba empezar a admitir que Roberto es agradable… pero de ningún modo el hombre de mi vida.

***

—Estás divina, como siempre. Te odio.

Cuando nos recibe, Irene me abraza tan fuerte que casi me hace daño. Sabe que lo he pasado mal y desea tanto como yo que mi vida regrese a la normalidad. En cuanto a ella, sigue con Rubén, e incluso empiezan a hablar de irse a vivir juntos. Me alegro de verla feliz, ¿quién iba a decirnos hace unos años que, de las dos, ella sería la primera en independizarse para irse a vivir con un chico?

—¿Voy a por algo de beber?

Es la segunda o la tercera ocasión en la que vengo aquí con Roberto y ya se desenvuelve con soltura entre los amigos de Irene. Mientras espero a que vuelva, le veo avanzar entre la gente que baila, saludar a Rubén y a un par de chicas que conocimos en la última fiesta y desaparecer finalmente en busca de una copa.

Sí, es agradable estar aquí. Buena música, algo de picar, gente divertida a la que conocer y…

—¿Qué tal todo con Roberto?

A veces, tengo la sensación de que, más que mi mejor amiga, Irene es mi segunda madre.

—Bien, todo bien.

—¿De verdad?

—Claro, ¿por qué me lo preguntas?

—No sé. Quizá sean cosas mías. Es que… no te veo muy entusiasmada.

Reprimiendo un gesto de desagrado, trato de responder aparentando buen humor:

—No pienso casarme con él como tú con Rubén pero, de momento, estamos bien.

Mi amiga se queda mirándome pensativa. Ya conozco bien ese gesto, significa que tiene algo que decirme.

—De acuerdo, dispara. ¿Qué sucede?

—Ayer me encontré con Fugaz en el supermercado mientras compraba cosas para la fiesta. No sé cómo, pero terminó autoinvitándose. Espero que no te importe.

Me he sentido como si alguien me levantara sobre el suelo, me hiciera girar varias veces a toda velocidad sobre mí misma y, después, me dejara caer de golpe en el mismo sitio. De pronto tengo el estómago revuelto y me parece que hace un calor insoportable en la casa.

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a importarme?

Otra vez, Irene se queda mirándome más fijamente de lo que me gustaría. Odio cuando hace eso.

—Escucha Sara, yo…

Mi fiel amiga no puede terminar lo que sea que quisiera decirme, porque Ricardo ha aparecido a nuestro lado con una copa en cada mano y una

amplia sonrisa. Un poco melodramáticamente, me cuelgo de su cuello y le estampo un sonoro beso en los labios.

Quiero que Irene se dé cuenta de que todo va estupendamente.

***

Una hora después, mi novio y yo bailamos en una esquina del concurrido salón, tengo la segunda copa en la mano y sigo pensando que hace un calor espantoso.

—¿Esperas a alguien?

—¿Qué?

—Llevas toda la noche muy distraída y mirando cada cinco minutos hacia la puerta.

Espero que las luces suaves que ha puesto Irene hayan ocultado parcialmente el rubor que sin duda ha cubierto mis mejillas al escuchar las palabras de Roberto. Tengo que relajarme, ¿qué me importa a mí si Fugaz aparece o no en la fiesta? Además, es casi la una de la madrugada, seguro que al final ha cambiado de opinión. Sería lo más lógico, porque puede imaginar que es probable que yo esté aquí y que sería incómodo encontrarse conmigo.

Justo cuando este razonable pensamiento empieza a calmar mis ánimos, siento que la sangre se hiela en mis venas, que mis piernas flaquean y el pulso comienza a latir en mis sienes aceleradamente.

Al otro lado de la sala donde nos encontramos, saludando a Irene, está Fugaz. No ha cambiado nada: lleva su gorra, su chaleco con camiseta y sus vaqueros varias tallas más grandes de lo que necesita.

En realidad, sí ha cambiado algo. Viene cogida de la mano de un chico.

***

Poniéndome un poco de puntillas para compensar la diferencia de altura, acerco los labios al oído de Roberto.

—Acabo de recibir un mensaje de mis padres. Pasarán la noche fuera.

Su rostro se ilumina y una de sus enormes y fuertes manos se posa muy cerca de la parte donde la espalda pierde su nombre.

—Dijiste que este fin de semana estarían en casa.

—Por lo visto han cambiado de opinión.

—¿A estas horas de la noche?

—¿Oye quieres venir a mi casa sí o no?

—Claro mujer, menudo genio tienes hoy. Pero… ¿nos vamos ya? Al menos, vamos a terminar la copa.

—¿No eres tú el que se queja de que no estamos nunca solos?

Roberto me mira visiblemente sorprendido pero, antes de que pueda decir algo para suavizar mi tono alterado, veo que sus ojos miran a alguien que se acerca por mi espalda. Al girarme, me encuentro cara a cara con Fugaz.

—Hola.

—Hola.

Los ojos grises, las pecas alrededor de la nariz, los labios fruncidos en esa extraña sonrisa a medias burlona y a medias cálida y acogedora. Tengo que concentrarme en respirar despacio para no perder la compostura.

—Me alegro de verte. ¿Quién es tu amigo?

—Este es Roberto, mi novio.

—Hola Roberto, soy Fugaz, una amiga de tu chica.

—Encantado.

Pocas cosas me han parecido tan extrañas en la vida como el ver a las dos últimas personas con las que me he acostado saludarse con dos besos.

—Este es Jaime. Alguna vez te hablé de él, el chico que estrenaba una obra de teatro, ¿recuerdas?

Ni siquiera le había visto. Ante mí, tengo un joven más o menos guapo pero de aspecto enclenque. De un modo ridículo, se me ocurre pensar que, como Roberto le saca la cabeza, al menos en eso he conseguido un triunfo rotundo sobre Fugaz.

—Así que tú eres Sara —dice Jaime después de besarme—. No te imaginas cuánto habla Fugaz de ti. Sara esto, Sara lo otro…

Si mi memoria no falla, cuando le pedí a Fugaz que se quedara en mi casa una noche más después de la sesión de body painting, me dijo que, entre otras cosas, tenía que ayudar a un amigo a ensayar el texto de una obra de teatro. Si aquel amigo y Jaime son el mismo, es posible que ya en aquel entonces hubiera algo entre ellos.

Tengo que salir de aquí, esto me está afectando mucho más de lo que esperaba. Creía tenerlo superado pero ahora me doy cuenta de mi error. Fugaz es peligrosa para mí, es una adicción, un agujero negro que me

succiona y no me deja respirar. Si pudiera, en estos momentos saltaría sobre la cara del pobre Jaime y le arañaría como una gata en celo para dejarle marcado de por vida.

Sin embargo, lo primero es disimular y no mostrar las heridas. Con la mejor de mis sonrisas, digo justo lo contrario de lo que pienso:

—Me alegro de haberte visto Fugaz. Roberto y yo ya nos íbamos. Tenemos que quedar un día los cuatro.

El rostro de Fugaz tiene una expresión ambigua cuando me despido de ella. Besar sus mejillas como si se tratara de una simple conocida ha sido una de las pruebas más difíciles que he superado en mi vida.

***

Mientras caminamos hacia el coche, Roberto se muestra intrigado por el breve encuentro que acabamos de tener.

—¿Quién es esa chica tan rara?

—Es una amiga de otra amiga en común, nadie importante.

—Pues, por lo que ha dicho su novio, ella sí debe considerarte importante a ti.

—Son cosas que se dicen para quedar bien.

Justo cuando llegamos a la esquina donde tenemos el coche, Roberto se echa la mano al bolsillo y suelta una maldición.

—¡Me he dejado las llaves en la cocina! Tuve que usarlas para abrir una botella de cerveza.

—Venga, ve corriendo. Yo te espero aquí.

—¿No prefieres venir conmigo?

—No joder. Hace mucho calor ahí dentro. Te espero aquí.

Tengo la sensación de estar siendo muy injusta con él al darme cuenta de cómo se queda mirándome fijamente unos segundos.

—Desde luego, esta noche estás rarísima.

Luego, da media vuelta y se dirige a la fiesta con grandes zancadas.

***

—Al final, el destino permitió que volviéramos a encontrarnos. Como Oliveira y la Maga, ¿recuerdas?

No me lo puedo creer, ¿de dónde ha salido Fugaz? ¿También tiene la habilidad de caminar sin ser vista?

—¿Me has seguido?

La intensidad con la que me miran sus ojos grises me deja sin fuerzas. Es como si, en lugar de seis meses, solo hubieran pasado seis horas desde la última vez que nos vimos.

—Solo quería saber que de verdad estás bien.

—Pues ya ves que sí —digo mientras hago un gesto en dirección al sitio por donde acaba de desparecer Roberto.

Ahora ninguna de las dos dice nada. No me engaño, sé que ella puede leer en mi interior como en un libro abierto pero, incluso así, creo que hay cosas que es mejor no decir en voz alta. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, suavizo mi tono antes de preguntar:

—¿Y tú? ¿Estás bien tú?

—Como siempre. Buscando el Infinito en lo cotidiano, ya me conoces.

Esto me está matando, ¿qué estará haciendo Roberto? ¿Cuánto se tarda en recoger unas estúpidas llaves?

—Te he echado de menos.

—¿Jaime es tu novio?

Lo he soltado a bocajarro, sin poder evitarlo.

—No.

—Pero te acuestas con él.

—A veces.

—¿Es tan importante para ti como lo era yo?

Angustiada, miro por encima de su hombro. He cambiado por completo de opinión, sería terrible que Roberto apareciera e interrumpiera antes de tiempo esta conversación.

—Para mí, cada persona es diferente y tiene su propio hueco. Y te aseguro que ocupas un lugar privilegiado en mi memoria.

—Eso no responde a mi pregunta.

La artista resopla, como buscando las palabras. Es evidente que solo ha venido a esta fiesta para verme pero, por mucho que eso me agrade, está muy lejos de ser suficiente para mí.

—Hace ya seis meses. He dejado pasar ese tiempo porque no quería hacerte daño, pero no ha pasado un día sin que me acordara de ti. Ahora, tal vez…

—Yo no soy Susana —la interrumpo casi con violencia—. Yo no puedo ser tu amiga.

—Me duele que salgas de mi vida.

—Lo quiero todo o nada. Y dejo que seas tú quien decida dónde poner la mayúscula.

Roberto aparece justo cuando las dos empezábamos a hacer esfuerzos evidentes para no echarnos a llorar. Se queda mirándonos sorprendido, sin entender qué está ocurriendo. Cuando los dos entramos en el coche, y mientras conduce, me doy cuenta de que tendré que explicarle muchas cosas.

Entre ellas, que no va a venir a dormir a mi casa y que hemos terminado. Ya no me quedan fuerzas para seguir con esta farsa.

***

He pasado una noche terrible. En cierto modo, es como haber perdido dos veces a Fugaz. Una, hace seis meses, y otra, hace tan solo unas horas.

No dejo de repasar una y otra vez algo que dijo ella durante nuestra última conversación en su casa: “sin contar nuestro encuentro de hoy… ¡solo nos hemos visto en cuatro ocasiones!” ¿Cómo es posible entonces que la lleve clavada de un modo tan profundo? Nunca he creído en el amor a primera vista y no tengo su supuesto don para identificar almas gemelas. Sin embargo, y por absurdo que parezca, me doy cuenta de que sigo rota por dentro y de que nunca quise a nadie como todavía la quiero a ella.

Tal vez, mi dificultad para olvidarla se deba al hecho de saber que ella también me quiere. Si supiera que no le importo o le soy indiferente, es posible que todo resultara más sencillo. Pero sé que es sincera cuando me busca y dice que me necesita en su vida, y los pocos ratos que pasamos juntas fueron de una intensidad tan brutal que, en lo más profundo de mi corazón, me doy cuenta de que no sirve de nada tratar de ser racional.

Solo estuvimos cuatro veces juntas, sí, pero ahora, desde la distancia, me doy cuenta de que a su lado pasé las cuatro mejores noches de mi vida.

La tregua

El sábado me levanto tardísimo y, solo con gran esfuerzo, llego al cuarto de baño y me lavo la cara. Apenas he pegado ojo, tengo unas ojeras enormes y mi pelo es un espanto. Si sigo así, en poco tiempo pasaré de ser la *gran* Sara a la *horrible* Sara.

Además, para terminar de rematar mi desgracia he cortado con Roberto. Al menos, con él tenía un poco de compañía; ahora pasaré el sábado entero sola, tumbada en el sofá y viendo películas antiguas. Ni siquiera tengo apetito, ¡ojalá no hubiéramos acudido ayer a esa dichosa fiesta!

El timbre del telefonillo me sorprende todavía en pijama. ¿Quién puede llamar a estas horas? No he pedido nada y son solo las diez de la mañana, seguro que se trata de un paquete equivocado, mejor ni contesto. Al tercer timbrazo, tan furiosa que no me gustaría estar en la piel del repartidor de turno, descuelgo el aparato con voz desabrida:

—¿Quién es?

—Sé que estás en casa, abre.

No puede ser. El tono guasón, la voz cálida… ¿es Fugaz? Sin duda, estoy más desesperada de lo que me atrevo a reconocerme a mí misma. Siempre que veo una chica de su estatura y vestida de forma parecida por la calle, el corazón me da un vuelco, y solo me calmo cuando compruebo que era una falsa alarma. En una ocasión, seguí a una desconocida que iba en dirección opuesta a la mía durante varias manzanas hasta que por fin pude verle la cara y descartar que fuese ella.

—No pienso marcharme. Si no abres me quedaré aquí tocando el telefonillo toda la mañana.

¡Es Fugaz, es Fugaz! Y yo estoy horrible, en pijama y con el pelo como si hubiera metido los dedos en un enchufe.

Presa de un nerviosismo cruel, abro la puerta del portal, corro al cuarto de baño y trato de arreglar el desaguisado lo mejor posible mientras sube el ascensor. Al menos, el pijama no es demasiado feo, consiste en una sudadera con la cara de Mickey Mouse y un pantalón blanco que me sienta bastante bien.

Con el pelo recogido en una coleta, salgo a recibirla a la puerta de casa.

Fugaz viste su uniforme habitual pero, como ya es costumbre, la veo más bonita que nunca.

***

—¿Puedo pasar?

Me hago a un lado sin decir nada y ella entra con sus habituales andares felinos y silenciosos. Luego, nos quedamos mirando, esperando cada una que sea la otra quien dé el primer paso.

—¿No vas a ofrecerme un café?

—¿A qué has venido?

—Veo que no te has levantado de muy buen humor.

—Podría estar Roberto en mi cuarto, ¿no lo has pensado?

—Sabía que tus padres estaban fuera, tengo mis fuentes de información. En cuanto a Roberto, he decidido arriesgarme, aunque ya sabes que yo estas cosas las percibo. No hacéis buena pareja.

—Todo el mundo dice lo contrario.

—¿Todavía no has aprendido que suele ser justo el que dice lo contrario a la mayoría el que lleva razón? Especialmente, cuando la que opina soy yo.

Odio esa risita de suficiencia, todo pecas y ojos chispeantes. La odio porque me resulta irresistible. Por cierto que, en cuanto pueda, tendré unas palabritas para Irene, pues solo puede haber sido ella quien le contase a Fugaz que mis padres estaban fuera.

Pero volvamos al presente, porque la intrusa se pone seria y, sentándose sin mi permiso, me habla en tono apaciguador.

—He decidido que no voy a aceptar que sigamos sin vernos.

—¿Cómo?

—Fue una decisión que tomaste exclusivamente tú, y nos hace daño a las dos.

—Me temo que no puedes decidir eso por tu cuenta.

—Claro que puedo, aquí estoy.

En ocasiones consigue sacarme de mis casillas, y esta sin duda es una de ellas.

—Corta con Jaime, o como se llame, sal solo conmigo y podrás verme todos los días.

El miedo se apodera poco a poco de mí, porque sé que es malo hacerse ilusiones para ver después cómo se estropea todo de nuevo. A veces, es mejor el dolor rutinario y menos intenso que rozar el cielo y perderlo todo en un segundo.

—¿Me estás pidiendo que seamos una pareja estable? ¿Que visitemos a nuestros padres, tengamos una cuenta común en el banco y no salgamos nunca con otras personas?

—Es lo que hacen los adultos.

—Sabes que eso no puedo prometértelo Sara. Si solo se tratase del aspecto sexual, sería más sencillo, podría renunciar a acostarme con otras personas por ti. Lo que no puedo evitar es… quererlas.

—¿Quieres a Jaime?

—Sí.

—¿Tanto como a mí?

Me aterra pensar en el momento en que vuelva a salir por mi puerta tanto como seguir escuchándola, porque después de esta entrevista sé que voy a quedar devastada y que Irene tendrá que volver a acudir al rescate.

—¿No te basta con que te diga que siento que me falta algo desde que saliste de mi vida? Eres muy importante para mí Sara. La noche que pasamos juntas en este mismo salón fue una de las más hermosas de mi vida.

—Ahí está el problema. La noche que pasamos juntas en este salón fue, sin duda, *la más hermosa* de mi vida.

Ahora ninguna dice nada, y sé que todo acabará en cuanto se terminen los argumentos. ¿Volveremos a encontrarnos alguna vez? Me falta la respiración al pensar que lo más probable es que la respuesta a esa pregunta sea un rotundo no. Desolada, necesito reunir todas mis fuerzas para decir algo que me rompe en mil pedazos:

—Creo que deberías marcharte.

—No.

—¿Cómo?

—Que no me marcho, no acepto que esto termine así. Mi vida es mucho más interesante si tú estás en ella.

—Ya te he dicho antes que eso no solo depende de ti.

—Habrá un término medio, es cuestión de negociar.

—¿Estás de broma?

Fugaz se pone en pie y, al estilo del mejor político, intenta convencerme con su habitual tono apasionado:

—Tú quieres que seamos una pareja como cualquier otra, aburrida y con certificado de posesión, pero yo me pongo mala solo de escuchar la palabra “novias”. Podríamos llegar a una especie de acuerdo.

—¿Un acuerdo?

—No te voy a dejar salir de mi vida Sara. Fue el mayor error que he cometido nunca y no estoy dispuesta a repetirlo. Pero tampoco voy a dejar ahora a Jaime. Le quiero y me necesita, es un chico encantador. Si le conocieras…

—¿Me estás proponiendo que acepte compartirte con él?

—Al menos durante un tiempo, hasta que…

—Estás loca.

Fugaz alza una mano con el índice extendido y me mira, repentinamente seria.

—No vuelvas a decirme que estoy loca, por favor. Que tú no puedas entenderme no significa que esté loca. He venido aquí porque te quiero, porque necesito encontrar una forma de seguir a tu lado sin dejar de ser yo misma. Llámame ilusa, estúpida o lo que quieras, pero deja de decir que estoy loca simplemente porque veo las cosas de otro modo. ¿Nunca has querido a dos personas a la vez?

Por increíble que pueda parecer, su locuacidad está a punto de convencerme. ¿No sería mejor tenerla a medias que perderla por completo? Pero no, yo nunca he querido a dos personas a la vez, y sé que, a la larga, eso no funcionaría.

—Lo que me pides es imposible.

Frente a mí, reaparece poco a poco la Fugaz que todo parece tomarlo a broma y nunca se enfada.

—Eso ya lo veremos.

Entonces, sucede algo inesperado, porque, ante mis atónitos ojos, se quita la gorra y el chaleco y los lanza hacia atrás sin importarle dónde caen. Luego, sin perder un segundo, hace lo mismo con las zapatillas, la camiseta y los pantalones.

—¿Qué… qué estás haciendo?

Las braguitas tampoco han tardado demasiado en desaparecer. Completamente desnuda en mi salón, Fugaz me mira sonriendo.

—Cariño, estás a punto de disfrutar del mejor sexo oral de tu vida.

—¿Qué? ¿Te has vuelto…? Vístete, por favor, esto no tiene sentido.

—Lo que no tendría sentido es que una chica que te gusta se presente en tu casa, te ofrezca una comida de coño espectacular como regalo de

reconciliación y tú la rechaces. ¿Quién sería la loca entonces?

Me sobrepasa, lo siento, no puedo manejar a esta mujer que no se parece a nadie que haya conocido antes. Además, tener de nuevo delante esos pezones deliciosos y ese pubis adornado por una espesa mata de vello tan negro como la noche me impide pensar con claridad. ¡Está tan bonita!

—Solo te pido que, al menos por una vez, intentes ver las cosas como las veo yo. Dices que estás enamorada de mí, y yo no deseo otra cosa que hacerte feliz ahora, en este instante. ¿Por qué no eres capaz de disfrutar lo que el Destino te ofrece? Quizá esta tarde nos caiga un árbol encima a alguna de las dos y todo haya acabado, pero ahora estamos juntas, y yo quiero hacer por ti algo bonito.

—¿Llamas… llamas a comerme el coño "hacer algo bonito"? Pensé que era más romántico regalar unos pendientes.

—Pero yo no tengo dinero para eso, y te advierto que también soy una experta en el cunnilingus. Sé unos cuantos trucos que estoy deseando compartir contigo.

Es todo tan descabellado que me cuesta creer que pueda estar hablando en serio. ¿De verdad pretende sellar la paz recurriendo a…?

—Vístete Fugaz, deja de decir bobadas —protesto, aunque me noto cada vez más cerca de claudicar.

—Déjame hacerlo, por favor. Así verás que para mí el sexo tiene un significado diferente al que le da la mayoría, que prefiero dar placer antes que recibirlo y que no tiene sentido que te sientas celosa conmigo.

Está loca, no me cabe duda, pero es una loca maravillosa. ¿Cómo voy a poder echarla de casa? Sé que cuando se marche me sentiré morir, pero ahora la tengo entera para mí, y no me cabe duda de que tan solo pretende curar mis heridas.

No puedo creer que esté dispuesta a dejar que este absurdo siga adelante. Sé que debería obligarla a irse pero, ¿qué conseguiría con ello? Olvidar a Fugaz fue difícil la primera vez, ahora me parece una misión imposible. Además, me gusta, me gusta mucho, y ver su cuerpo desnudo ofreciéndose a mí me enerva mucho más de lo que nadie pueda imaginar.

Sin poder creer mis propias palabras, doy un paso hacia ella y pregunto sin aliento:

—¿Unos cuantos trucos?

Fugaz sonríe. Juraría que sus pezones crecen más y más segundo a segundo, y sus muslos parecen vibrar de felicidad cuando responde:

—Ponte cómoda en ese sillón mientras te lo explico.

Por lo visto, ni siquiera cuando practica el sexo oral es capaz de estar callada.

***

—Vamos a mi habitación, no insistas.

—Nada de eso. Confía en mí, la clave de un buen cunnilingus está en la entrega, por un lado, y la comunicación visual, por otro. Y para eso es preciso que, en lugar de tumbada, estés sentada.

—Pero ese es el sillón donde mi padre se sienta en batín a ver el fútbol, no creo que pudiera…

Muerta de la risa, Fugaz revolotea en cueros a mi alrededor mientras discutimos por el mejor sitio donde instalarnos. Hasta que la conocí a ella, pensé que el objetivo del sexo era simplemente el de obtener placer. A su lado, sin embargo, me estoy dando cuenta de que hay muchos más factores que entran en juego. Poco a poco, Fugaz me hace comprender que el erotismo no tiene por qué dejar de lado el humor, y creo que es precisamente su contagiosa vitalidad y su manera desenfadada de encararlo todo lo que me hace rendirme siempre a sus extravagantes ideas.

Ahora, tenerla en casa después de tanto tiempo sana mis heridas como por ensalmo y, aunque sé que estamos muy lejos todavía de superar nuestros problemas, me doy cuenta de que tengo ante mí la posibilidad de una tregua deliciosa.

Sí, eso va a ser este sábado: una tregua maravillosa, un día perfecto que me sirva para respirar a pleno pulmón después de tanto tiempo. Si mañana debo llorar de nuevo, lo haré, pero hoy el Sol luce radiante en el cielo y no pienso desaprovecharlo.

—No sé cómo te dejo salirte siempre con la tuya.

—¿Quieres dejar de protestar de una vez y quitarte los pantalones del pijama?

De pronto, me doy cuenta de que estoy ansiosa por sentir sus manos sobre mi piel al menos una vez más. Fugaz le imprime a todo cuanto hace un sello personal y cálido que me resulta irresistible y, por eso, en cierto modo siento que es como si nos conociéramos de toda la vida.

Obediente, desabrocho el cordón de mis pantalones y los hago resbalar a lo largo de mis piernas.

—Quítate las braguitas y ponte cómoda. ¿Te apetece un poco de música? Pero que no sea de esa relajante que sueles poner, quiero que…

—Mejor en silencio.

—De acuerdo. Tú mandas.

Ya está, me he quitado las bragas y, desnuda de cintura para abajo, me he sentado en el sillón favorito de mi padre. Al menos, he tenido la precaución de cubrirlo con una de mis toallas de ducha; si mis progenitores sospechasen siquiera lo que su hija está haciendo en este momento, probablemente heredaría antes de tiempo.

No me juzguéis mal por dejarme llevar. Fugaz es muy persuasiva, y me gusta tanto… Ahora, sus ojos chispean y sus pecas me enamoran más y más a cada segundo y, cuando con una sonrisa amplia se arrodilla junto a mí, me siento ya tan excitada como si llevase horas acariciándome.

—Lo primero que quiero que hagas es relajarte. Voy a tomarme todo el tiempo del mundo y vamos a ir paso a paso.

—Me parece bien.

Mientras habla, sus manos acarician mis muslos con un suave movimiento circular, y su menudo cuerpo se apoya levemente en mi pierna izquierda.

—Quítate la sudadera. Espera, te ayudo.

Incorporándose, la alocada artista colabora para que la sudadera de Mickey Mouse desaparezca. Ya estamos las dos totalmente desnudas, yo recostada en el mejor sillón de la casa y ella hecha un ovillo entre mis piernas. ¿Puede existir algo mejor que esto? Por lo visto sí, y estoy a punto de comprobarlo en primera persona.

—Te cuento un poco lo que voy a hacer. Primero, te besaré en el cuello y en el lóbulo de las orejas. Después, descenderé hasta tus pechos y me detendré especialmente en ellos. Por cierto, no sé si te lo he dicho, pero me encantan tus pezones. ¿Sabes qué otra cosa se me ha ocurrido para una sesión de body painting?

—¿Te importaría… centrarte?

Su manera de mover la cabeza a un lado y a otro como si me reprendiese por mi falta de calma consigue que un cosquilleo exquisito me recorra de lado a lado.

—Está bien, está bien, perdona. A continuación, bajaré poco a poco, recorriendo tu cuerpo con la lengua hasta enterrarla unos segundos en tu ombligo. ¿Estás prestando atención?

Su sonrisa me quita la vida. Es amplia, honesta, mortal pero inocente al mismo tiempo. Sé que ayer estuvo con Jaime, pero hay tal franqueza en ella que me resulta literalmente imposible enfadarme y guardarle rencor.

—Por supuesto.

—Estupendo. A continuación, lo que haré será dar pequeños mordisquitos en la cara interna de tus muslos. Suaves, no te asustes. Luego, besaré tus ingles y recorreré despacio la parte exterior de tu vulva con la lengua antes de dedicarme durante un buen rato a tu clítoris. ¿Te parece un buen plan?

—Me… me parece un plan excelente.

Una risa fresca brota de su garganta y me envuelve durante unos segundos maravillosos antes de desaparecer.

—Claro que también podemos optar por la opción B.

—Vaya… ¿hay una opción B?

Dedos en forma de C, opción B… Está loca, por mucho que le moleste oírlo. Ahora no me cabe ninguna duda, y lo peor es que yo debo estarlo también, porque de otro modo no comprendo cómo es posible que pueda haberme colgado de forma tan intensa por esta mujer.

Acurrucada entre mis piernas, su sonrisa se ensancha y, durante unos segundos, no dice nada. Tener su rostro tan cerca de mi sexo me llena de una ansiedad voluptuosa que me cuesta controlar, ¿cuánto va a tardar en dar por finalizado su “prospecto explicativo”?

—La opción B consiste en saltarnos todos los prolegómenos —me informa con la voz más dulce que he oído en mi vida—. Quizá prefieras que empiece a besarte ya… mientras me miras fijamente a los ojos.

¿Prolegómenos? ¿Quién los necesita? A su lado, todo son prolegómenos. Desde el momento en que me saluda, ya sea en una fiesta o durante una visita sorpresa, es como si mi cuerpo se convirtiera en una caldera programada para ir cogiendo temperatura poco a poco, de tal forma que, sin darme cuenta, descubro asombrada que estoy a punto de entrar en combustión.

Por toda respuesta, me quedo mirándola tan fijamente como puedo. Sus pupilas centellean y el gris de sus ojos me acaricia tenuemente mientras,

poco a poco, su boca se va acercando a mi sexo.

Noto cómo se alza mi pecho y se encabritan mis pezones. Mi estómago se contrae y mis muslos vibran de ansiedad. Ya puedo sentir su aliento sobre mí, ya noto su respiración sobre mi piel.

—No dejes de mirarme. Ni un segundo, ¿de acuerdo?

Se trata sin duda de la orden más encantadora y sencilla de cumplir que nadie haya recibido nunca. Parcialmente recostada en mi asiento, fijo mi mirada en la suya mientras sus labios, por fin, se posan suavemente sobre mi sexo.

Es como recibir una descarga eléctrica. ¿No ha sonado un chispazo en el cuarto? Supongo que no, porque sigo viva… ¡maravillosamente viva! La boca de Fugaz me besa despacio, cariñosa, juguetona. Se retuerce sobre mi vagina girando levemente y, a veces, presiona contra mí, apresa uno de mis pétalos… y a continuación tira hacia atrás sin soltar su presa con sabia delicadeza.

Mientras esto sucede, sus enormes ojos grises no se apartan ni un segundo de los míos. No importa que el rostro de mi amante se gire a un lado o a otro, o que en ocasiones se sitúe incluso en un ángulo inclinado. Siempre, siempre, esos ojos que parecen un faro en mitad de la noche se las apañan para mantener el contacto visual conmigo… y el efecto que consiguen es devastador.

Hace rato que mis gemidos resuenan con fuerza entre las cuatro paredes que nos rodean. Ahora, Fugaz abandona un momento su beso eterno y, con la puntita de la lengua, se dedica a masajear concienzuda mi clítoris. Mis senos tiemblan desconsolados y mis brazos se aferran a los costados del sillón con desesperación mientras ella, incansable, besa, acaricia y succiona alternativamente sin dejar de mirarme. Es como si deseara hipnotizarme, como si quisiera comunicarse conmigo sin necesidad de utilizar las palabras que tanto le gustan.

Estoy al borde del desmayo cuando Fugaz, tomándose un respiro, se retira un segundo de mí. Entonces, sus manos me ayudan a alzar una pierna. Enseguida comprendo lo que pretende, y entonces colaboro para dejarla apoyada sobre el brazo izquierdo de mi asiento. Cuando consigue su objetivo, sus labios sonríen y sus ojos me embrujan para siempre.

En la nueva postura, estoy más abierta y resulto más accesible para su lengua, que ahora se cuela en mi interior impetuosa, recorriéndome entera

desde abajo hacia arriba una y otra vez para, enseguida, repetir el proceso casi con violencia. Tan pronto la siento dentro como parece escaparse, pero siempre regresa antes de que pueda sentirme abandonada. Me taladra, me acaricia, me agasaja con habilidad endiablada y me hace gritar, perdido ya todo pudor y mis pechos convertidos en flanes que se mueven enloquecidos mientras yo misma pellizco mis pezones sin ni siquiera darme cuenta.

Y siempre, sus ojos fijos en mí. Son ojos que transmiten sensualidad y erotismo pero, sobre todo… ternura. Cuando el éxtasis me sacude como un relámpago en mitad de la noche, sus pupilas buscan las mías y me acompañan en mi viaje. Mi cuerpo se pone rígido, los dedos de mis pies se enredan unos sobre otros como garfios y mi vientre vibra como un tambor descontrolado.

Gimo, lloro, río, me retuerzo en mi sitio mientras ella, dulcemente instalada entre mis piernas, me besa como si mi sexo fuese la única fuente capaz de saciar su sed. Cuando el huracán desciende poco a poco, Fugaz sonríe, me mira más fijamente todavía y, retirándose al fin, me habla con la voz más cálida del mundo.

—Espero que nunca vuelvas a dudar de lo importante que eres para mí.

Estoy exhausta. Me siento confusa, no sé lo que va a suceder ahora. Acabo de vivir algo maravilloso y, desde luego, no me arrepiento de haberlo hecho. Creo sinceramente que soy más sabia y mejor hoy que ayer, y que eso se lo debo a Fugaz. El problema es que quiero más, lo quiero todo de ella, y no sé cómo vamos a poder superar…

—¿Qué haces?

—Me voy. Me gustaría quedarme, pero tengo trabajo.

No puedo creerlo. ¿Piensa irse así, sin más? ¿Después de lo que acabamos de vivir juntas? Se ha puesto ya la camiseta y rebusca por todo el salón tratando de localizar sus braguitas. Con esfuerzo, cuando mis piernas parecen por fin volver a obedecerme, me pongo en pie y cojo su mano con la mía.

—¿Trabajo?

—¿No te lo había dicho? He encontrado un empleo a tiempo parcial en una pizzería. He decidido dejar de aceptar el dinero de mi padre.

Entonces, sucede algo que, por extraño que pueda parecer, tiene un impacto tremendo sobre mí. Mientras hablamos, Fugaz hace un gesto distraído para quitar de la comisura de sus labios un pelito rebelde. Sé perfectamente de

dónde procede ese pelito, y la expresión serena y tierna de su rostro al retirarlo me conmueve de forma inexplicable. De pronto, soy consciente de que ha venido aquí solo para ayudarme porque anoche se dio cuenta de mi sufrimiento, y lo ha hecho a su estilo, entregándose al máximo y sin esperar ni pedir nada a cambio.

Creo que, al fin, empiezo a comprender a esta indescifrable mujer. Ella hará cualquier cosa que le pida, estará para mí siempre que la necesite y lo hará sin esperar nada a cambio. Igual que ahora, que por fin ha encontrado su ropa interior y, ajena al modo en que la observo, se la pone distraída.

¿Cómo podría sacarla de mi vida? ¿Cómo enfadarme con ella? No se puede acusar de traición a quien te lo cuenta todo, y no sería justo reprocharle que no me quiere cuando empiezo a ser consciente de lo mucho que significo para ella.

Cuando por fin está vestida, viene hacia mí y me acaricia la mejilla con la mano.

—Nos vemos muy pronto, ¿verdad?

No me quedan fuerzas para resistirme más.

—Claro… muy pronto.

Es curioso. Pensé que, al quedarme sola, me sentiría muy desgraciada. En lugar de eso, me noto extrañamente fuerte y repleta de una desbordante energía que sé perfectamente cómo canalizar.

Mi mente está tratando de diseñar un complejo plan de ataque.

El acuerdo

El domingo me levanto radiante y llena de esperanzas. He dormido de un tirón y nunca había tenido tan claro como hoy lo que voy a hacer. Debe ser todo o nada y, por primera vez desde que conozco a Fugaz, me siento optimista y segura de poder colocar yo misma la mayúscula en el “Todo”.

Ni siquiera he puesto especial cuidado en mi vestuario, apenas me he peinado y no llevo encima el menor rastro de maquillaje. Tampoco me paro a pensar cuál sería el mejor momento para presentarme en su casa y decir lo que tengo que decir. Solo cuando llego, me doy cuenta de que apenas son las diez de la mañana. Es muy probable que Fugaz siga durmiendo, y desde luego cabe la posibilidad de que Claudia esté presente, lo que desde luego no sería lo más adecuado para crear un ambiente romántico y favorable a mis intereses.

Ni siquiera eso me detiene. Aprovechando que sale un vecino, me cuelo dentro del portal e, incapaz incluso de esperar al ascensor, subo casi a la carrera los tres pisos de escaleras. Luego, aguardo un par de minutos hasta que mi respiración vuelve a ser acompasada y, controlando un pequeño estremecimiento de temor, aprieto el timbre de su puerta sin vacilar.

***

—¡Sara, qué sorpresa!

Como me temía, Claudia está en casa. ¿Es que va siempre medio desnuda? Aunque estamos a principios de abril, la temperatura está siendo mucho más elevada de lo habitual en esta época del año, y la odiosa mujer me abre la puerta en bragas y con una camiseta holgada que deja ver claramente el nacimiento de sus pechos.

No importa. Hoy, ni siquiera su presencia me va a parecer un mal augurio.

—Hola. Espero no haberte despertado.

—Nada de eso. ¿Te apetece un café?

Mientras la sigo hacia la cocina, me resulta imposible no fijarme en su nalga izquierda, perfectamente visible por culpa de las mínimas braguitas que, descolocándose, han quedado parcialmente atrapadas entre la rotundidad de sus glúteos.

Debo admitir que Claudia es todo un monumento de mujer. Tiene un cuerpo espléndido, y a su lado yo no paso de ser una chica mona sin más. Con una ligera inquietud, reparo en que han pasado seis meses desde la última vez que estuve aquí, ¿habrá sucumbido finalmente Fugaz a la tentación? Reprimiendo unos celos inoportunos que podrían hacer que me desviara de mi objetivo, trato de sonreír y parecer relajada mientras pongo una cucharadita de azúcar en ni café.

—No sabía que Fugaz y tú siguierais en contacto —dice mi anfitriona con pretendida amabilidad.

—Nos encontramos el viernes en una fiesta en casa de Irene.

—Es verdad. Yo no fui porque tenía un plan más interesante… ya me entiendes.

Supongo que hay cosas que nunca cambiarán. Claudia es de ese tipo de personas que no se sienten bien si no intentan por todos los medios hacerte creer que su vida es más brillante que la tuya.

Mientras hablamos, tengo la sensación de que me observa detenidamente. Tenía que haberme arreglado más; con algo de maquillaje, podría al menos estar un poco a su altura. No soy capaz de disimular por más tiempo. Dejando abandonada la taza de café con la que apenas me he mojado los labios, decido no andar por las ramas:

—¿Crees que falta mucho para que Fugaz se despierte?

No soy capaz de decidir si su sonrisa es despectiva, burlona o, simplemente, incrédula:

—No te rindes fácilmente, ¿verdad?

Noto perfectamente cómo suben los colores a mi rostro. Luchando por no subir el tono de voz, intento mostrarme fría e indiferente.

—No creo que eso sea asunto tuyo.

Claudia se estira como una gata en celo e hincha mucho el pecho. En esta postura, su seno izquierdo queda expuesto a mi vista casi por completo, unos milímetros más y el pezón sería perfectamente visible. Cuando vuelve a hablar, tengo la inexplicable sensación de que lo único que desea es hacer todo el daño posible:

—Desde luego que no. Me da exactamente igual lo que haya entre Fugaz y tú.

No entiendo por qué se muestra tan claramente hostil conmigo, a menos que… ¡a menos que esté celosa de mí! ¿Será posible que sea esa la razón de su comportamiento? No creo que esté enamorada de Fugaz, pero sí la creo lo suficientemente inmadura y vanidosa como para no aceptar que, después de rechazarla a ella, la artista se muestre interesada por mí.

—Imagino que, a estas alturas, ya habrás superado el hecho de que te rechazara.

Juro que no es mi estilo, pero admito que, en esta ocasión, he masticado con placer todas y cada una de las palabras de mi última frase. Claudia acusa el golpe, pero enseguida se recupera y contraataca.

—¿Es eso lo que te ha contado ella? Quizá no deberías creer todo lo que te dice.

Es absurdo seguir con esta conversación. Poniéndome en pie, salgo de la cocina y me dirijo al cuarto de Fugaz. Me dijo que su turno en la pizzería acababa tarde y sé que estará cansada, pero no puedo esperar más tiempo para hablar con ella.

—¿Estás segura de que quieres entrar ahí?

Me he quedado paralizada cuando ya tenía la mano en el picaporte. A mi espalda, Claudia me observa con una fingida inocencia que no me gusta nada. Aunque sé que no debería dar credibilidad a nada que proceda de ella, no puedo evitar preguntar angustiada con la mirada.

—Siempre que sale tarde del trabajo, Jaime va a recogerla y la trae en coche a casa.

Toda la seguridad que sentía a primera hora de la mañana ha desaparecido en menos de treinta segundos. Si quería derribarme, Claudia lo ha hecho a la perfección: su misil ha ido dirigido con precisión justo a mi centro de flotación.

¿En qué estaba pensando? Ayer, Fugaz me dijo que me quería… pero no negó que también quería a Jaime. Me hizo sentir importante y afirmó que no podía dejar que yo saliera de su vida… pero igualmente confesó que no podía alejarse de su amigo. Si él fue a recogerla, es evidente que…

Dando media vuelta, camino con piernas de trapo hacia la salida. Detrás de mí, Claudia es una sombra que se mueve astuta y sigilosa. Apenas la escucho cuando, fingiendo querer ayudarme, comenta llena de malicia:

—No siempre se queda, quizá deberías arriesgarte.

Tengo que salir de aquí lo antes posible. No quiero que Claudia me vea llorar, y menos aún que Fugaz sienta compasión por mí. He sido una ilusa al creer que ella podría cambiar, somos muy distintas y no esperamos lo mismo de la vida. Tan injusto sería que yo pretendiera tenerla solo para mí como que ella me pidiera aceptar compartirla con otras personas.

—¿Sara? Me había parecido oír tu voz.

Detrás de mí, en bragas y camiseta, está Fugaz. Tiene aire somnoliento y no puede evitar un bostezo cuando termina de hablar, pero no parece en absoluto molesta o incómoda por mi inesperada visita.

Durante unos segundos, las tres permanecemos de pie, mirándonos en actitud vigilante. Claudia parece expectante, no creo que sepa con seguridad si Jaime está o no en el cuarto de su compañera de piso. Por mi parte, experimento una mezcla explosiva de miedo e inseguridad que me hace preguntarme cómo es posible que me pareciera una buena idea presentarme aquí sin avisar. Es la segunda vez que lo hago, y la primera fue un desastre completo, ¿por qué habría de resultar diferente hoy? Solo Fugaz parece

tranquila pero, tratándose de ella, tampoco me atrevo a afirmar que eso sea una buena señal.

Pese a todo, me doy cuenta de que tengo que decir algo que justifique mi presencia aquí. Ahora es tarde para echarse atrás, ya no me queda más remedio que quemar las naves.

—Quería… quería hablar contigo.

Las pecas de mi amada sonríen con calma. Extendiendo una mano hacia mí, vuelve a bostezar, ahora más ostensiblemente.

Doy un par de pasos dubitativos. A mi izquierda, el gesto de Claudia se contrae en una mueca de decepción. Al llegar a la altura de Fugaz y sentir el tacto de sus dedos sobre los míos, siento que todo ha vuelto a arreglarse tan deprisa como parecía haberse ido al traste.

Dotada de un repentino poder de adivinación que desconocía poseer, soy consciente de pronto de que no necesito entrar en el cuarto de mi amada para saber que, al menos está noche, Jaime no ha dormido aquí.

***

Fugaz se muere de la risa cuando cierra la puerta de su habitación y le cuento el mal rato que me ha hecho pasar Claudia.

—Te aseguro que Jaime no ha pasado aquí la noche. Puedes asomarte a la ventana si quieres, pero desde luego no es Spiderman y no le he obligado a escapar por ahí.

Las dos nos reímos, ella divertida, yo francamente aliviada. Sin embargo, ambas somos conscientes de que el problema sigue ahí. Que Jaime no estuviera hoy en su cuarto no me garantiza que no esté esta noche, mañana o dentro de unos días. Y yo quiero que *nunca* vuelva a entrar aquí.

Las risas han pasado. Fugaz está recostada sobre el cabecero de su cama, con sus bonitas piernas desnudas y mirándome fijamente. Sentada en el lado opuesto, sostengo el gris de sus ojos con firmeza antes de empezar a hablar:

—Tenemos que tomar una decisión.

—No me digas que has venido a despedirte, por favor.

He percibido una tristeza tan profunda en sus palabras que me siento desfallecer. Haciendo un esfuerzo por recuperar el optimismo con el que me levanté, intento repetir el discurso que he estado ensayando durante horas.

—He venido a decirte que no acepto que no podamos ser una pareja estable y convencional. He decidido que vamos a ser novias.

—¿Cómo era que eso que me dijiste? —responde burlona—. Era algo así como “me temo que no puedes decidir eso por tu cuenta”.

—Eso ya lo veremos. Ahora seré yo la que te recuerde tus palabras, porque estoy segura de que ”podemos llegar a una especie de acuerdo”.

La sonrisa que se dibuja en su rostro es encantadora. Poniéndose más cómoda en su cama, cruza las piernas y ladea la cabeza.

—De acuerdo, soy toda oídos.

Ha llegado el momento, es ahora o nunca. Mi tono pretende ser desenfadado y lo más alejado posible de una habitual declaración de amor, pero no por ello será menos importante lo que diga. Dentro de diez minutos, saldré de aquí levitando o hundida en la miseria.

—En primer lugar —empiezo carraspeando—, quiero hacerte notar que acabas de dar el primer paso hacia la madurez.

—¿Cómo es eso? Me han llamado de todo, pero madura...

—Has renunciado a recibir la paga de tu padre y te has puesto a trabajar en una pizzería. ¿Cómo llamas tú a eso?

Fugaz abre mucho los ojos y se tapa la boca con las manos. Quizá ni ella misma era consciente de lo que implicaba el paso que acaba de dar.

—¿De veras crees que yo…? ¡Espero no haberme convertido en una adulta aburrida y previsible!

—Cálmate. Estás muy lejos de ser aburrida y previsible, créeme.

—¿Lo dices de verdad? Prefería que me llamases loca.

A pesar de la tensión que a duras penas consigo contener, a su lado la risa brota siempre de forma natural y espontánea. Su menudo cuerpo, con los pezones marcados a través de la camiseta, me parece adorable y de una belleza que ni la misma Claudia podría eclipsar. Tengo que jugarme el todo por el todo, tengo que conseguir que se dé cuenta de que yo soy cuanto necesita para ser feliz.

—En segundo lugar, y dado que vamos a ser una pareja estable lo quieras o no, me parece justo definir cómo vas a presentarme a tus conocidos.

—¿Voy a presentarte a mis conocidos?

—Por supuesto. Como dices que la palabra “novia” te pone mala, he pensado que podrías cambiarla por “amiga especial de la que no puedo prescindir y a la que quiero más que a nada en el mundo”.

Fugaz parece pensar en mi propuesta durante unos segundos y, después, pregunta con total seriedad:

—A ver si lo he entendido. Si, en una fiesta o en cualquier otro sitio, alguien me preguntara quién es esa chica tan guapa que me acompaña, yo debería responder: es Sara, una amiga especial de la que no puedo prescindir y a la que quiero más que a nada en el mundo.

—Exacto. Y verás que hemos eliminado la palabra “novia”.

—Bien jugado.

—¿Crees que podrás recordarlo?

—Lo intentaré.

Sus ojos chispean alegres y divertidos. Al menos, no he hincado la rodilla como en un aburrido cuento de princesas para pedirle amor eterno, espero que eso juegue a mi favor. Pero no debo cejar en mi acoso, ahora que he captado su atención, debo aprovechar el impulso y seguir hasta el final.

—Pasemos al punto siguiente: relaciones con otras personas.

—Un punto importante, sin duda. Te escucho.

—Creo que aquí también será sencillo alcanzar un acuerdo satisfactorio para ambas. Tú dices que no puedes querer a una sola persona y que sientes, ¿cómo dijiste? “que es un crimen renunciar a conocer a cuanta más gente mejor”.

—Veo que me prestas atención cuando hablo.

—No sabes hasta qué punto.

Sin duda, hemos llegado al Problema. Ahora es cuando todo se decidirá en un sentido o en otro y, cosa extraña, de pronto Fugaz parece tan tensa como yo.

—He decidido dejar que sigas tu estilo de vida habitual. Si me gustas tanto es porque eres diferente a cualquier persona que haya conocido antes.

Sus cejas se arquean. Sin duda, no era esto lo que pensaba oír.

—¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto, ¿quién soy yo para impedirte seguir viendo a Jaime? Eso sí, teniendo en cuenta que yo seré tu “amiga especial que bla, bla, bla”,

siempre tendrás que informarme y pedirme permiso cuando desees “explorar el Todo” junto a otra persona.

Sigue un momento de silencio mientras las dos medimos nuestras respectivas fuerzas. Sé que me quiere pero, ¿tanto como para dejarse arrastrar por mi pueril trampa?

—No estoy segura de entenderte —dice con aire concentrado—. Entonces, ¿puedo seguir viendo a Jaime?

—Por supuesto.

—Muy bien. Imaginemos que, esta tarde, Claudia se marcha y le invito a cenar conmigo. ¿Tendría que contártelo?

—De hecho, siempre me cuentas todo y dices la verdad, ¿no es así?

Fugaz mueve la cabeza afirmativamente. Si he conocido una persona honesta en mi vida, es ella, y jamás podría esperar por su parte una traición como la que me hizo sufrir Pablo.

—Muy bien. Vamos a probar. Sara, esta noche he quedado con Jaime. Vamos a leer juntos algunos pasajes de una novela que está escribiendo y es probable que acabemos en la cama, ¿te parece bien?

Sin perder la calma, finjo meditar sobre su propuesta durante unos minutos y, finalmente, emito mi veredicto sonriendo y tratando de sonar sensual:

—Cuánto lo siento cariño. Me parece estupendo que repases su obra con él, pero esta noche me apetecía ser yo la que te comiese el coño a ti, ¿no te importaría dejar lo de Jaime para otro día?

Puedo ver perfectamente cómo traga saliva Fugaz antes de contestar.

—De acuerdo… esta noche dejaré que me comas el coño. ¿Puedo entonces quedar con Jaime el viernes que viene? Está pasando una mala racha y dice que acostarse conmigo es lo único que le anima a seguir viviendo.

De nuevo, delibero durante un tiempo prudencial y, cuando finalmente encuentro la respuesta, vuelvo a hablar sin perder la sonrisa:

—De verdad que lo lamento, pero el viernes había pensado dejar que me afeitases el pubis. ¿Te acuerdas de aquella nueva composición en la que estabas pensando?

La artista asiente, muy interesada en mis palabras.

—Es verdad, lo había olvidado.

Ahora nos miramos fijamente. El gris de sus ojos desprende un brillo deslumbrante y sus carnosos labios parecen un corazón latiendo. ¿Qué va a suceder? ¿Se dará cuenta de que, si prefiere siempre estar conmigo, si en todo momento soy la primera opción, es absurdo que me haga sufrir innecesariamente?

—Joder Fugaz… no puedo compartirte con nadie, ¿es que no lo entiendes?

Mi amada y alocada artista sonríe y cabecea un instante antes de incorporarse parcialmente en la cama.

—Joder Sara… si el precio a pagar por llevar mi estilo de vida es tener que perderte… tiene pinta de que el pobre Jaime va a tener que encontrar otro estímulo para seguir viviendo.

Abriendo los brazos, se inclina hacia mí, que reacciono al instante. Un segundo después, estamos las dos enlazadas con fuerza, besándonos mientras su vieja cama cruje bajo el peso de nuestros cuerpos.

***

Cuando, más de dos horas después, salimos del cuarto de Fugaz, no hay ni rastro de Claudia.

—¿Por qué crees que se comporta así?

Mi novia, perdón, mi amiga especial, se ríe y trata de quitar importancia al asunto:

—Es muy infantil, pero en el fondo no es mala.

—Olvidaba que tú eres incapaz de enfadarte con nadie, pero quiero proponerte una cosa.

Fugaz me mira seria, ¿un poco asustada? No tiene motivo. Sé que, si quiero conservarla a mi lado, debo dejarla volar libre y no tratar de ser posesiva. Creo sinceramente que podré hacerlo, no me importa que siga viendo a Jaime y a quien quiera mientras tenga claro que, a la hora de buscar el Sentido de la Vida a través de un orgasmo, deberá contar única y exclusivamente conmigo.

—Tranquila, no voy a pedirte que dejes de ser su amiga. Es solo que…

Estamos cogidas de la mano como quinceañeras mientras esperamos a que se caliente un plato precocinado en el microondas. La casa está hecha un desastre y sospecho que no llevan una alimentación muy equilibrada, y creo que en eso también puedo ser una ayuda excelente.

—Continúa —me anima Fugaz, que me ve dudar.

—Creo que… no estaría mal que fueras pensando en cambiar de compañera de piso.

—No es tan mala como tú crees, y las dos nos dejamos nuestro espacio. Además, no resulta sencillo encontrar a nadie que…

Ahora soy yo quien la mira burlona y sin poder casi contener la risa, mientras ella, con viva sorpresa, apenas acierta a encontrar las palabras:

—Vaya, no me digas que… ¿estás proponiendo…? ¿Quieres que tú y yo…?

—Pero tranquila. Ya sabes que no tendrías que decir que soy tu novia ni que estamos enamoradas. Bastaría con que les dijeras a tus amistades que soy tan importante para ti que no puedes pasar un día entero sin verme.

Hace tiempo que el microondas ha pitado, pero seguimos frente a frente, cogidas de la mano y sin apartar los ojos la una de la otra.

—Quizá sea demasiado pronto, te juro que no me enfadaré si…

—Me parece una idea excelente.

—¿De verdad?

Su sonrisa es luminosa y sus ojos jamás habían brillando con tal fuerza cuando, atrayéndome hacia sí, vuelve a besarme con urgencia.

***

Un mes después, aparco enfrente de la casa de Fugaz. Tengo el maletero repleto de cajas llenas de ropa, zapatos y otros objetos personales. Ha sido un mes que ha pasado en un suspiro, y durante el cual he aprendido muchas cosas.

Por ejemplo, que la mujer con la que estoy a punto de compartir la vida me parece encantadora, y que, a veces, no es necesario mucho tiempo para saber lo que realmente quieres.

Creo que no hemos pasado nunca más de veinticuatro horas separadas durante las últimas semanas. De lunes a viernes, Fugaz viene a buscarme al banco donde trabajo y damos un paseo corto que está lejos de saciar mi hambre por ella pero al menos calma parcialmente mi ansiedad. Los fines de semana, soy yo la que la espera a la salida de la pizzería, y después pasamos juntas la noche en una casa que, desde que Claudia desapareció, empiezo a considerar cada vez más mi hogar.

Sé que puede parecer que estamos dando un paso muy precipitado y que todo podría estropearse, pero nadie puede adivinar lo que le deparará el futuro. He visto parejas que parecían sólidas y se conocían desde hacía años

destruirse tan solo un mes después de iniciada la convivencia, y sé también que nunca he querido a nadie como ahora quiero a la loca que un día apareció en mi vida vestida de forma indescriptible y proponiéndome cosas increíbles.

En cierto modo, me doy cuenta de que es como si siempre hubiera estado esperando la aparición de Fugaz, y siento que en realidad arriesgo muy poco.

Lo arriesgado sería dejarla escapar y exponerme a perderla.

***

—¿Cómo es posible que tengas tanta ropa?

—Quedan otras dos cajas en el coche.

—¿Estás de broma? Ni siquiera Claudia tenía tantos trapos.

—¿Empiezas a arrepentirte del cambio?

Sin responder, Fugaz me coge por la cintura y me abraza con fuerza, sus labios besando golosos mi cuello. Mientras siento el deseo abrirse paso impetuoso a través de mi cuerpo, soy consciente por primera vez de que, en cierto modo, la que siempre consideré mi enemiga ha terminado teniendo un papel fundamental en esta historia.

De no ser por ella, yo nunca hubiera conocido a Fugaz y, cuando se lo digo a esta, sin dejar de abrazarme separa un momento sus labios de mi piel para hablar despacio en mi oído.

—¿Te das cuenta de que yo tenía razón? Todos formamos parte de lo Mismo, y por eso no debes enfadarte con Nadie y debes intentar amar a todo el Mundo.

Supongo que no es ninguna tontería lo que dice, pero no puedo evitar fingir que me enfado:

—Solo para que me quede tranquila: a mí me quieres un poquito más que a ella, ¿no?

Fugaz se queda mirándome, coge mi mano entre las suyas y se la lleva a los labios. Sus ojos grises me taladran y las pecas que adornan su nariz parecen centellear solo para mí cuando contesta:

—Sara, estoy enamorada de ti. ¿Quieres ser mi novia?

No puedo creerlo, ¿de verdad he oído lo que creo que acabo de oír?

Las cajas a medio abrir quedan abandonadas, nuestros cuerpos se enlazan y giran por el suelo de la habitación, chocando unas veces con la cama, rodando otras hasta el armario. Al final, esta increíble historia en la que las dos parecíamos condenadas al fracaso ha terminado por recomponerse por sí misma como si estuviera escrito en el Destino que así debía ser.

Mientras empezamos a arrancarnos la ropa mutuamente, se me ocurre de un modo confuso que, probablemente, estoy tan loca como ella, y que Fugaz y yo podríamos sin duda fundar un club de chaladas.

Lo llamaríamos *El club de las Mujeres Complicadas*.

FIN

Table of Contents

Con mayúsculas
Napoleón está muerto
El chaleco
Treinta segundos de felicidad
Conversaciones
Solo cuatro
La tregua
El acuerdo